

**Teresa Ortiz-Tagle**

# **LA DAMA DEL AMAZONAS**



Por increíble que parezca, esta historia sucedió en realidad.

Aventuras, acción, misterio y una mujer que luchó por su amor hasta más allá de cualquier límite.

La más grande historia de amor del siglo XVIII.

Y tal vez la más grande de todos los tiempos.

*Las obras de Teresa Ortiz-Tagle se centrarán en descubrir mujeres a lo largo de la historia, heroínas que realizaron grandes gestas y han sido olvidadas con el paso del tiempo.*

Teresa Ortiz-Tagle

# La Dama del Amazonas

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

Primera edición digital: septiembre, 2018

Título original: *La Dama del Amazonas*

© 2018 Teresa Ortiz-Tagle (aka Javier Navarro Costa) (aka Javier Cosnava)

Portada: fotografía libre de los derechos de autor bajo Creative Commons CC0.

# PRÓLOGO

UN JOVEN LLAMADO NAPOLEÓN

## París (Julio de 1792)

–Tras esa puerta está la Dama del Amazonas, la protagonista de la historia de amor más famosa de toda Francia –dijo Lucien.

Napoleón Bonaparte contuvo la respiración, mirando de reojo a su hermano pequeño, que acariciaba la efigie de la Dama, que llevaba prendida del traje. Se trataba de una talla, una pequeña escultura formando un broche. Aquellos camafeos se habían hecho muy populares últimamente, y en ellos mujeres famosas miraban hacia la derecha en una postura clásica. Uno de los más comprados era el de Isabel Godin, símbolo de la entrega y la pasión llevadas hasta las últimas consecuencias.

– ¿Isabel? ¿Esa Isabel? –Quiso saber Napoleón, aún atónito– ¿Estás completamente seguro?

– Es ella, Naboleone. No tengas dudas al respecto.

Naboleone Buona Parte era un joven de 23 años recién llegado a París. Hacía tiempo que fuera de la familia se hacía llamar Napoleón, y había afrancesado también sus apellidos (Bonaparte por Buona Parte), como fue el deseo de su padre cuando lo envió a estudiar a la península desde su Córcega natal. Medía casi un metro setenta y era alto para la época. Su pelo era liso, escaso y formaba una media melena que enmarcaba una poderosa nariz aguileña.

Lucien, que era aún más alto, se inclinó sobre el hombro de su hermano y le dijo:

–Isabel quiere hablar contigo.

—¿Conmigo?

Aquella mañana Lucien había arrastrado su hermano lejos del momento histórico que vivía Francia, de la revolución, de las gentes enloquecidas que acudían a las Tullerías para asistir a los debates en la Asamblea Nacional, de los monárquicos y su Rey, cuya vida pendía de un hilo, de revolucionarios como Robespierre, y de la guerra contra los que defendían el antiguo régimen y las potencias extranjeras. La nación entera era un polvorín y Lucien pensó que era el momento de olvidar siquiera por un instante aquella locura y tomarse un descanso. Por eso había llevado a Napoleone entre las estrechas callejuelas de la ciudad, hasta dar con una casa cerca de la abadía de Saint Germain. Era la consulta del señor de Lavabre, uno de los médicos más reputados de toda Francia. En el interior le esperaba una sorpresa: la mismísima Dama del Amazonas. Y ahora Napoleón recibía una sorpresa aún mayor, pues ella quería hablar con un joven oficial al que pocos conocían todavía en París. Ni en ninguna parte.

—La reconocí el otro día en su carruaje cuando paseábamos por la Place du Carousel, camino de alguno de los debates —le dijo Lucien al oído—. Me acerqué a su cochero, que me ignoró aunque le dejé mi tarjeta de visita. Ella por lo visto nos echó un vistazo cuando nos alejábamos por la plaza. Hoy han venido buscarme con la noticia de que me otorgaba unos minutos de su tiempo pero debía venir el hombre que caminaba a mi lado cuando la abordé en su vehículo. Es contigo con quien quiere hablar la Dama.

— No es posible. No me conoce de nada.

— Yo solo te transmito lo que me ha dicho su cochero. Nada más.

Napoleón frunció el ceño.

— Conozco lo que hizo, como cualquiera, y lo encuentro increíble, fascinante. Pero ya sabes que las historias de amor no son lo mío.

Napoleón no creía en el amor. Aquella historia, como a muchos franceses, le asombró, por supuesto. Pero no entendía las razones que habían llevado aquella mujer a una gesta semejante. No entendía que nadie pudiera amar de aquella forma tan absoluta, tan... poco racional.

Él, por su parte, había tenido alguna relación casual con el sexo opuesto, pero ninguna determinante, ninguna que le llegase al corazón. Besos, caricias y

encuentros carnales esporádicos. Al fin y al cabo, todos necesitamos que nos quieran. A veces Napoleón dudaba de que el amor existiese y que no fuese un engaño más, una palabra sin sentido, como las que manaban de los labios de los políticos, que todo lo tergiversan y le dan la vuelta hasta que una cosa significa su contrario. Pero allí estaba, después de todo, arrastrado por su hermano, a punto de conocer a una leyenda viva, la mismísima Dama del Amazonas.

– Tal vez no nos quiera explicar nada sobre el amor. O sí. No sabemos lo que quiere –dijo Lucien. Añadió, con su desparpajo habitual–: ¡Venga! ¿Qué podemos perder?

El muchacho, de tan solo 17 años, había coincidido poco tiempo antes con Napoleón en la escuela militar de Brienne. Se había aburrido y tomó la decisión de entregarse a la vida religiosa. Pero se aburrió también en el seminario y ahora no hacía nada. Lo cual quería decir que tenía ambiciones políticas. Alto, profundamente miope y algo desgarbado, siempre estaba hablando de que había que cambiar el mundo, trabajar por la independencia de Córcega o cualquier otra lucha que marcara la diferencia, en Francia o fuera de ella. Era un joven idealista y brillante, con mucho éxito con las mujeres como todos los Bonaparte, fueran guapos o feos. Tenían un magnetismo natural que pocos podían igualar. Lucien no renegaba de ese estigma familiar y siempre estaba enamorado y enamorando a las dulces chicas parisinas. Y acaso por eso le interesaba la historia de Isabel Godin, la mujer que lo arriesgó todo por amor.

–Vamos –insistió Lucien–. La Dama te espera.

Un poco a regañadientes, Napoleón aceptó la propuesta de su hermano de olvidar por una tarde el presente y conocer a aquella anciana que simbolizaba tantas cosas para tanta gente. Aunque no para él.

Una vez tomada la decisión, como buen hombre de acción, no vio razón para aguardar ni un instante. Quería descubrir cuál era la verdadera razón de su presencia en aquel lugar. Así que no esperó a que nadie saliese a su encuentro ni que les invitasen a entrar. Se encaminó resueltamente hacia su destino.

– Vamos, pues. No hay tiempo que perder – le dijo su hermano, penetrando

en la vivienda. Y luego avanzó hacia la consulta, que abrió con la misma determinación.

Al traspasar la puerta vieron a Isabel postrada en un diván. El rostro era el mismo que el del broche y el de muchas ilustraciones de los periódicos que habían visto en los últimos años: la piel morena, el pelo recogido, la nariz aquilina, la frente amplia y una boca pequeña y seductora. Pero su cuerpo estaba consumido, delgado hasta el extremo, y aparecía frágil y quebradizo bajo la mirada del galeno, que estaba inclinado sobre ella tomándole el pulso. Al verlos, el doctor Lavabre abandonó la sala como si fuese un gesto convenido.

– Dama – dijo Lucien, inclinándose en señal de respeto—. Antes vos se presentan Lucien Bonaparte y su hermano Napoleón.

–Ya veo –dijo Isabel, respirando fatigosamente.

Napoleón no supo qué decir y se quedó allí plantado contemplando a la Dama, que hizo un sencillo asentimiento de cabeza en dirección a su hermano pequeño y luego se volvió hacia él. Llevaba en la mano una caja de ébano que abrió cuidadosamente y cuyo contenido quedaba fuera de la vista de los dos Bonaparte. Acarició con cuidado alguna cosa en el interior, sonrió y volvió a cerrar la caja.

– ¿Quiere oír una historia?

Se hizo el silencio. Napoleón ni siquiera se había presentado ante aquella mujer, que le miraba con una intensidad extraordinaria y le hablaba como si no hubiese nadie más en la sala. Tumbada en un diván, endeble como un pajarillo, el brillo inquisitivo de sus ojos no había perdido ni un ápice de su claridad y resplandor. Ella también era una mujer de acción, aunque confinada en un cuerpo que ya no podía librar más batallas.

–Por supuesto, señora. Me encantan las historias.

– No es una historia breve, capitán Bonaparte.

Napoleón acababa de ser ascendido. Escaseaban los oficiales y pronto lo necesitarían para la próxima guerra. Isabel se había fijado en las divisas de su uniforme y averiguado su rango. Era una mujer observadora.

– Las buenas historias nunca son breves, Dama.

Isabel se relamió los labios, agrietados y exánimes, y cerró los ojos un

instante, como si estuviese ordenando sus recuerdos. Lucien intervino en ese momento:

–¿Puedo quedarme yo a escuchar la historia, Dama?

–Me es indiferente. No me importa demasiado lo que usted haga.

Lucien se quedó con la boca abierta, no tanto por la impertinencia sino porque acaso le situaba en una posición en la que no quedaba claro qué debía hacer: marcharse o permanecer donde estaba. Después de todo y a pesar de mostrarse en ocasiones arrogante, de ser un jacobino radical y seguidor del independentista Paoli, no tenía más de 17 años. Y admiraba profundamente a aquella mujer.

– Yo preferiría que se quedase – dijo Napoleón, al ver que su hermano dudaba.

– Bien está. Que se quede – consintió Isabel.

Napoleón contuvo la respiración y permaneció erguido, con la sensación de que algo increíble estaba punto de suceder. Lucien se sentó en un pequeño escabel que había delante de un mostrador con una bacinilla de agua. Isabel carraspeó, tragó saliva, y luego volvió a sacar su caja de ébano, la abrió y sonrió como si una pequeña broma privada acabase de tener lugar.

Entonces dijo:

–Te voy hablar, Napoleón Bonaparte, de cómo una niña se convirtió en mujer.

# **PRIMERA PARTE**

Puber

**1.**

**GUAYAQUIL**  
**1739**

## *EL INSTANTE*

No todas las mujeres tienen la suerte de recordar el momento en que pasaron de niña a mujer. O el segundo exacto, matemático, en que se enamoraron.

Yo lo recuerdo bien porque ambas cosas me sucedieron al mismo tiempo. En un instante era una niña, pero un instante después era ya una mujer. No sabía nada del amor y, como por ensalmo, con un tic-tac de un reloj de péndulo, había conocido al hombre de mi vida.

Todo sucedió en medio del salón de la mansión de los Casa Mayor, mi familia. Era una velada en la que nos habíamos reunido para agasajar a unos extranjeros recién llegados al Perú.

—¿Geo qué? ¿Qué demonios es la Misión esa?

Manuela Quesada, mi mejor amiga, rompió a reír.

—Qué tonta eres a veces, Isabelita. ¿No has oído hablar de la Misión Geodésica Francesa?

El salón principal estaba repleto de tipos estirados con peluca, que hablaban un español con un acento terrible y hacían aspavientos mientras repetían una y otra vez “Oh là là” y “Oh mon Dieu”.

—No he oído hablar de nada de eso —repuse, un tanto enfadada por que Manuela siempre supiera más cosas que yo y se hiciera la lista—. Explícame quiénes son estos señores y qué demonios han venido a hacer en nuestras tierras.

Pero Manuela no tuvo ocasión de responder. Porque un joven sin peluca ni aires afectados se acercó hasta nosotras.

—Usted debe ser Isabel Gramesón. Es un placer conocerla. Je suis Jean Godin —me dijo, iluminando la estancia con sus hermosos ojos verdes.

Pero mi reacción, en lugar de ser atenta y amable como me habían enseñado, fue arisca, desconsiderada. Recuerdo que temblaba de la cabeza a los pies cuando respondí:

—Para su información, caballero, me llamo María Isabel de Jesús Casa

Mayor. No sé de dónde ha sacado eso de Gramesón pero está usted muy equivocado.

–Pero yo pensaba... me habían dicho... Je vous demande pardon –Jean, en efecto, tenía acento francés, pero en lugar de parecerme un deje engreído y desagradable, en su boca aquellas palabras extranjeras eran dulces como la miel, un tintineo de campanillas.

Manuela, entonces, dio un paso al frente en dirección a Jean y se echó a reír.

–No le hagas caso. Naturalmente que se llama Isabel Gramesón. Es que todavía es muy niña y hace como que no comprende las cosas –dijo, atreviéndose a tutear a nuestro invitado sin apenas conocerlo.

Aquello me hizo montar en cólera. Mi mejor amiga haciéndome quedar en ridículo delante de un extraño. Y de un extraño tan rematadamente guapo.

–Yo, yo no me llamo...

Pero no pude seguir hablando porque estaba a punto de echarme a llorar. Así que levanté mis faldas y corrí hacia mis habitaciones.

Jean me explicó más tarde que en ese momento se enamoró de mí. Lo que nunca supo es que yo estaba enamorada desde que me vi reflejada en sus ojos verdes.

## *¿ESPAÑOLA O FRANCESA?*

Cuando mi padre llegó a mis habitaciones, yo estaba llorando. Sentía una opresión en el centro del pecho y retortijones en el vientre, y me preguntaba por qué demonios mi reacción había sido tan excesiva. Después de todo, solo fue un malentendido, o ni siquiera había llegado a serlo. Pero por alguna razón, la presencia de aquel francés había trastocado mi mundo, mis prioridades y era incapaz de reaccionar de una forma civilizada ante un pequeño desacuerdo como aquel.

—¿Dime qué te pasa, Isabel? —dijo una voz conocida.

Mi padre, el general Pedro Manuel Casa Mayor y Bruno, me contemplaba con gesto adusto. Pero una sonrisa se le escapaba de entre los labios.

—Ese hombre... Ese hombre... Dice que mi apellido es Gramesón.

—Ah... ¿y no lo es?

Nosotros éramos los Casa Mayor y también los Pardo de Figueroa. Casa Mayor por parte de mi padre. Pardo de Figueroa por parte de mi madre, Josefa. Además, los Pardo estábamos emparentados con Alfonso XI, Rey de España cuatro siglos atrás. Éramos ricos. Éramos poderosos. Llevábamos en América desde su conquista y pocas familias eran tan respetadas como la nuestra. Uno de mis tíos, Pedro, era obispo, y el otro, José Agustín, ostentaba el título nobiliario de marqués de Valleumbroso, aparte de ejercer como corregidor de Cuzco.

Llevábamos ocupando puestos de relevancia en las colonias desde siempre.

Pero claro, precisamente por eso, los Pardo de Figueroa, aunque acaudalados, influyentes y un tanto petulantes, también éramos criollos. Es decir, descendientes de españoles nacidos en tierras americanas. No éramos exactamente españoles ni dejábamos de serlo. Estábamos a medio camino entre mundos y, por eso, habíamos tomado la costumbre de casarnos con españoles venidos de la península y nacidos en las viejas ciudades de la

corona de España: Segovia, Salamanca, Burgos, etc. Aquellos matrimonios nos hacían sentir mejor, como si hubiésemos recuperado ese ápice de españolidad que habíamos perdido en las colonias. Por eso se concertó el matrimonio entre mi madre Josefa y el español Pedro Manuel de Casa Mayor.

–Bueno, nosotros somos los Casa Mayor, sí, pero de alguna forma... – comenzó mi padre, pero pareció detenerse un instante para reflexionar.

–Pero, padre, nosotros somos españoles viejos de la más antigua estirpe, no podemos tener un apellido francés como Gramesón.

Mi padre volvía a sonreír.

–Eso de las estirpes y de la pureza de sangre es importante en ciertos momentos de la vida y una completa estupidez en todos los demás, hija mía. Nosotros somos buena gente, seamos españoles o medio españoles, criollos, medio criollos o medio franceses.

Y entonces don Pedro me explicó que su padre había nacido en Francia, que era un militar de renombre y que había servido en la guardia personal del rey de España Felipe V. Incluso me recordó que nuestro Soberano también tenía sangre francesa y había nacido en el mismísimo palacio de Versalles, en París.

–Ese joven ha pronunciado el apellido Gramesón, que es la contracción del francés "grand maison" es decir casa grande o, más exactamente, "casa mayor". ¿Ahora lo entiendes? Mi padre, que en paz descansa, sencillamente castellanizó su apellido y tanto yo como mis tres hermanos usamos la versión española, aquí, en el nuevo mundo. Y como esto es una tierra de oportunidades nos abrimos paso como los Casa Mayor. Concertamos buenos matrimonios y prosperamos. En mi caso, aparte del tema económico y como bien sabes, organicé una milicia durante las incursiones de piratas y saqueadores de hace unos años. Y fui nombrado general. Ahora soy tan español como el que más, por mucho que la pureza de mi sangre española se reduzca a solo una generación atrás, la mía, porque mi padre siempre será francés a ojos del Rey, de Dios y me temo que a ojos de nuestros vecinos criollos.

Yo no terminaba de entender sus palabras, o el alcance de las mismas, y ni siquiera tenía claro por qué estábamos teniendo aquella conversación cuando podría estar en el salón disfrutando de la fiesta.

–¿Y entonces yo, soy francesa o española? ¿Soy una Gramesón o una Casa Mayor?

Don Pedro se echó a reír y me tomó entre sus brazos.

–Mucho me temo que, con el carácter que tienes, serás una cosa o la otra, o incluso la contraria. La que tú elijas.

Mientras regresaba a la fiesta, me fijé que mi padre se quedaba atrás en un pasillo. Por el rabillo del ojo le vi reunirse con mi madre, que le aguardaba junto a unos cortinajes. Cuchichearon:

–¿Cómo se llama el muchacho que la ha hecho reaccionar así? –dijo Josefa.

–Jean Baptiste Godin des Odonais –repuso don Pedro en perfecto francés. Y ambos soltaron una carcajada cómplice.

## *AMOR A PRIMERA VISTA*

De vuelta a la fiesta, observé que mi amiga Manuela estaba hablando con Jean. Por un momento sentí celos, pero la conocía bien y por sus gestos me di cuenta de que no debía preocuparme. A quien no le quitaba ojo era a otro joven, asistente también en la expedición de los franceses, y también llamado Jean, pero en este caso su apellido era Seniergues. Este segundo joven era muy alto, de un rubio casi blanco y una sonrisa encantadora. Pero no tenía los ojos verdes de mi Jean.

–¿Estás mejor? –dijo en ese instante Jean Godin, que se había acercado a mí con discreción mientras yo pensaba en todas estas cosas. Me tuteaba también y decidí corresponder a aquella muestra de familiaridad poco común.

–Sí, sí, por supuesto –repuse, sonrojándome–. Y me perdonarás lo de antes. Me he puesto nerviosa. No sé por qué.

–¿Qué ha pasado antes? Lo he olvidado por completo.

Nos sonreímos y fuimos juntos hasta la mesa. Allí, una vez degustados los primeros y segundos platos (perdigones asados, mollejas de ternera y un pavo cebado a la Ravigote), podía verse una amplia variedad de postres, desde el turrón de Doña Pepa al zango de ñajú, pasando por los pasteles de miel y harina de maíz que aquí llamamos mazamoras. Jean, creo que superado por aquellos placeres culinarios, probó poca cosa y siempre con mucho cuidado, como si tuviera miedo de llevarse alguna suerte de veneno a la boca.

–Sin duda estás acostumbrado, viniendo de Francia, a manjares más finos, como los que aparecen en los tratados de L.S.R o algunos más modernos como los de Gilbert o Escoffier. Pero pensamos que sería una buena idea agasajar a vuestra expedición con una selección de dulces locales para que comencéis a conocer un poco mejor el Virreinato del Perú y sus costumbres.

Jean se sintió complacido por mis explicaciones, así como por el hecho de que fuese una joven cultivada y conociese los últimos tratados culinarios de su país. Yo advertí, por mi parte, que mis padres habían regresado al salón

principal y contemplaban con agrado nuestra conversación; tal vez incluso barajaban la lejana posibilidad de unir la estirpe de los Casa Mayor con la de los Godin. Habría, en todo caso, que investigar el linaje del muchacho. Aunque siendo francés y de buena familia habría seguramente poco que investigar.

Porque este nuestro siglo XVIII es el siglo francés. Todo lo francés está de moda, empezando por nuestro rey Felipe V y acabando por aquel grupo de expedicionarios, que habían llegado a nuestras tierras con su Real autorización a fin de realizar un estudio del que yo no sabía gran cosa. Bueno, nada en realidad. Pues lo único que sabía es que trataba de la geodesia, palabra cuyo significado ignoraba. Pero siendo algo francés, seguro que sería un tema fascinante.

Porque, y aunque pareciera paradójico, para nosotros, los criollos del Perú, había una cosa casi tan buena como ser español; y era ser francés.

—Si me permite que la acompañe—dijo entonces Jean.

Avanzamos por el interior de la casa mientras seguíamos hablando primero de gastronomía y luego de quién sabe qué. No lo recuerdo. Pero fue una conversación maravillosa. La primera vez que compartimos nuestras almas y nuestros pensamientos, que son su vehículo y disfraz. Atravesamos el vestíbulo, reímos frente a las ventanas enrejadas, y de ahí volvimos al salón principal, donde seguían departiendo los jefes de la expedición con mi padre y otros hombres importantes de Guayaquil. Altos funcionarios, comerciantes, clero, la gente distinguida que se invita a este tipo de eventos.

Salimos entonces al patio y, bajo la sombra de una galería de madera, seguimos conversando durante una hora que para mí fue un minuto.

O apenas un segundo.

Pensé en sí podía existir el amor a primera vista, si aquello era posible o se trataba de una vanda, de un engaño pueril de los sentidos. Comprendí que si los filósofos llevaban siglos debatiendo sobre aquel asunto una muchacha como yo no lo resolvería durante una breve conversación con un francés de ojos verdes. Pero igualmente recordé los amores de Cleopatra y Marco Antonio, los de Eloísa y Abelardo, los de Juana la Loca y Felipe el Hermoso, los de Isabel I de Inglaterra y el duque de Alençon. Todos los grandes amores

que nos ha legado la historia venían a mi mente; parecían sucederse en una suerte de danza ilusoria repleta de besos, de caricias y de posibilidades. Los amores consumados, los amores rechazados, los amores imposibles, los amores postergados. Todas las suertes de amor se hacían una y estallaban en pedazos cada vez que miraba a Jean.

Suspiré. Hasta ahora todas aquellas emociones formaban parte de los libros y su salto desde las páginas de tinta a la realidad me había pillado por sorpresa.

–Me pregunto si podré volver a verte–dijo entonces Jean.

Sin saber cómo, por arte de magia, estábamos todos los españoles, los criollos y el grupo de científicos franceses de vuelta a la entrada de casa, en el vestíbulo. La comitiva se estaba despidiendo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? No lo sabía. ¡Había pasado todo tan rápido!

–Por supuesto –intervino mi padre, mientras me guiñaba un ojo–. Las puertas de nuestra casa están abiertas para usted señor Godin.

Jean hizo una corta reverencia y atravesó la puerta de casa. Durante muchos días lo recordé allí frente a los dos pilares de la entrada, mirándome fijamente, con el blasón de nuestra familia colgando del dintel, enmarcando su fino rostro.

–Hasta pronto, Isabel de Casa Mayor.

–Hasta pronto, Jean.

## *AMORES GEODÉSICOS*

–¡Tú ya conocías a ese tal Seniergues! –le espeté a Manuela tan pronto estuvimos a solas en el patio.

Las visitas se habían marchado, mis padres y hermanos no estaban a la vista, y la servidumbre terminaba de recoger y limpiar el salón principal. Aunque obnubilada por el joven Jean Godin, no había dejado de advertir en mis paseos que Manuela tomaba de la mano al otro joven francés, a Seniergues, cuando pensaba que nadie les estaba mirando.

–¡Pssst! ¡Calla!

Mi amiga rió y me cogió del brazo mientras me arrastraba lejos de miradas y oídos indiscretos.

–No voy a negar que le conocí hace casi un mes en Cuenca. Se había adelantado al resto de miembros de la expedición francesa para realizar unas mediciones preliminares. O eso me ha contado.

Manuela era natural de Cuenca, a unos dos días en mula desde Guayaquil. Estaba pasando unas cortas vacaciones en nuestra casa a petición mía. La muchacha, prometida a un hombre de alcurnia llamado Diego de León, acababa de ser rechazada por el mismo pocos días antes del casamiento. Ella se imaginaba ya en la Iglesia parroquial bajo el pórtico recibiendo las bendiciones; pero en su lugar se había quedado compuesta y sin novio. ¿La razón? Don Diego de León había encontrado un partido mejor, ni más ni menos que la hija del alcalde don Sebastián Serrano.

–Así que Seniergues te ha consolado durante los días que han seguido al fin de tu noviazgo con Diego. Y por eso ya sabías de qué iba ese asunto de la Misión Geodésica Francesa. No porque hayas leído nada al respecto ni porque seas más lista que yo, sino porque te lo ha explicado el francés mientras supuestamente te “consolaba”.

–Bueno, reconozco que consuelo, consuelo... no ha sido solamente –soltó una risa sofocada–. Seniergues es un cirujano de primera, precisamente por

eso fue elegido como asistente en la expedición. Yo estaba muy triste y mi padre, para mayor desgracia, cayó enfermo al poco de mi ruptura con Diego. El francés, que ya llevaba días mostrando su habilidad médica a los parroquianos, tuvo la deferencia de hacernos una visita. Bien rápido sanó de las fiebres que lo aquejaban. Y entre visita y visita a mi padre nos consolábamos, él a mí por mi ruptura, yo a él por la lejanía que esta expedición geodésica le obliga a mantener de su amado país.

–No hay nada mejor que dos jóvenes que se da mutuamente consuelo.

Ahora reímos ambas pero el rictus se congeló en el rostro de Manuela Quesada. No había olvidado la afrenta de Diego de León y a menudo la veía yo, desde mis habitaciones, pasear a solas por el patio donde ahora nos hallábamos, hablando para sí misma, retorciéndose las manos y lucubrando mil maneras de dañar al hombre que la había seducido. Porque yo sabía que don Diego, con promesas y regalos, le había quitado uno de los bienes más importantes para una mujer de nuestro tiempo: la virginidad.

–Ese maldito me las pagará, Isabelita. No sé cuándo. No sé cómo. Pero te juro que me las pagará.

La ira le había nublado su rostro y su mirada se había tornado ciega, fija en un punto imaginario cubierto por la más espesa negrura. Un poco por alejarla de aquel trance y otro poco para saber un poco más de mi Jean y de la Misión Geodésica, le pedí por favor que me explicase qué demonios hacían los franceses en el Perú. Manuela no tenía ganas pero tanta fue mi insistencia que finalmente cedió:

–Mejor comenzamos por el principio. Seniergues me ha explicado que la Tierra es una esfera y que eso se sabe desde los griegos antiguos, desde un tal Erastótenes. No sé cómo exactamente consiguió hacer una estimación semejante aunque el francés me lo ha explicado. Me ha hablado de la inclinación del sol, del solsticio de verano y de la alineación de no sé qué ciudades. Eso no importa: lo que cuenta es que la Tierra es una esfera y punto.

Batí palmas y me senté en un banco como la alumna que asiste ante el maestro a una clase magistral.

–Bravo, Manuela. Hasta ahí lo entiendo.

–Bien, pues resulta que muchos sabios a lo largo de los siglos han

postulado que la Tierra es oblonga, es decir que por los polos la curva es más pronunciada. –Mientras me explicaba esto Manuela dibujó con un palo en el suelo un círculo que en su parte superior e inferior se hacía más grande como si tuviese un chichón. Lo cierto es que era un dibujo espantoso y yo me puse la mano en la boca para no reír de nuevo– Seguro que está muy mal dibujado pero es eso. Uno de los más grandes sabios de todos los tiempos, Descartes, siempre afirmó eso precisamente, que la tierra es oblonga.

–¿Y no lo es?

–Ahí está el problema. Algunos sabios de la actualidad como ese inglés que murió hace poco, ese tal Newton, afirman todo lo contrario. A saber, que la Tierra es una elipse achatada por los polos. Es decir, que deja en mal lugar a Descartes. Además, realizó cálculos que parecían demostrarlo aunque no asegurarlo del todo, mientras otros científicos, usando el telescopio que inventó Galileo, han comprobado que Júpiter también es achatado por los polos. Lo que hace pensar que tal vez todos los planetas lo sean.

–Vaya, en resumen, que llevan un tiempo discutiendo sobre ese asunto tan trivial. No da la impresión de ser nada del otro mundo.

–Eso te lo parecerá a ti. Por lo que me comentó Seniergues ha habido encendidas disputas y hasta insultos entre newtonianos y cartesianos. Creo que incluso alguna vez han llegado a las manos. Además como un sabio es francés y el otro es inglés, el asunto ha creado tensiones entre los dos países. Por fin, la academia de París, para zanjar la controversia, ha mandado para hacer mediciones (que demuestren si es achatada u oblonga) a dos cuerpos expedicionarios: uno al norte, a Laponia al mando de Maupertuis, Clairaut y Celsius; el otro al sur, a la Martinica, Santo Domingo y otras islas, para acabar aquí en el Perú, pues la cordillera andina es el lugar ideal para hacer sus cálculos. Y esta segunda misión está comandada por los tres sabios que has conocido hoy: La Condamine, Bouguer y Louis Godin.

–¿Los de las pelucas?

–Precisamente.

–Y ese tal Louis Godin, ¿es el padre de Jean?

–Creo que su primo.

Me quedé por un instante pensativa. Si Jean era familia de un prestigioso

académico francés sin duda se trataba de un hombre acomodado y de buen linaje. Mis padres no pondrían ninguna traba a nuestra boda. Y luego me quedé de nuevo pensativa pero además anonadada: ¡Estaba dándole vueltas a la idea de contraer matrimonio con un hombre al que acababa de conocer! ¡Por Dios! ¿Qué me estaba pasando?

Todo ello me llevó a realizar la siguiente pregunta:

–Manuela, ¿tú crees en el amor a primera vista?

Mi amiga bajó la cabeza.

–Si me hubieses preguntado hace un mes te diría que sí. Pues conocí a Diego de León en un palco en la plaza de toros de Cuenca. Solo hablamos un minuto. Pero nunca había sentido nada semejante por un hombre. Lo habría hecho todo por él. Lo habría dado todo por él. De hecho, eso hice, como una tonta, y le di mi castidad. Pero ahora no sé si fue amor, solo pasión o estupidez. O todo junto. No te dejes llevar por ella, Isabelita. No seas como yo.

No sé cómo la conversación había vuelto a virar hacia los problemas de mi amiga. Intenté decir algo para consolarla, me levanté del banco y traté de cogerla de la cintura y atraerla hacia mí. Había lágrimas en sus ojos. Mi amiga volvía el rostro para que no la viese llorar.

–Manuela. Todo se solucionará. Ya lo verás.

Pero era mentira. Ambas lo sabíamos. La familia de Manuela era humilde, como mucho se la podía considerar de clase media. La posición social era algo fundamental en el Perú. Y la nueva pareja de Diego de León pertenecía a los Serrano, los más ricos de la comarca. Era una necedad hacerse ilusiones.

–No, no se va solucionar–me dijo.

Y se echó en mis brazos.

## *MI HERMANO JUAN*

Manuela regresó a su casa poco tiempo después. Al fin y al cabo, su padre todavía estaba convaleciente, por lo que diversas tareas y obligaciones la aguardaban en su Cuenca natal. Nos despedimos al alba. Le regalé una mantilla y ella me dio las gracias, de nuevo con lágrimas en los ojos. La vi alejarse con pesar pero de inmediato tuve que regresar a mis propias tareas y obligaciones, que no eran pocas.

Por aquellos días estuvo de visita en nuestra casa mi hermano mayor Juan, que acababa de ser ordenado sacerdote.

–En esta casa ahora tú eres la primogénita –me dijo mi hermano una mañana.

–Bueno, Antonio es varón y aunque tiene dos años menos que yo...

–Ya sabes lo que piensa padre de estas cosas. No hace tantos distinguos entre hombres y mujeres como nuestros vecinos. Tú eres la mayor en la hacienda y él confía en ti para la toma de muchas decisiones, especialmente de cara al futuro. Y con el tiempo esto irá a más. Debes ser digna de la misión que Dios te ha encomendado.

Yo le aseguré que así sería. Ambos sabíamos que Josefa, la cuarta de nuestros hermanos, era todavía muy pequeña; y que Antonio, por mucho que yo hubiera querido ensalzarle, lo cierto es que no era muy inteligente. Había enfermado siendo un bebé y se trataba de un muchacho retraído, tal vez un poco tardo a la hora de tomar decisiones. Siempre estaba pegado a mis faldas y sencillamente me idolatraba. Yo bien lo sabía, pero no quería pecar de orgullo y decir abiertamente lo que era de dominio público: que las riendas de nuestra familia y su patrimonio con el tiempo estarían en mis manos.

Pero Juan sabía bien todo esto y no había necesidad de hablarlo más. Así que, durante aquella breve visita, se dedicó a supervisar mis clases en el convento, si había aprendido bien a coser y a bordar con las hermanas, si mis habilidades de cocinera eran suficientes o si me acordaba, cada día sin falta,

de recitar los cincuenta Ave Marías que se prescriben a una muchacha decente de mi condición.

–Supongo que has estudiado la vida de la Virgen en los libros y que, como ella, quieres hacer brillar en tu interior las virtudes de la caridad, la humildad y la pureza.

Creo que me cogí bien fuerte del brazo de mi hermano cuando dijo esta frase. Juan quería ser teólogo y tenía la visión limitada de la vida de los filósofos de la Iglesia. Una casa no se lleva con virtudes como las de la Santa Virgen María, a veces es necesario mano dura, otras mano izquierda y las más de las veces debes mirar hacia otro lado ante los pequeñas faltas de los esclavos negros, de los mestizos y de los indios. Ellos son los que en verdad llevan la hacienda y se merecen mucho más que lo que las normas y las buenas costumbres les han dado en nuestro mundo.

–No te preocupes, hermano. María está siempre en mis pensamientos.

–Ahora que has terminado tus estudios en el convento vas a necesitar más que nunca rezar y estar en contacto con Nuestra Señora.

–Estoy en contacto permanente, no te preocupes –repuse.

Juan me miró sospechando ironía en mis palabras. Pero yo adopté mi pose más humilde, caritativa y pura mientras él me contemplaba. Al cabo, se acercó y me besó la frente.

–Eres una muchacha maravillosa –sentenció.

Aquel día supe que mi querido Juan nunca llegaría demasiado lejos en la jerarquía sacerdotal. Era demasiado fácil engañarle.

## VIAJE A CUENCA

Las semanas que siguieron al regreso de mi hermano al convento de San Agustín, las pasé ayudando a mis padres a organizar la hacienda. Don Pedro me enseñó cuáles eran nuestras posesiones y su valor, nuestras inversiones y en qué administradores se podía confiar. Doña Josefa trató de inculcarme un mesurado recelo hacia nuestra servidumbre y, en particular, hacia los criados más veteranos, aquellos que llevaban tantos años en la hacienda que pensaban que tenían más derechos que obligaciones. Tomé pues para mi servicio personal a dos niñas indias de los contornos llamadas Tomasa y Juanita. La primera tenía ocho años y era menuda, muy dispuesta y habladora. Juanita, con solo nueve, era muy espigada, aunque introvertida y un poco más renuente a iniciar cualquier tarea. Pero una vez iniciada nadie ponía más empeño en llevarla a buen puerto que ella. Me acompañarían muchos años y aún a día de hoy las echo de menos. Ellas me ayudaron a comprender las injusticias que sufrían los indios de América (y los mestizos, mitad indio y mitad blanco). Aunque eran los habitantes originales del Perú, eran explotados por todos los que habían llegado al continente desde Colón. Llevaban siglos armándose de paciencia, esperando que los hados les diesen la oportunidad de volver a ser los dueños de sus tierras. Pero los hados nunca han sido benévolos con cualquiera que no sea hombre y de raza blanca. Así se ha escrito la historia de la civilización.

Estaba precisamente con Tomasa ayudando a la cocinera nueva con el estofado de carne cuando llegó una carta urgente. Era de Manuela:

*Estoy pasando un mal momento. Las cosas se han embrollado de muy mala manera. Todo escapa a mi control. No sé qué pueda pasar. Te pido por favor que acudas lo antes posible a Cuenca. Te lo pido en nombre de nuestra amistad.*

*Necesito tu ayuda.*

*Firmado: Manuela Quesada*

No dudé un solo instante y apenas media hora después me hallaba preparando una recua de mulas en el establo con la ayuda de los dos indios que lo cuidaban. Estaba ya a punto de subirme a una acémila cuando llegó Antonio.

–¿Dónde vas?

–A Cuenca. Manuela está en apuros.

–¿Vas sola?

–Pensaba llevarme a Tomasa y a Juanita.

Como todo el mundo sabe, los senderos del Perú son peligrosos y una dama nunca debe ir sola. Dice el dicho que los caminos están jalonados de osamentas de animales muertos. Y a veces no son solo animales los propietarios de los huesos que se blanquean al sol.

–Ese par de mocosas no van a servirte de defensa alguna en caso de encontrarte con saqueadores. Deja que avise a papá y mamá de lo que pasa. Luego vamos los dos juntos a donde haga falta.

Antonio se alejó con su melena al viento. Era un muchacho muy guapo, de mejillas sonrosadas y labios llenos. Había salido a don Pedro y no había mujer que no volviese el rostro para mirarle. Ya he dicho que me idolatraba pero no es menos cierto que yo también le idolatraba a él. Era un muchacho bueno, atento y servicial, incapaz de doblez y de maldad. La enfermedad que padeció de niño tal vez le restara un punto de inteligencia. Pero esa Virgen María de la que tanto hablaba Juan, le había dado a cambio muchos otros dones. Era el mejor hermano del mundo.

Con el atardecer abandonamos la hacienda y salimos de Guayaquil. Las dos primeras mulas eran las de Antonio y la mía. Inmediatamente detrás cabalgaban Tomasa y Juanita. Vigilando el resto de la recua un esclavo negro llamado Joaquín, que era experto muletero.

–Gracias por venir –le dije a Antonio tan pronto perdimos de vista los muros de nuestra casa.

–No podía permitir que tu testarudez te pusiese en peligro –repuso–.

Además, hace tiempo que quería regresar a Cuenca. Dicen que en su plaza tienen lugar las mejores corridas de toros de todo el Perú.

A mí no me gustaban los toros. Y aunque casi todos los hombres que conocía adoraban la Fiesta, el caso es que yo jamás había visto a Antonio poner el menor interés en la tauromaquia. Mas era una buena excusa para acompañarme, tan buena como cualquier otra.

—¡Vamos!

Hice un gesto a Joaquín para que acelerase el paso de la recua. Manuela nunca me había escrito para pedirme ayuda, ni siquiera cuando Diego de León rompió su compromiso: fui yo quien tuve que convencerla para que abandonase su ciudad durante unas jornadas al menos; aunque solo fuese para olvidar lo sucedido mientras descansaba en nuestra hacienda.

Si ahora me pedía ayuda, sin duda estaba sucediendo algo muy grave.

**2.**

**CUENCA**  
**1739**

## *LOS DOS ESPAÑOLES DE LA MISIÓN GEODÉSICA*

No todas las mujeres tienen la suerte de recordar el momento en que pasaron de niña a mujer. O el segundo exacto, matemático, en que se enamoraron. Justo antes de entrar en la ciudad, nos encontramos con don Antonio de Ulloa y don Jorge Juan de Santacilia. Se trataba de unos caballeros españoles que formaban parte de la Misión Geodésica. No habían podido acudir a la fiesta en nuestra hacienda por causa de sus propias investigaciones, pero ahora se incorporaban al resto de la expedición. Vinieron a saludarnos y pronto pudimos comprobar que se confirmaban los peores augurios:

Justo antes de entrar en la ciudad, nos encontramos con don Antonio de Ulloa y don Jorge Juan de Santacilia. Se trataba de unos caballeros españoles que formaban parte de la Misión Geodésica. No habían podido acudir a la fiesta en nuestra hacienda por causa de sus propias investigaciones, pero ahora se incorporaban al resto de la expedición. Vinieron a saludarnos y pronto pudimos comprobar que se confirmaban los peores augurios:

–Seniergues es un hombre de sangre caliente. Eso es de dominio público. Pero no esperábamos que el asunto se embrollara hasta el punto en que ahora nos hallamos –reconoció Ulloa, que era extremadamente delgado, de nariz muy fina y de porte distinguido–. Quién ejerce en este momento de líder de nuestra expedición, monsieur de La Condamine, me ha escrito muy preocupado. La última vez que estuvo en la ciudad, en junio pasado, utilizó la campana de la iglesia en la plaza mayor como punto de triangulación de sus cálculos. Entonces la gente se mostró muy amable con nuestro propósito y todo eran parabienes y vivas a los franceses. Seniergues llevaba ya un par de meses en Cuenca, desde marzo me cuentan, y aunque sus actos habían levantado ya algunos rumores maledicientes, hasta el momento los problemas no habían pasado de ahí. Pero el día de ayer, veintitrés de agosto, al regresar a Cuenca los miembros principales de la expedición, se han encontrado insultos y rechazo, amenazas de los viandantes y una sensación de peligro y agresión en

el ambiente. Amén de gritos de Viva el Rey y Abajo los Franceses. Como si todo estuviera a punto de estallar en una revuelta.

–Por eso nos ha hecho llamar –añadió Jorge Juan–. Para ver si somos capaces, en tanto que españoles, de apaciguar los ánimos de las gentes y también de las autoridades, pues no olvidemos que Diego de León está prometido a la hija del alcalde.

–Manuela y su joven pretendiente francés se han hecho poderosos enemigos –dijo mi hermano, tan pronto los dos oficiales españoles, que venían a caballo, se alejaron al trote.

Yo suspiré.

–¡Ay Manuela!

Mucho me temía que los problemas y hacerse enemigos era algo que ella, por causa de su carácter, se encontraría en la vida no pocas veces.

## *UNA PISTOLA CARGADA*

Sucedió en la plaza mayor. Diego de León estaba rodeado de amigos, entre los que destacaba un padre jesuita y un famoso hidalgo de los contornos llamado Nicolás de Neira y Pérez de Villamar, capitán de la milicia. En ese momento llegábamos con nuestra recua de mulas a las inmediaciones y aún no habíamos descabalgado cuando oímos los gritos de la multitud. Jean Seniergues avanzaba por entre las tiendas bien iluminadas, y todos podían verle con la espada al cinto y la mano en la empuñadura. Las jovencitas cogidas del brazo del novio de turno, los grupos de jóvenes, las personas de bien que se paseaban a aquellas horas... todos pudieron reconocerle y supieron que algo terrible se avecinaba. Ya desde las avenidas aledañas podía escucharse el vocerío: "¡Cuidado que viene el francés!".

Yo fui la primera en desmontar. Hice una seña a Joaquín para que cuidase de las pequeñas Tomasa y Juanita. El negro las cogió en brazos como si fueran dos fardos de poco peso y me enseñó su eterna sonrisa resplandeciente. Mi hermano Antonio, por su parte, se colocó delante de mí, tratando de protegerme tanto de los sucesos que fueran a producirse como de la aglomeración de mendigos o de las calesas que cruzaban la plaza a toda velocidad. Un aguador que pasaba a lomos de su burro me hizo perder por un momento de vista a Diego de León y su mesnada. Pero una voz fuerte y rota me reveló al momento el lugar donde se hallaba, a mi izquierda debajo de una galería de madera.

—¡Miradle! Ahí va el rufián que engaña las mujeres y luego las abandona — gritaba Seniergues plantado a pocos metros con las piernas en jarras—. Ahí va el señor don Diego de León y Román.

—Yo no tengo que dar explicaciones a nadie de mis actos, y menos a ti, extranjero —repuso el interpelado dando un paso al frente.

—Me las tienes que dar por la forma en que trataste a una dama como Manuela Quesada, y porque tu criado me insultó gravemente ayer mismo. Yo

no permitiría que un sirviente mío insultase a otro caballero.

Diego de León sonrió. Era un hombre de mediana edad, bigotudo y un tanto rechoncho. Me pregunté cómo podía haber seducido a mi amiga y hasta qué punto andaba ella desesperada en su búsqueda de una pareja de cierta alcurnia, alguien que la sacase a ella y a su padre de la miseria o, de lo que es peor, de la mediocridad de una vida de clase media en una ciudad perdida en la montaña.

–En primer lugar, utilizáis a la ligera el título de dama si queréis aplicarlo a Manuela. Ya sabéis que la llaman La Cusinga, que en la lengua quechua de los indios significa “la chica feliz”, que es una forma suave de decir la casquivana, la ligera de cascos... la puta.

Los que rodeaban a don Diego estallaron en carcajadas. Aquella reacción animó su ingenio.

–En segundo lugar –prosiguió–, mi criado sabe bien que no debe faltar el respeto a los caballeros y a la gente principal. Por eso me temo que no tuvo reparos en faltar a un francés como vos. Sabe bien diferenciar a un caballero de quien no lo es.

–¡Sacad vuestra espada si sois hombre! –chilló Seniergues.

No hubo más palabras. El francés alzó su sable y don Diego de León, para sorpresa de todos, sacó una pistola de llave de chispa que llevaba escondida bajo la capa. Se rumoreaba que Seniergues llevaba siempre un arma bien cargada al cinto. Tal vez por eso Diego llevaba días saliendo a la calle con una igual, pensando que en cualquier momento podía verse en el trance de usarla. Sus ojos se agrandaron como platos cuando vio que su enemigo le embestía con un sable y contempló boquiabierto el filo destellando sobre su cabeza.

Pero no llegó la sangre al río. Seniergues se tropezó con un canalón de desagüe y cayó cuan largo era sobre el piso. Diego disparó pero, como su presa iba camino del suelo, falló el tiro, que se perdió hacia los tejados de la villa, aunque hay quien dice que mató a un ave despistada que pasaba por allí en ese momento. De cualquier forma, cuando el francés hubo recuperado la verticalidad, los amigos de don Diego le rodeaban, encabezados por un padre jesuita y el Vicario mayor de Cuenca, Juan Bernardino Jiménez Crespo, con

las manos alzadas y tildando de demonio a Seniergues, amenazándolo con la excomuni3n.

–Allez, allez, mon ami! Calmez-vous et tout se passera bien, d'accord?

Antonio y yo acudimos a la carrera y vimos que un joven le arrebatava la espada a Seniergues y trataba de calmarlo con frases en franc3s, la mayor3a dichas al o3do. Cuando estuve lo bastante cerca para reconocerle vi que era Jean Godin, que se volvi3o y me contempl3o un fugaz instante con sus hermosos ojos verdes. Luego cogi3o a su amigo por la cintura, arrastr3ndole con fuerza lejos del alboroto. Y se alejaron ambos calle abajo.

Aquella fue la segunda vez que vi al hombre de mi vida.

## *MONSIEUR DE LA CONDAMINE*

Charles Marie de la Condamine estaba sentado delante del fuego, en un sillón de alto respaldo, mirando las ascuas. Acabábamos de llegar a la residencia que habían alquilado los franceses en la calle de los Mercaderes. Allí encontramos a los expedicionarios en silencio, en el salón de la casa, tratando de no mirarse los unos a los otros. En la pared recuerdo un lienzo de un auto de fe, otro de una crucifixión; aquí y allá párrafos caligráficos de color ocre sobre los muros enjabelgados. Dominaban el conjunto unos muebles de madera maciza tallados a mano entre los que destacaba un aparador de roble negro que parecía muy antiguo.

La atmósfera era asfíxiante.

Estaban presentes mi Jean, Seniergues, los españoles Ulloa y Jorge Juan, amén de los principales miembros de la expedición: Louis Godin, Bouguer y el propio La Condamine. También se hallaban algunos otros asistentes que yo no conocía demasiado bien o no había tenido ocasión de cruzar palabra cuando los conocí en Guayaquil. La Condamine nos invitó amablemente a un refrigerio y tomamos también algo de vino de Elvira Rosa. Mi hermano y yo habíamos decidido ir primero al hogar de la Misión Geodésica antes de marchar a casa de Manuela. La solución de todo aquel embrollo de afrentas y pistolas cargadas, si había solución posible, debía partir de aquel lugar. La Academia de París creía que aquellas mentes preclaras podían enderezar un grave enfrentamiento entre seguidores de Newton y seguidores de Descartes, acerca de la naturaleza y forma de nuestro planeta. Por tanto, aquellos sabios podrían sin duda poner fin a aquel enfrentamiento pueril.

Pero pronto descubrimos que nos equivocábamos. El silencio que dominaba la estancia era el espejo de muchas incapacidades, no solo en lo relacionado con Seniergues y Diego de León. No tardaríamos en darnos cuenta.

—Esta expedición es un desastre —dijo de pronto monsieur de La

Condamine en perfecto castellano, sin duda en deferencia a nosotros.

Nadie pareció contradecirle; el resto de miembros de la misión o bien carraspearon o bien miraron hacia otro lado. La Condamine era el vivo ejemplo de caballero e intelectual francés. Militar, botánico, filósofo, cartógrafo, geógrafo y matemático, sin haber cumplido los cuarenta años era ya un sabio reconocido. Tenía un rostro oliváceo por el sol del Perú, una nariz muy larga que a otro hombre habría afeado pero a él le daba apostura. Delgado y fibroso, más bien menudo pero puesto en pie junto a sus compañeros (la mayoría de mayor envergadura) parecía el más alto de todos. Se trataba de uno de esos hombres que al poco de conocerlos ya sabes que no pasará desapercibido por este mundo.

–Esta expedición es un desastre –repitió La Condamine–. El señor Couplet murió al poco de comenzarla de malaria. Y ahora el señor Seniergues quiere hacerse matar a manos de un hidalgo español a causa de un lío de faldas que ni le va ni le viene.

–Yo creo que sí me viene –opinó Seniergues–. Una dama estaba en apuros y yo soy un caballero.

–Una dama que no podía pagar los servicios médicos que cobras a precios exorbitantes. Por eso comenzó todo esto. Querías que don Diego saldase cuanto antes la deuda contraída por haber mancillado el honor de la muchacha y cancelado la boda. Así tú podrías coger ese dinero y seguir tu camino. ¿Crees que no te conozco?

–Bueno, en realidad... –comenzó Seniergues antes de ser interrumpido por la voz atronadora del líder de la misión.

–Para ti hasta ahora toda esta misión ha sido así de fácil. Sé que has ganado muchos dineros a costa de las enfermedades de los lugareños. Pero te recuerdo que vinimos aquí a demostrar que la tierra es achatada por los polos, o a refutar la tesis en caso contrario. Y nuestras mediciones no están a la altura, o quizás sería mejor decir que no están a la altura aquellos que las están realizando. Cada uno va por su lado, cada uno hace sus propias mediciones y cree que podrá pasar a la historia por ello. Hasta los jóvenes tenientes de navío que el buen rey Felipe V de España nos mandó están haciendo el trabajo por su cuenta.

Ulloa y Jorge Juan intercambiaron una mirada de inteligencia y mostraron de pronto un súbito interés por las puntas de sus zapatos. Lo cierto es que su misión era no solo acompañar y ayudar a la misión geodésica, sino informar al Rey de todo lo que sucediera. No solo respecto a los expedicionarios, también sobre el gobierno del Perú, su arqueología, sus gentes, etc. Venían a hacer trabajo de campo.

Pero La Condamine estaba decidido a repartir reproches para todos los presentes. Y prosiguió:

–Mi antiguo amigo Pierre Bouguer (en teoría el segundo al mando de esta misión), hace tiempo que no solo hace sus propias mediciones sino que no quiere compartir la información conmigo. Además...

Bouguer, un tipo hosco de ojos muy pequeños, se levantó y abandonó la estancia a grandes zancadas.

–Además, decía, nos hemos enfrentado a nativos peligrosos, a la falta de dinero, ya que la propia Academia de París nos ha dejado desamparados, a un terreno escarpado y a veces impracticable, a problemas judiciales aquí y allá con gente que no reconocía nuestra autoridad, y todo para nada. O para casi nada. Testarudos, seguiremos trabajando por separado y solo conseguiremos que nos cueste el triple de esfuerzo llegar a la misma conclusión. Al final, las diferencias entre las mediciones de unos y otros serán de unas pocas toesas.

Me volví hacia mi hermano y le dije al oído:

–¿Toesas?

Antonio se encogió de hombros. Por suerte vino al rescate mi Jean, que estaba sentado dos sillas a mi izquierda, justo después de su primo Louis.

–Es una medida francesa de longitud, Isabel. Equivale a algo menos de 1950 metros. Todos nuestros cálculos se hacen tomándola como referencia.

–Ah, gracias –contesté lanzándole una sonrisa que fue por supuesto correspondida.

Mi corazón se puso a palpar como loco con solo el recuerdo de su voz, dulce y suave como el murmullo de las aguas de un estanque.

–Pero volviendo al asunto más urgente –decía en ese momento La Condamine, alzándose del sillón–, ¿qué vamos hacer contigo Seniergues? ¿Matarás a alguien? ¿Te harás matar para ganar cuatro cuartos? ¿Cuál es tu

plan?

El cirujano se levantó y pareció por un momento que iba seguir los pasos de Bouguer y abandonar el salón. Pero pareció pensarlo mejor y miró a La Condamine:

–Yo puedo solucionar mis propios problemas.

–¿De verdad puedes?

Seniergues, como nos habían anticipado, era un hombre de sangre caliente. Miró al líder de la misión con desprecio. Había nacido en un pequeño villorrio llamado Bonnebal en el suroeste de Francia, muy cerca de Quercy. Aunque se hacía pasar por caballero no tenía la educación ni los modales del resto de expedicionarios. Era avaricioso y algo inconsciente. Su frase preferida era "prefiero una moneda de oro a una concha marina", queriendo decir con ello a sus compañeros, cuando éstos hacían algún descubrimiento arqueológico o se afanaban en sus mediciones, que todo eso a él le traía sin cuidado: solo contaba el dinero.

Estando en la isla de Martinica, cuatro años atrás, al principio de la misión, había estado a punto de abandonar cuando comprobó que la Academia de París no iba a mandar más fondos. Tal vez por eso, una vez fue consciente de que la misión geodésica debía autofinanciarse con los nobles y gente principal que iban encontrando en su camino, decidió que la mejor idea era financiarse a sí mismo y en adelante seguir sus propias reglas y no las de La Condamine.

Hacia un mes sucedió una desgracia que dejaba bien a las claras el carácter de Seniergues. Un compañero de expedición, el español don Antonio de Ulloa, había sido atacado por un mestizo. El hombre fue encausado por el magistrado y corregidor Matías Dávila y Orduña, pero antes de que las autoridades pudiesen prender al culpable, Seniergues decidió tomar cartas en el asunto. Lo atrapó personalmente e hizo que su esclavo personal Cujidón le diera doscientos latigazos. Ese fue en realidad el primer enfrentamiento de Seniergues con las gentes de Cuenca. Porque si bien era cierto que en ocasiones españoles o criollos se tomaban la justicia por su mano contra esclavos, mestizos e indios, no estaba bien visto que lo hiciese un extranjero. Y Seniergues lo sabía. Pero le daba igual. Como le dio igual tener más tarde

un enfrentamiento verbal con un cabecilla indio local y luego con un oficial del ejército.

Jean Seniergues hacía tiempo que había perdido el control. Eso advirtió monsieur de La Condamine cuando se miraron el uno al otro a los ojos. Finalmente, el líder de la misión geodésica meneó la cabeza y suspiró.

–Esta expedición va a ser un desastre –repitió por tercera vez aquella tarde.

## *NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES*

–¿Cómo demonios te has metido en este lío? –le pregunté a Manuela mientras paseábamos muy cerca de la plaza de toros.

Antonio y yo habíamos llegado a su casa poco antes de anoecer. Joaquín y mis dos sirvientas ya estaban instalados, nuestros baúles y enseres listos para su uso. Pero era tarde y nos sentíamos agotados, por lo que nos fuimos a dormir casi de inmediato. Al día siguiente, pretextando que queríamos visitar la ciudad, engalanadas con motivo del festival de Nuestra Señora de las Nieves, partimos Manuela y yo muy de mañana. Pretendíamos hablar a solas de lo que estaba sucediendo con Diego de León, con Seniergues y con el buen nombre de la familia Quesada. Yo fui la primera en hablar y quise dejarle claro que no aprobaba su conducta.

–¿Cómo demonios te has metido en este lío? –repetí.

–No lo sé, Isabelita –Manuela parecía aturdida, superada por los acontecimientos, como si hubiese recibido un puñetazo en pleno rostro y fuese incapaz de reaccionar—. Todo comenzó con un pequeño enfrentamiento, con un insulto aquí y una palabra mal dicha allá. Y luego todo se ha ido embrollando, cada día un poco más. No negaré que encontré galante la preocupación del francés, tampoco que contaba que ello pusiese en un aprieto a ese canalla de don Diego, que se viese vilipendiado y en boca de todos por lo que me había hecho. Pero ahora soy yo la que está en boca de todos y mi venganza se ha vuelto contra mí.

–Los pobres nunca encuentran la forma de vengarse de los poderosos –le aseguré—. Por eso sigue habiendo pobres y poderosos, porque a los segundos no les alcanza la justicia de la misma forma que a nosotros.

Aquella afirmación, recién salida de mis labios, me hizo sentirme mal. Porque yo estaba mucho más cerca de Diego de León y de esos poderosos de los que mal hablaba, que de los menesterosos y los desesperados, cuyos apuros y sinsabores no conocía. Pero Manuela asintió, comprendiendo el

significado de mis palabras, y caminó un buen trecho con la cabeza gacha, no sé si reflexionando o procurando que nadie la reconociese y pudiera señalarla. La ciudad estaba atestada pues nos hallábamos en plena festividad de Nuestra Señora de las Nieves, la más importante de Cuenca. Se conmemoraba una aparición milagrosa de la Virgen María en Roma, en el siglo cuarto, durante la cual señaló donde quería que se le construyese un templo. Puso como prueba de la veracidad de su manifestación el que, al día siguiente, en pleno agosto, iba a producirse una gran nevada. Así sucedió, y aquellos que vieron a la Virgen, al conocer el cambio climatológico, pudieron salvar sus vidas y las de sus ganados, cuando muchos otros quedaron aislados a causa del temporal.

En muchas villas se celebraba este milagro pero ninguna era tan devota de Nuestra Señora de las Nieves como Cuenca. La fiesta había comenzado tres días antes y aún se extendería dos más. Y serían jornadas dominadas por bailes y jarana hasta la madrugada, bandas de jóvenes bebiendo aguardiente y corridas de toros. Es decir, lo que más gusta a las buenas gentes del Perú y mucho me temo que a las de cualquier lugar, desde Lima a Valladolid, que por entonces era la capital de España.

—Te llamé, Isabelita, porque aunque muchas veces te hago creer que soy la más lista, lo cierto es que sé que tú eres mucho más juiciosa. A mí me gusta mucho leer y en mis sueños de papel la vida parece tener sentido. Entonces se me ocurren ideas magníficas que mejorarán mi existencia. Como esa quimera de buscarme un marido por encima de mis posibilidades y mi condición social. Maldito el día que escuché los halagos de don Diego de León. —Manuela dio una patada a una piedra y me lanzó una mirada lastimera, como la de un perro apaleado—: Mas me demostraste muchas veces que tú sí tienes los pies en el suelo. Si a alguien se le puede ocurrir una forma en que este enfrentamiento no acabe en baño de sangre, esa persona es mi Isabelita.

Inspiré hondo. Mucho confiaba Manuela en mi perspicacia. La observé con detenimiento. Era una muchacha hermosa, con un largo cabello que caía trenzado hasta el medio de la espalda. Vestía un faldellín con puntillas de oro y de plata, y un chupón todo cubierto de encajes. Aspiraba a ser persona principal y no la hija de Francisco y Gertrudis de Quesada. Sus ropas lo revelaban a los cuatro vientos aunque yo lo sabía bien desde tiempo atrás.

Pues aquel secreto deseo había sido en verdad el detonante de la disputa y ahora quién sabía a dónde conduciría todo. ¿Mataría el francés a don Diego o don Diego mataría al francés?

–¿Crees que Seniergues estará dispuesto a abandonar Cuenca? –pregunté.

Manuela enarcó una ceja, sorprendida.

–¿Ese gallito? ¿Y que todos piensen que es un cobarde? Antes se tira de la Iglesia de la plaza Mayor desde donde los franceses hacen sus mediciones.

–Y don Diego, ¿piensas que rehuirá a última hora el enfrentamiento o estará dispuesto a correr el riesgo de que el francés le dé muerte?

–Ahora es una cuestión de honor. El que se retire será el hazmerreír de la ciudad y de toda la provincia de Quito.

Tanto Cuenca como Guayaquil eran parte de la provincia o audiencia de Quito, una de las más importantes del Perú, y sin duda aquella donde los chismes corrían más rápido y los hombres se aprestaban con mayor diligencia a matarse por su causa.

–Pues difícil me lo pones.

–Si fuera fácil no te habría hecho venir.

Detuvimos el paso. Habíamos llegado a la plaza de toros. Bueno, apenas llegaba a serlo. Se trataba de una estructura temporal (apenas un montón de sillas delante de un coso relleno de arena) al final de la plaza de San Sebastián, en una pequeña elevación que pasaba justo por encima del río Tomebamba.

Y precisamente allí me esperaba una nueva sorpresa.

–Hola, Isabel de Casa Mayor.

Jean Godin sonreía de oreja a oreja. Creo que sentí un escalofrío de placer y retortijones en el vientre.

–Hola. Qué alegría volver a verte. Pero puedes llamarme Isabel Grameson si lo prefieres. Ya me explicó mi padre que, de alguna forma, también es mi apellido.

–Yo quiero llamarte como tú prefieras –dijo Jean, solícito.

–Pues con Isabel ya basta.

En ese momento, mi interlocutor se volvió y señaló a la plaza provisional, cuyas puertas se estaban abriendo en ese momento.

–Estaba paseando casualmente por aquí cuando...

–¿Casualmente? –inquirió Manuela.

–Os lo juro.

Ambas nos miramos un instante. Ninguna le creímos.

–Estaba paseando casualmente por aquí, decía, cuando he pensado que necesitaba un guía para conocer esta fiesta vuestra de la tauromaquia.

–Yo no soy precisamente una experta –le respondí–. Manuela sabe mucho más que yo.

Pero mi amiga se dio cuenta de que sobraba en aquella conversación y dijo:

–Por desgracia, debo volver a casa para darle la medicación a mi padre. Ya sabes que aún está convaleciente de sus fiebres. Con gusto le explicaría los pormenores de la Fiesta al señor Godin. Pero tendrás que hacerlo tú. Piensa, eso sí, en lo que hemos hablado y en cómo solucionarlo. Te lo pido por favor.

Antes de que pudiera abrir la boca, Manuela se había dado la vuelta y desandaba el camino hacia su casa con paso resuelto y sin despedirse. Me volví hacia Jean y traté de disimular un mohín divertido:

–Creo que tendré que ser yo tu guía en el mundo del toreo.

–Si no queda más remedio...

Y entonces Jean me ofreció su brazo. Dudé un instante pero finalmente deslicé el mío justo hasta rozar su muñeca izquierda. Me cogí bien fuerte. Temblaba de pies a cabeza y sentía un hormigueo que me llegaba a la punta de los dedos de los pies. Pero seguí bien agarrada al brazo de mi Jean.

De esta guisa comenzamos nuestro paseo. Desde lejos, cualquiera habría podido pensar que éramos novios.

*¡FUERA LOS FRANCESES!*

–Cuéntame.

Estábamos sentados en la segunda fila de sillas, rodeados de una turba vociferante. Me pareció que Jean estaba incómodo.

–Bueno, por lo que yo sé quien trajo los toros al Perú fue el mismísimo Francisco de Pizarro al poco de terminar la conquista del inca. Es una fiesta muy extendida en el imperio español y consiste en tres fases. En la primera los picadores amansan al toro clavándole lanzas. El animal es muy fuerte, como puedes ver, y viene desde los chiqueros con demasiada agresividad. Hay que rebajarla para dar una oportunidad al matador. Al principio había picadores de a pie y a caballo pero últimamente se están imponiendo estos últimos. A veces también se les pone banderillas pero es una costumbre nueva que no está muy extendida. Muchos creen que no durará mucho.

Jean contemplaba la escena con los ojos desorbitados; creo que no era de su agrado.

–En la segunda fase de la faena, el matador, da una serie de lances al animal demostrando su maestría, su dominio y su valor.

–Ya veo –dijo Jean–, ¿te importaría proseguir las explicaciones fuera de la plaza? Creo que no me encuentro muy bien. Algo que habré comido esta mañana.

Nos alejamos lentamente de vuelta a las calles de Cuenca. Le expliqué que más tarde darían muerte al toro con una larga espada llamada estoque y, en caso de que el animal no muriera o la espada hubiese entrado ladeada o incompleta, se le remataría con un instrumento afilado llamado verdugillo que se incrustaba en la nuca. Pero creo que Jean ya no me escuchaba. Avanzamos por la plaza de San Sebastián donde estaba instalado el coso portátil. Ya estábamos cerca de la iglesia que da nombre a la plaza. Atrás quedaban los dos niveles de gradas con sus sillas y las cuatro mil personas que gritaban pidiendo las dos orejas para el matador.

—¡Vuélvete a tu país, francés cabrón! —dijo entonces un hombre embozado que arrojó a Jean una piedra que, por suerte, rebotó en el suelo muy cerca de nuestros pies y se alejó rodando hacia las gradas.

El hombre salió a la carrera tan pronto Jean hizo un gesto hacia la empuñadura de su espada, pero un grupo de niños, envalentonados por la acción del desconocido, comenzaron a dar saltos a poca distancia, levantando nubes de polvo y tierra.

—¡Viva el Rey! ¡Abajo los franceses criminales!

—¡Marchaos de Cuenca! Aquí no os quiere nadie.

Pero los niños salieron también a la carrera en el momento que Jean hizo un amago de sacar el filo del arma de su vaina. Tan pronto oyeron el característico silbido del metal deslizándose echaron a correr como alma que lleva el diablo, pero sin dejar de gritar: "abajo los franceses y viva el Rey, el Virrey y el Perú".

Parecía que aquellos mocosos ignoraban que el rey Felipe V de España era francés. Lo que seguro que desconocían, o no les importaba, era que estuviésemos en el siglo francés, que todos querían parecerse a los franceses en la corte, en las tertulias y hasta en la alcoba. En Cuenca, por el momento, los afrancesados habían dejado de estar de moda.

—Bien sabes, querido Jean —dije, tras un largo e incómodo silencio—, que Juan Bernardino Jiménez Crespo, el vicario mayor de esta ciudad, ha pedido a un juez que inicie una investigación contra Seniergues por escándalo público. Aduce que pasó la noche en la casa de una mujer soltera; y se refiere por supuesto a Manuela. Aunque hace mucho que nadie presenta cargos por algo semejante, es un hecho que en teoría va contra la ley. Desde su púlpito no para de denunciar vuestra presencia aquí, tildándola de demoníaca, e insta a las buenas gentes a oponerse, a obligaros a marchar de esta tierra.

—Algo he oído sí. Habladurías y supersticiones.

—Si te sirve de consuelo te diré que el vicario, años atrás, denunció a una pareja por bailar juntos demasiado rato en esta misma fiesta de Nuestra Señora de las Nieves. Además, es íntimo tanto de la familia de Diego de León como la de su novia Josefa, hija del alcalde Serrano.

—Seniergues se ha metido en la boca del lobo. Bien lo sabe él a estas

alturas, pero su temperamento le impide dar marcha atrás.

Recordé entonces la promesa hecha a Manuela de intentar solucionar aquel embrollo.

–¿Podrías intentar convencerle para que se marchase de Cuenca? Si lo hiciera con prontitud todo se calmaría y...

–No, no va ser posible. Joseph de Jussieu, otro de los asistentes en la Misión Geodésica, y nuestro botánico, al que creo que no conoces, ya lo intentó ayer noche. Es su mejor amigo y ha venido expresamente para convencerle. Pero Seniergues está dominado por la ira y el resentimiento. Asimismo, como seguramente ya te has dado cuenta, es un perfecto imbécil, al igual que Diego de León y la mayor parte de los implicados en esta disputa.

Si no estuviésemos enfrentados a una situación tan peligrosa y terrible creo que hubiese sonreído. En efecto, la imbecilidad, más que el honor, era el punto crucial de la controversia.

–Una cosa, Isabel. Cambiemos de tema por un momento. Estoy harto de hablar de toros, también de Seniergues y sus cuitas.

Jean se había detenido y me miraba fijamente con sus magnéticos ojos verdes. Mi francés era un hombre guapo, elegante, buen conversador, e inteligente. Todo lo que una mujer puede desear.

–Sí, dime.

–Me preguntaba...

Jean parecía dudar y sus labios se contraían una y otra vez. Acabó mordiéndose el labio inferior. ¿Dudaba? ¿Tenía miedo de preguntarme algo?

–Me gustaría saber si crees en el amor a primera vista.

Me sorprendí. Era la misma pregunta que yo le había hecho a Manuela días atrás, justo después de despedirnos de los expedicionarios en nuestra hacienda de Guayaquil. Porque nada más conocerle tuve la sensación de que Jean sería el hombre de mi vida. ¿Podía ser que él hubiese tenido esa misma sensación?, ¿que a ambos nos embargase una emoción semejante?, ¿que el amor a primera vista existiese?

–Sí, lo creo. Creo firmemente en el amor a primera vista.

Mi dulce francés me miró. Ya no dudaba. Ya no se mordía los labios.

–Yo también lo creo, Isabel. Yo también lo creo.



## *EL QUINTO DÍA*

Todo estalló el quinto y último día de las festividades de Nuestra Señora de las Nieves. Estalló, precisamente, por la razón que Jean Godin me había expresado el día antes: la estupidez, la imbecilidad de los hombres. Aquella vez aprendí que los machos, a diferencia de las mujeres, pueden obrar una completa necedad a sabiendas que están cometiendo un error. Siempre ponen excusas que explican cómo y por qué sucedió tal cosa, valores como el honor, la gallardía, las obligaciones... pero solo la estupidez las explica.

Al despertar aquella mañana me propuse, como único objetivo del día, impedir el asesinato de Seniergues, impedir también que mi amiga Manuela se viese implicada en el tumulto y, por último, que mi Jean no acabase de alguna manera también salpicado por todo aquel desagradable asunto.

Fue en vano.

Rompía el alba cuando acudí junto a Joaquín a la plaza de San Sebastián. Antes había dado orden, por supuesto, de que Tomasa y Juanita se quedasen en el piso de Manuela al cuidado de mi hermano Antonio. El pobre se enfadó, por supuesto, pues le parecía escaso honor el cuidar de dos niñas pequeñas cuando acechaba el peligro.

—Joaquín y tú marcháis a solucionar ese problema y yo me quedaré aquí, aburrido. No quiero dejarte sola ni quiero aburrirme —se quejó Antonio, enfurruñado. Ya no tenía el semblante enérgico y la determinación de cuando partimos de Guayaquil. Había días que parecía un hombre sano como cualquiera, pero en ocasiones le entraban migrañas y su gesto se volvía tardo como el de un infante.

—Nuestro esclavo es fuerte como una montaña, eso lo sabes bien. A su lado nada puede sucederme. Tú harás bien siguiendo mi consejo esta vez, como has hecho muchas otras veces. ¿Confías en mí? ¿Me harás caso?

Antonio asintió y, aunque todavía enfurruñado, se volvió con las niñas a nuestras habitaciones.

Así pude manejarme libremente con mi esclavo en los festejos, convencida de que su fuerza física y su fidelidad serían suficientes para salvaguardarme de cualquier peligro. Aunque, si he de ser sincera, la situación era tan grave que no las tenía todas conmigo.

Delante del típico cartel en el que se veía el nombre de los matadores, el de los toros y otros datos de interés de la corrida, estuve vigilando la llegada a la plaza de los aficionados, de los miembros de la Misión Geodésica, de Seniergues, de Manuela y del resto de protagonistas de aquella triste velada. Una abigarrada multitud avanzaba desde el centro de la ciudad y en ocasiones me impedían ver con claridad lo que sucedía. Pude distinguir sin dificultad, sin embargo, a Nicolás de Neira y otros jinetes haciendo un galope de exhibición para la multitud antes de entrar al coso. Contemplé también el encierro del ganado en el toril y los últimos preparativos de los organizadores.

Más tarde los caballeros dieron muestra de la calidad de sus cabalgaduras haciendo unos ejercicios dentro de la plaza que aquí llamamos capeos. Luego aparecieron los palampanes, una suerte de payasos que acompañan a los matadores en la corrida, y que son propios del toreo del Perú, al igual que aquellos cuya misión es distraer al toro con sus lances: cacheteros, garrocheros y rejoneadores.

Fue un pequeño acto de bondad de un hombre de la Iglesia lo que precipitó todo el asunto. El padre Gregorio Vicuña, párroco de la iglesia de San Sebastián, que justamente se hallaba delante de la plaza que tomaba su nombre, había trabado buena relación con La Condamine y ambos habían departido en serenas tertulias acerca de ciencia y religión. Quiso la mala suerte que este hombre, luego de varios días de espectáculos en los que no tuviera ocasión de encontrarse con La Condamine y el resto de los expedicionarios, tomara la resolución de invitarlos a la corrida final que cerraba las fiestas. Pensó que era un gesto caritativo y, aunque sabía de los problemas que últimamente tenían los franceses con las gentes del pueblo, juzgó que españoles, criollos y franceses se sabrían controlar. Después de todo, la ciudad estaba en fiestas, ¿no es verdad? Eran momentos de felicidad, ideales para olvidar odios y querellas.

A las cuatro menos diez de la tarde del veintiocho de agosto habían llegado a la plaza los miembros de la Misión Geodésica. Aquí de nuevo se hizo palmaria la estupidez de la raza humana y, en particular, de los machos de nuestra especie. La Condamine sabía bien que era un error acudir y, atendiendo a la voz de su sabiduría e inteligencia, debería haberse quedado en casa y prohibido al resto de expedicionarios que acudieran a los festejos. Pero juzgó que sería una falta de respeto a su amigo Gregorio hurtarle su presencia en la corrida. El resto de franceses acompañaron a La Condamine al evento y, por lo que hace referencia Seniergues, una vez perdido el control, poco le importaba ya encontrarse con sus enemigos en la Plaza Mayor o en una plaza de toros o en una calle concurrida de la ciudad.

La suerte estaba echada.

Los miembros principales de la expedición tomaron asiento en el palco de Gregorio Vicuña; Jean Godin y su primo Louis lo hicieron en segunda fila, lo más lejos posible del espectáculo. Mientras, los españoles Ulloa y Jorge Juan estaban en el extremo sudoeste de la plaza con unos amigos. Por último, Seniergues aparecía en un lugar y al poco en el siguiente, bebiendo aguardiente y riendo sonoramente, para que todos vieran que no tenía miedo de don Diego de León ni de sus amigos.

Yo me llegué hasta donde estaba sentado Jean y, luego de saludar a su primo, le pedí por favor que interviniese:

–Estoy oyendo a grupos de embozados hablar de matar al francés. ¿No podéis hacer algo para disuadirle y que se marche?

Yo temía por la vida de Seniergues, pero en aquel momento mi principal temor era que de matar a un francés se pudiera pasar a matar a varios, y que mi Jean estuviese de pronto en peligro. Pero él se encogió de hombros:

–Si ha de pasar algo, pasará, Isabel. Porque si no pasa hoy... tal vez pase mañana. Ni Seniergues ni Diego de León van a dar su brazo a torcer ni a retroceder un ápice.

Louis asintió a las palabras de su primo y suspiró hondamente. Ni siquiera entre los expedicionarios cabían muchas dudas ya de que aquello iba acabar en un baño de sangre.

Un estúpido baño de sangre.

Pero aquel día descubrí también que la estupidez no es una cosa que solo pueda atribuirse a los machos de la especie, a caballeros sin honor como don Diego de León o a personas de sangre caliente como Seniergues. A menudo, es común a todos los seres humanos. Porque en ese momento descubrí consternada que entraban en la plaza de toros Francisco de Quesada y su hija Manuela, acompañados de su prima Antonia Domínguez. Bien podrían haberse ahorrado ir a los festejos en una situación semejante. De hecho, yo había dado por sentado que así lo harían. Ni siquiera había preguntado a mi amiga al respecto. Pero como a los machos, a los Quesada les pudo el honor, la necesidad de mostrarse delante de sus convecinos para que todos vieran que no tenían miedo o, más exactamente, para que todos vieran lo estúpidos que eran.

—¡Manuela! ¿Qué haces aquí? Esto es un polvorín. Va a estallar en cualquier momento. Márchate a casa si no quieres empeorar las cosas.

Mi amiga me miró con sorpresa. Ya había olvidado la carta que me escribió, o sus peticiones de ayuda del día anterior. Llevaba sus mejores galas y quería que todos admirasen su buen gusto en el vestir.

—¿Y perderme el día grande de la fiesta de Nuestra Señora? ¿Estás loca?

Manuela se alejó moviendo exageradamente las caderas. Delante iba su padre, también engalanado de forma exquisita, prendida de su cuello una capa roja de torero que le había regalado el mismo Seniergues. Precisamente en ese instante el joven francés se acercó a Manuela y la cogió del talle. Ambos se echaron a reír mientras caminaban hacia sus localidades. Yo volví la vista hacia los bancos de delante de la iglesia de San Sebastián, donde se hallaban sentados Diego de León y su amigo el vicario mayor Jiménez Crespo. Ambos cuchicheaban. Uno de celos, pues aunque se había prometido a Josefa Serrano, no quería que Manuela tratase a ningún otro hombre, y menos a un francés. El otro de rabia, pues habiendo denunciado los actos ilícitos de Manuela y Seniergues, estos se veían ahora confirmados ante sus ojos en toda su libidinosa maldad. Era, además, la primera vez que Manuela y Seniergues se mostraban en público.

—¡Malditos desvergonzados! —bramó el vicario.

Don Diego de León no dijo nada. Tenía la mirada perdida, absorta en

negros presagios que no tardarían en cumplirse.

## *LA CHISPA*

Tal vez, solo tal vez, la cosa podría no haber ido a más. Podría haberse quedado en celos, ira y malas intenciones. Una bomba a punto de estallar pero que no termina de hacerlo. Todas las partes implicadas en este absurdo enfrentamiento se contemplaban con jactancia o rencor, el barril de pólvora estaba preparado. Solo faltaba rezar para que una chispa no encendiese la mecha y todos echásemos a volar por los aires.

Mas como siempre sucede en estos casos la chispa surgió de donde nadie esperaba.

Nicolás de Neira, uno de los amigos de don Diego de León, era quien dirigía aquel año las festividades taurinas. Estaba en el coso a lomos de un caballo finamente enjaezado, listo para, en el momento que sonaran las cuatro en el reloj de la iglesia, dar por comenzada la corrida con el paseíllo de los diestros. Fue el primero en darse cuenta de los murmullos de la multitud contra el francés, de los gritos que pedían asesinarle o, al menos, darle una buena lección. Puso su rocín al trote y se dirigió al palco donde estaban los españoles Ulloa y Jorge Juan.

–¡Aquí va pasar una desgracia! –les advirtió señalando hacia Manuela y Seniergues, que seguían agarrados susurrándose cosas al oído.

–¿No podríamos dejar que los jóvenes disfruten un poco y seguir a nuestros asuntos? –opinó Ulloa.

–En cualquier momento puede suceder que algún exaltado piense que ese asunto es también suyo –replicó Neira–. Entonces ya no habrá vuelta atrás. Yo solo os prevengo de un peligro cierto.

Los dos oficiales españoles saltaron entonces desde el palco al coso y dijeron:

–Nosotros nos encargamos de esto. No te preocupes.

Pero ahondando en la estupidez de los actos de los hombres, Seniergues decidió ser el más estúpido de todos. Habiendo oído en todo o en parte la

conversación entre los españoles y Nicolás de Neira, o al menos intuyendo que se pretendía impedirle gozar de la presencia de Manuela, el francés hizo bocina con las manos y alzándose de su localidad, gritó:

–Nicolás, traidor, amigo de ese felón de don Diego. Déjame en paz o te voy a matar.

En la plaza se hizo el silencio. Todos miraban a don Nicolás. Entonces él tomó una extraña resolución. Es difícil saber, llegados a este punto, si sabía en lo que su decisión iba a desembocar. Probablemente sí. Probablemente no. Yo me inclino por lo primero. En cualquier caso, Nicolás desmontó y, luego de colocarse en el centro del coso, rodeado de la arena donde deberían en breve morir los toros, anunció a la multitud:

–He sido amenazado de muerte por el francés Jean Seniergues. Voy a buscar al alcalde Sebastián Serrano y a las autoridades para que le prendan. La corrida queda suspendida.

Cuatro mil pares de ojos airados se volvieron hacia Seniergues. Toda una ciudad esperando un año entero para aquel evento que ahora acababa de venirse abajo en una fracción de segundo. Y buena parte de esa ciudad llevaba días borracha, sin apenas dormir o durmiendo mal y a deshoras o despertándose con resaca en medio de un portal o bajo un carro en un establo.

Cuatro mil pares de ojos inyectados en sangre se volvieron hacia Seniergues. Las palabras de Nicolás de Neira, acaso sin quererlo, habían dictado una sentencia de muerte.

## *UN ESFUERZO INÚTIL*

Finalmente, la estupidez humana se impuso a la razón. Yo me hallaba no muy lejos de las localidades de Ulloa y Jorge Juan, en el sureste de la plaza, cuando la corrida fue suspendida y la multitud asesina avanzó en dirección a Seniergues.

–¡Muerte al francés! –gritaban desde el fondo de sus podridas gargantas.

Antes de que la turba alcanzase las localidades de Seniergues y los Quesada, un grupo de hombres armados, al menos cien, se llegaron al pie de las gradas. Llevaban lanzas y espadas, e incluso pistolas. Sus líderes eran Nicolás de Neira y, de forma sorprendente, el alcalde en persona: Sebastián Serrano. Este último, emponzoñado su espíritu por Diego de León, temiendo perder a un yerno ventajoso, decidió tomar cartas en el asunto para arrogarse el papel de verdugo.

Yo había pensado que si alguien daba muerte a Seniergues sería don Diego, que es con quien en verdad tenía el pleito. Pero aquel día hice un nuevo descubrimiento, y es que en este mundo hay hombres de acción, que ponen en juego su vida para alcanzar un objetivo. Por el contrario, existen también personas con un talante organizativo, manipulador, que se quedan agazapados en segunda línea para que otros actúen por ellos y en su nombre. Don Diego era de estos últimos y había pasado días sometiendo la voluntad de muchos con palabras y discursos, malmetiendo a amigos y conocidos contra Seniergues. Nunca llegó ni siquiera a entrar en la plaza. Continuó sentado en el banco delante de la Iglesia, donde yo le viera junto a su amigo el vicario mayor. Mientras, sus marionetas cumplían el mandato de asesinar al francés.

–¡Viva el Rey! ¡Muera el mal gobierno! –chillaban cuatro mil bocas hambrientas de sangre.

–¡Mueran los franceses! ¡Favor a la justicia! –gritaban los de la mesnada del alcalde Serrano y Neira.

Jean Seniergues, todo valor, estupidez y altanería, saltó a la arena con el

sable en la mano derecha y una pequeña pistola de bolsillo en la izquierda. Lentamente retrocedió hacia la salida sin perder de vista a sus enemigos. Viendo que se arredraban y no se decidían a atacarle, se envalentonó.

—¿Solo sois ciento? Si no corréis presto a pedir refuerzos mucho me temo que saldréis escaldados.

Aquellas frases soliviantaron todavía más a la multitud, que comenzó a lanzarle una lluvia de piedras. Aunque Seniergues trató de protegerse con los brazos, la sangre pronto comenzó a manar de su frente y sus mejillas, señalando cada impacto recibido. El francés se hallaba ya cerca de la salida, tanteando la barrera por donde entraban y salían los toros. Allí dos certeras pedradas le hicieron perder la espada y luego la pistola. Era el momento que estaba esperando la cobarde multitud.

—¡Matadle! —ordenó el alcalde.

Por poco no consiguió huir Seniergues, que llegó a abrir la puerta de chiqueros, pero alguien la trabó del otro lado y quedó el francés aprisionado entre el patíbulo de arena y la libertad. Caído en el suelo, desarmado y atrapado en la puerta, fue presa fácil de los canallas, que le rodearon y le dieron de golpes y patadas. El mismo Nicolás de Neira le atravesó entonces con una estocada la altura de los riñones.

Milagrosamente, el indómito Seniergues consiguió huir; desplazó de un golpe la barrera y fue zigzagueando hasta la primera casa de la plaza, que pertenecía al ex alcalde don Sebastián de la Madriz. Avanzaba al borde de la extenuación, la sangre manando de sus muchas heridas. Al franquear el patio de la casa fue derribado y pateado por la multitud. Allí el alcalde hizo que lo sujetarán para dispararle en la cabeza.

—¿Qué hacéis? ¿Os habéis vuelto loco? —preguntó un clérigo que paseaba por los contornos y respondía al nombre de Nicolás Palacio.

El alcalde Serrano, sin responder a la pregunta del clérigo, enfundó la pistola. Había demasiados testigos que podrían declarar que lo había matado a sangre fría.

—Siempre voy a lamentar —dijo Sebastián Serrano volviéndose hacia su mesnada—, no haber segado la vida de este perro aquí mismo, o haberlo llevado a la cárcel para ahorcarle sin más proceso.

En ese momento el cura, pensando que Seniergues estaba en trance de muerte, comenzó a darle los últimos sacramentos, a lo que el alcalde replicó:

—¿Para qué sirven los sacramentos a los herejes?

Y dicho esto se marchó Sebastián y los suyos a la búsqueda de más franceses a los que golpear, pisotear y acaso también asesinar.

## *EL RESTO DE FRANCESES*

En el momento que vi a Seniergues, espada en mano, protegiéndose de los embates de cien hombres armados, comprendí que no había marcha atrás. A él no se le podía salvar, pero sí a mi Jean y sus amigos.

—¡Vamos, Joaquín!

Corrimos como alma que lleva el diablo hacia el palco de don Gregorio Vicuña, donde una masa furibunda y enloquecida intentaba ascender por una escala para asesinar a La Condamine y al resto de franceses. Don Antonio de Ulloa vino al rescate y, cogiendo fuertemente la escala, la lanzó al vacío junto a sus ocupantes, que se desplomaron en la arena. Joaquín también hizo su parte dispensando tortazos a diestro y siniestro, mientras abríamos un camino entre las gradas para que escapasen los miembros de la Misión Geodésica.

—¡Por aquí, señores! —chilló el negro, luego de alcanzar la salida de la plaza y repartir sendos bofetones a dos hombres que la custodiaban, lanza en mano, esperando a los franceses.

Joaquín había sido comprado por mi padre a bajo precio cuando yo era muy pequeña. Se decía que había sido un príncipe en su tribu en el Congo, que era rebelde, indomable, que no obedecía nadie y siempre sería mal esclavo. Pero en mi casa tratábamos a los esclavos como a trabajadores, sin hacer distinciones. Nunca les hacíamos probar el látigo y Joaquín, luego de unos meses de lógica desconfianza hacia el hombre blanco, se convirtió en uno más de nuestra familia. Medía más de dos metros y era tan ancho de espaldas que podía pasar por dos hombres caminando juntos. Nunca conocí a nadie tan fuerte que se le pudiera ni tan siquiera igualar.

—¡Por aquí, señores! —repitió el negro, atravesando como una exhalación la plaza de San Sebastián y llevando por callejuelas estrechas a Bouguer y La Condamine, que encabezaban al grupo de franceses. A Jean y a su primo Louis los habíamos perdido de vista en los primeros momentos de la trifulca. Yo no paraba de mirar hacia atrás, buscándolos entre la multitud que nos gritaba y

lanzaba piedras. Con lágrimas en los ojos seguí corriendo. No me quedaba más remedio, pues había unido mi destino al de los franceses.

A la altura de la casa del párroco de la iglesia mayor, el grupo de exaltados dirigido por el alcalde Serrano nos dieron alcance. Delante de aquellos muros se produjo un extraño y desigual combate, al menos diez hombres enarbolando espadas, enfrentados a los músculos poderosos de Joaquín, que repartió tortazos a discreción, a pesar de ser herido en tres ocasiones: pecho, brazo izquierdo y mandíbula. Pero las heridas eran simples tajos que no revestían gravedad a primera vista, y prosiguió el combate, con el que Joaquín pretendía cubrir nuestra huida por la siguiente callejuela.

Pese a los esfuerzos del negro, un cuchillo lanzado con habilidad impactó en el cuello de Bouguer, que se alejó trastabillando y tuvo que ser recogido por sus compañeros, pues estaba al borde de perder el conocimiento.

Llegamos a la casa de los franceses unos minutos después. Yo me había quedado la última, al final de la calle, esperando a Joaquín, que tardó en aparecer. Por fin, todo cubierto de sangre, lo vi avanzando con paso seguro al volver un recodo. Pensé que estaba mal herido y le abracé, pero él alejó mi rostro para contemplarme y dijo:

–No te preocupes, Isabel. La mayor parte de la sangre no es mía.

Y me mostró su sonrisa de dientes blanquísimos.

## *LOS DÍAS QUE SIGUIERON*

Fueron horas, jornadas de angustia. Mientras curaba las heridas de mi esclavo, el resto de franceses fueron llegando a la casa. Los últimos, los Godin, que habían tenido que sortear similares peripecias a las nuestras para salvar la vida.

Jean y yo nos abrazamos y besamos delante de sus camaradas. Fue un primer beso tan atropellado, tan visceral, que no fue hermoso, pero sí necesario, y no me arrepiento de haberme con ello robado ese instante que otras mujeres ven mágico. Porque mágicos fueron los besos siguientes, una vez comprendimos que nuestros cuerpos y nuestras almas eran ya uno para siempre.

A pesar de los sucesos terribles de aquel día, a algunos de los franceses se les escapó una carcajada. Porque pase lo que pase, sean cuales sean las desgracias, la vida siempre sigue. Y el amor importa más que las querellas estúpidas, las batallas o los peores lances a los que hayamos de enfrentarnos.

—El corregidor, que es como sabes el juez Matías Dávila —me explicó Jean cuando nuestros labios se separaron—, está intentando atajar el tumulto.

Corregidor era un cargo propio de las colonias españolas. Se trataba de un juez itinerante, que trataba asuntos de diversa índole en lugares apartados como el nuestro. Tenía una potestad que superaba a alcaldes y demás dignatarios locales. Él era la justicia en nuestra provincia. Por suerte, se hallaba en Cuenca por las fiestas de Nuestra Señora de las Nieves. De no ser así, mucho me temo que todos los expedicionarios habrían sido ejecutados.

—Ha publicado un bando —prosiguió mi Jean— prohibiendo caminar por la calle en grupos superiores a tres personas. Y ha colocado guardias en lugares estratégicos, sobre todo en aquellos que conducen a esta vivienda. Creo que de momento no corremos peligro.

Tampoco lo corría Joaquín, que luego de limpiarse la sangre y tras unas horas de reposo, se paseaba como siempre risueño por la casa de los

franceses, dando ánimos y cantando canciones en lengua africana yoruba.

Poco después llegó en parihuelas Seniergues, protegido por un numeroso grupo de soldados. Se moría y su deseo era dictar sus últimas voluntades. Así lo hizo a su amigo Jussieu, dejando a este y a La Condamine como ejecutores de su testamento, donde enumeraba una serie de actos de caridad que deberían hacerse en su nombre. Asimismo, entregaba el resto de su fortuna, que no era poca cosa, a sus hermanos Guillaume y François de Seniergues.

Durante la noche siguiente perdió y recuperó el conocimiento en varias ocasiones. Por un momento llegamos a abrigar la esperanza de que sobreviviese, pero la estocada que le había dado Nicolás de Neira, a la altura de los riñones, en la parte posterior del abdomen, le había provocado una hemorragia interna.

–Ha sido una mala cuchillada –le explicó Seniergues a Jussieu en uno de sus escasos momentos de consciencia–. Sé que se acaba mi tiempo, amigo. Mas no me arrepiento de nada.

Se quedó pensando entonces el pobre hombre en los muchos dineros que había ganado como cirujano en el nuevo mundo (y que ya nunca podría gastar), en que se había hecho matar por una mujer que en realidad no le importaba, en que solo tenía treinta y cinco años, en que podría estar ahora en la plaza bebiendo aguardiente... El rostro se le demudó. Añadió:

–Y a la vez me arrepiento de todo. Pero especialmente de morir tan joven.

Así sucedió el 2 de septiembre de 1739 a las 10:30 de la mañana. Ese mismo día, La Condamine presentó cargos contra Nicolás de Neira, el alcalde Serrano y don Diego de León. En los tres casos por asesinato. Aunque se admitieron a trámite, el corregidor en persona le indicó que la Misión Geodésica en pleno tenía veinticuatro horas para abandonar la ciudad.

–Aquí nadie os quiere, monsieur. No puedo asegurar vuestra seguridad si os quedáis –dijo don Matías echando un vistazo al pliego de acusaciones de La Condamine y apartándolo a un lado en su escritorio, como si apestase.

Así lo hicieron los franceses a las pocas horas. Los ciudadanos de Cuenca pudieron verlos por las calles del pueblo, a horcajadas sobre sus mulas, con todos los bártulos y aparatos científicos amontonados sobre los lomos de las pobres bestias. Embargaba a los supervivientes de la Misión Geodésica una

sensación ominosa, de mal agüero. Bouguer llevaba el cuello vendado y a ratos deliraba y decía cosas sin sentido. El resto montaban en silencio, que solo se rompió cuando un niño gritó a mi Jean:

–Te dije que te marcharas, francés. Tendrías que haberme escuchado.

Acto seguido, el muchacho escupió al suelo. Gesto que imitaron el resto de curiosos.

## *DE VUELTA A GUAYAQUIL*

No fue fácil regresar a la hacienda de mis padres. Estaba enfadada con Manuela por su inconsciencia y no quise ni siquiera verla. Me alegré de que ella también hubiese salido sin un rasguño de las trifulcas y linchamientos, pero no le podía perdonar que siempre antepusiese sus intereses a los del resto de la humanidad. Yo me había jugado la vida por ella. ¿Para qué?, ¿para que ella pudiera pasearse engalanada durante los festejos?, ¿para ser su paño de lágrimas mientras ella provocaba habladurías que acabaron en un baño de sangre? De pronto, llegué a la conclusión de que la inconsciente había sido yo por venir a ayudar a alguien que nunca iba a agradecer mis desvelos. Así que empaqué mis cosas y salí de su casa a la primera oportunidad.

Avanzando lentamente por caminos de montaña, no dejaba de recordar los terribles sucesos acaecidos en Cuenca. Mi hermano Antonio, que volvía tener uno de sus días buenos, charlaba por los codos, contando chanzas a las pequeñas Tomasa y Juanita. Joaquín, acaso por estar aún dolorido, se mantenía como yo al final de la recua de mulas, absorto en sus pensamientos.

Yo me moría de ganas de estar al lado de mi Jean. Y deseaba con todas mis fuerzas que pasasen los pocos meses que me restaban para la mayoría de edad. Tan pronto sucediese, él me había prometido que acudiría a pedir oficialmente mi mano a don Pedro Manuel de Casa Mayor y Bruno, mi padre. Ahora solo faltaba que transcurriera el breve lapso de tiempo entre el presente y ese momento; entretanto, mi misión era convencer a mis progenitores de que nos convenía aceptar aquella proposición y unir nuestro destino al de la estirpe de los Godin. Esperaba que no fuese muy difícil alcanzar un acuerdo y suspiraba por un sí.

Y entre suspiros prosiguió el camino.

Recuerdo que habíamos terminado de comer y acabábamos de regresar al sendero. Yo me entretenía limpiándome los dientes mordisqueando las blancas raíces del jazmín, que como todo el mundo sabe es la mejor manera de cuidar

la dentadura para que te dure muchos años.

–¿Todo este terrible asunto ha concluido con la muerte de Seniergues? –  
inquirió Joaquín, colocando su montura a la par que la mía.

–No creo. Mucho me temo que se estarán años en juicios. La Condamine piensa litigar sin descanso hasta ver en la cárcel a todos los implicados en el linchamiento. Además, esto de los tribunales es otra de las actividades que más place a los hombres de honor. Es una forma de asesinarse, pero más civilizada. Ya lo irás comprobando con el paso de los años.

–Debe ser terrible ser un hombre de honor como esos a los que te refieres –opinó el negro.

Asentí lentamente con la cabeza. Tenía razón.

–Qué suerte hemos tenido de no nacer hombres blancos ni caballeros. Nos ahorramos muchas preocupaciones, amigo mío.

Joaquín rió.

Pero lo cierto es que los juicios que se sucedieron no eran para nada asunto de risa. Aunque la compañía francesa había abandonado Cuenca por orden del corregidor, no por ello el señor de La Condamine iba a olvidarse del asesinato de su asistente. Yo estaba en lo cierto al suponer que no regatearía en gastos para conducir a los culpables a rendir cuentas ante la justicia. El corregidor don Matías Dávila solo quería evitar una sublevación en la ciudad, y esperaba que el asunto no fuese más allá. Mas pronto se reanudaron las querellas criminales, y hasta mi Jean se implicó en una de ellas, deseoso de hacer justicia a Seniergues, que sin duda era un patán descerebrado pero no merecía morir de aquella forma.

Recuerdo que una mañana mi padre vino a verme a mis habitaciones. Estaba serio y se atusaba el pañuelo de seda negra que llevaba prendido en el cuello. Tomó asiento en un sillón que tenía yo junto a la ventana y se estiró las medias de seda. Siempre que jugaba con los complementos de su vestimenta era porque estaba nervioso o quería explicarme algo importante. Yo decidí no abrir la boca, porque el día anterior le había informado de que Jean Godin pensaba pedir mi mano en breve fecha. Estaba esperando una respuesta de mi padre, por lo que había tomado la resolución de ser una hija modélica siquiera durante unas jornadas, no diciendo una palabra de más ni una de menos. En

realidad, para no caer en el error de abrir mi boca y decir algo que disgustase a mis padres, me pasaba el día bordando como hacen las buenas chicas.

–El fiscal de la audiencia de Quito ha pedido la pena de muerte para los asesinos del francés Seniergues –me anunció mi padre–. El alcalde Serrano y Nicolás de Neira han huido. Don Diego de León está preso en Cuenca.

–Eso es buena cosa –opiné, suspirando de alivio. Me había intranquilizado su gesto y temido por un momento que se negara aceptar la petición de matrimonio de mi Jean.

–No, hija, no es buena cosa. Los ánimos están muy encendidos contra los franceses, y no solo en Cuenca. Lo que hace un tiempo eran todo parabienes y gestos de complicidad, se han tornado murmuraciones y maledicencias contra todo lo extranjero. Espero que la mala sangre de las gentes no vaya a más y eso no sea un impedimento para tu futura relación con el señor Godin.

Ahora entendía su preocupación. Me quedé pálida, con el corazón en un puño. Por suerte, poco después de la captura de Serrano y Neira, los cargos se redujeron a seis años de prisión y multas de varios miles de pesos. Pasaron las semanas y el odio contra los franceses se fue apagando ya que, por suerte, las gentes son muy volubles. Sucedió por último una cosa que terminó de ralentizar el proceso e hizo olvidar el odio contra lo francés. Para informarme de este nuevo hecho mi padre acudió como era su costumbre a mi habitación, se atusó su pañuelo y se estiró las medias, que eran esta vez de seda filipina. Por fin jugueteó con la hebilla de plata que coronaba su sombrero. Acababa de llegar de la capital y vestía sus mejores galas.

–Ya no somos ciudadanos del Perú –me anunció con cierta pompa.

–¿No? ¿Cómo es eso posible?

–Esta colonia de España en la que vivimos es tan extensa que el Rey ha decidido partirla en dos. Al sur el virreinato del Perú y al norte el virreinato de Nueva Granada, al que ahora pertenecen la provincia de Quito y nuestra ciudad de Guayaquil.

Miré el rostro de mi padre, que parecía un tanto divertido. Yo sabía que las cuestiones de política le importaban poco o nada; el que viniera a explicarme aquel suceso a mi habitación era de lo más extraño. Además, torcía el labio inferior con sorna, con lo que se reforzó mi sensación inicial de

que me estaba perdiendo alguna broma privada.

–¿Me vas a decir qué es lo que pasa en realidad?

Mi padre me acarició el cabello y me dijo:

–Mis temores han resultado infundados. Ya casi se ha olvidado el asunto de los franceses. O al menos lo suficiente para que ya no sea un impedimento para tus deseos. Ahora, al cambiar de juzgados, de corregidores y de fiscales los juicios de Cuenca, se dilatará el proceso durante años. Ciertamente es que Nicolás de Neira ha muerto en prisión pero era el menos conocido de los tres rufianes, el menos querido por el populacho. Su nombre ya se ha olvidado. Sé de buena tinta que Sebastián Serrano y don Diego de León serán condenados únicamente a destierro. Y que será una pena falsa, solo de cara al público. Pues tan pronto los magistrados abandonen la ciudad ellos regresarán a sus viviendas y a sus quehaceres pretéritos, como si tal cosa, ya que Sebastián sigue siendo para muchos el alcalde de Cuenca y su máxima autoridad.

Una impostura que salvaguardaba el honor de unos y otros.

Me pareció un poco injusto que quedasen impunes dos de los tres asesinos de Seniergues, precisamente los inductores del crimen. Tampoco entendía qué es lo que encontraba divertido mi padre en todo aquello. Así se lo hice saber.

–No entiendes nada, niña –me explicó mi padre–. Me hiciste una petición formal para que Jean Godin me visitase tan pronto alcances la mayoría de edad. Ahora que los problemas con los franceses han desaparecido, te doy permiso para que le invites a nuestra casa en la fecha que mejor os convenga. Tu madre y yo le acogeremos con los brazos abiertos.

Así pues, no se trataba de una noticia divertida, ¡sino de una noticia maravillosa!

Me lancé en brazos de mi padre y me lo comí a besos. En aquel momento, era la mujer más feliz de todo el virreinato, fuera el del Perú o el de Nueva Granada.

## *MANUELA DE ALLAURI*

Aún no había terminado el año de 1739 cuando recibí una inesperada visita. Tomasa vino a avisarme que la señora de Allauri y Ortiz de Zúñiga pedía permiso para verme.

—¿Quién es esa señora?

Pero no tuvo ocasión Tomasa de responder a mi pregunta, porque por el extremo del patio vi que avanzaba la mismísima Manuela Quesada vestida con una saya que le cubría la falda, la cintura desde la espalda hasta el cuello y buena parte de la cara, que es como visten las mujeres casadas y de bien. Todo lo contrario de la vestimenta provocativa y ostentosa que siempre la había caracterizado. No tardé en comprender que había contraído matrimonio. Por fin encontró ese buen partido que necesitaba para pagarse sus pequeños vicios, como ropas y perfumes. Ahora podría llevar la vida ociosa, disipada, de la gente principal; esa gente que siempre había admirado.

—Hola, señora de Allauri —le dije, con cierta frialdad en la voz. No la había visto desde el incidente de la plaza de toros de Cuenca. Tampoco le había escrito cuando antes nos mandábamos una misiva semanal.

—Eso era una broma para ver qué cara ponías, Isabelita. ¡Y ha sido buenísima! Puedes llamarme Manuela como siempre. Pero como todo ha pasado tan rápido y estaba segura de que no sabrías de mi matrimonio, quise que tu sirvienta me anunciara con mis nuevos apellidos.

—Ya veo. Seguro que Seniergues estaría de acuerdo en que son unos nombres españoles viejos de gran dignidad y prosapia.

—Oh, olvídate de ese. El francés solo era un divertimento.

Su mueca de indiferencia me hizo estallar.

—¿Y la carta que me enviaste pidiéndome ayuda? ¿Y los riesgos que corrí para tratar de evitar una masacre? ¿Debo olvidarlos también?

Manuela se encogió de hombros, como si no entendiese la razón de mi enfado.

–En aquel momento estaba preocupada. Pero ya no lo estoy porque todo ha acabado bien. Deberías estar contenta por mí.

Dejé a un lado mi bordado, que mostraba a la Virgen de los Remedios en hilos de oro y plata.

–Yo estoy contentísima, Manuela. Pero Diego de León sigue en prisión, Nicolás de Neira está muerto, al igual que Seniergues. No sé si recuerdas, que se armó un tremendo alboroto para que tú pudieses vengarte. Aunque ahora todo eso es lo de menos porque encontraste un marido. Pero a mí me parece que demasiada gente ha tenido que pagar para que tú consigas tus objetivos.

La que un día había sido mi mejor amiga dio un paso atrás; quitándose la punta de la saya del rostro, me contempló con desprecio.

–No he venido a oír reproches sino a informarte de la buena nueva de mi matrimonio.

–Un matrimonio al que ni siquiera me invitaste.

–Ya te he dicho que todo pasó tan rápido que...

Alcé una mano y la interrumpí. Negué con la cabeza.

–Todo egoísmo tiene un límite, Manuela. Uno no tiene amigos para utilizarlos a su antojo sino para estar a su lado a las duras y a las maduras. Me dices que ves normal casarte a los pocos meses de provocar la muerte de varios hombres, que ves también normal mandarme una carta para que acuda corriendo a ayudarte cuando tienes problemas, pero que no tienes tiempo de mandarme otra para que acuda corriendo a tu boda.

–Yo no te he dicho nada de eso.

–No, es mucho peor. Tus actos lo dan por sentado. Solo te importas tú, Manuela. Y eso, un día, te ha de dejar sin amantes y maridos, de la misma forma que hoy te quedas sin mi amistad.

Manuela iba a decir alguna cosa pero se quedó con la boca abierta, por una vez en la vida sin palabras para rebatir a la “pequeña Isabelita”. Aproveché ese momento para añadir:

–Tomasa te enseñará el camino a la salida de la hacienda.

Volví mi rostro y concentré mi vista en la costura. Oí que Manuela apretaba tanto los dientes que le chirriaban como cuando golpea el metal contra metal. O tal vez fuera mi imaginación.

–He viajado dos días en mula para venir a verte, Isabelita –me informó mi antigua amiga, con los puños crispados por la rabia y los nudillos blancos como el marfil.

–Pues yo me daría prisa, señora de Allauri y Ortiz de Zúñiga. Porque de ida es todo bajada pero el camino de vuelta a Cuenca es tortuoso, subiendo por la cordillera andina. Apresúrese, no sea que tarde más de tres jornadas en regresar a su casa. Vaya usted con Dios.

Se hizo el silencio. Por fin, Manuela estalló:

–No sabía que eras tan envidiosa y tan puta, Isabel. Por suerte, ahora lo sé de sobras. Además, una persona de mi condición no debe dejarse ver con pobretones medio franceses como vosotros.

Oí como se alejaba a toda velocidad, sus zapatos repicando en el suelo. No levanté la vista de mi trabajo, que había retomado enhebrando la aguja e inclinándome sobre el bordado.

Por un momento, un breve instante, me pregunté si había sido demasiado dura con ella. Pero luego me di cuenta de que una mujer que piensa solo en sí misma no es amiga de nadie. Y lo peor es que ni siquiera sabe que es incapaz de serlo. Todas las desgracias que le suceden en la vida las atribuye a gente mala, egoísta, que se cruza en su camino. Este tipo de personas a menudo se pasan el día mirándose en los espejos, pues disfrutan de su imagen. Pero por desgracia son incapaces de verse reflejadas tal y como son en realidad.

Pensé entonces que aquella era la última vez que mi vida se cruzaría con la de Manuela. Pero me equivocaba, porque el destino nos reservaba a ambas un extraño epílogo a nuestra relación. Aunque eso fue muchos años después.

# **ENTREACTO**

Napoleón hace un viaje

## **Saint-Amand-Montrond (Agosto de 1792)**

Napoleón recordaba como si hubiese sucedido el día anterior su conversación con la Dama del Amazonas.

Y sin embargo había pasado casi un mes. Isabel le había contado solo una parte de la historia, la que fue capaz pese a su debilidad hasta que el doctor Lavabre intervino y les interrumpió. Llevaba ya demasiado tiempo hablando. La Dama no podía hacer un esfuerzo semejante sin poner en peligro su vida. Una vida que se apagaba de forma rápida como la mecha de una granada. Eso lo conocía bien Napoleón, que servía en el arma de artillería y eran un experto en contemplar el breve resplandor de la pólvora encendida que se extingue con un sonido sibilante antes de la explosión final. Así había sido la vida de Isabel Godin, intensa, resplandeciente y en el fondo breve, porque iba a morir con apenas 54 años.

El carruaje en el que viajaba junto a su hermano Lucien se inclinó hacia un lado justo al penetrar en la ciudad de Saint-Amand-Montrond, a casi 300 kilómetros de París. El cochero golpeó el pescante tres veces con el talón de sus botas. La señal convenida con sus pasajeros. Estaban ya cerca del número 10 de la calle Hotel-Dieu, la residencia de la Dama.

– Espero que no le importe que yo esté presente – dijo Lucien–. La otra vez no parecía demasiado interesada en mí.

Napoleón había recibido una misiva invitándole a visitar a la Dama en la casa familiar de los Godin. En realidad no se le invitaba, se le urgía a acudir a la mayor brevedad. En la misiva se le citaba solo a él, pero Napoleón decidió

llamar a su hermano, que desde el principio había formado parte de aquella aventura y merecía conocer su final.

–Creo que ella intuye de sobras que vendrás conmigo. Te ignora sencillamente, como la vez anterior. –Napoleón sonrió, en el fondo halagado– Además, se trata de un largo viaje cruzando media Francia de norte a sur. Prefiero tener a un amigo, a un hermano con el que conversar, y más ahora que este tema de la Dama me tiene un poco más intrigado que en la ocasión anterior.

–Ah, ya sabía que todo este asunto terminaría por interesarte.

Pero no solo era por aquella mujer moribunda, su historia y sus secretos. Su interés por la naturaleza del amor iba en el presente un poco más allá. Justo una semana atrás, mientras atravesaba le Pont Neuf en dirección al Louvre, había visto a una dama alejarse, una mujer cualquiera que camina por la calle con su sombrilla bajo el sol y un vestido largo, blanco y amarillo, redondo, de una sola pieza. Apenas la vio de perfil medio segundo. Mas sintió un palpito, un momento de negación de su mismo, de locura y de sinrazón. Quiso conocerla, tocarla...

Intentó regresar y dar la vuelta en dirección a la rue de Thionville, pero la multitud le impidió moverse con la presteza necesaria. El gentío marchaba como un único ser, una conciencia colectiva, luciendo sus escarapelas revolucionarias y gritando consignas contra el Rey y los poderosos. Cuando a base de empujones e insultos consiguió volver sobre sus pasos ya no consiguió ni tan siquiera divisarla a lo lejos. Corrió enloquecido por las calles. En vano. Se había desvanecido. No había visto su rostro más que un instante, pero era un recuerdo que le obsesionaba. ¿Eso sería el amor? ¿Vesania, locura, una emoción tan básica que derribaba a las demás sin ninguna explicación?

Estuvo varias jornadas pesaroso en la habitación que tenía alquilada cerca de la place des Victoires. No durmió bien el resto del mes. Y entonces llegó la carta de Isabel. Supo que debía acudir a su llamada, y no solo porque en la misiva ella dejaba bien claro que le quedaba poco vida. Comprendió que la historia de aquella mujer, de una forma críptica, incomprensible, estaba ligada la suya. Y debía descubrir cómo era esto posible.

– Creo que ya estamos – dijo Lucien.

El carruaje se detuvo. Se hallaban delante de la casa de Isabel Godin. Un enorme portalón semicircular daba paso al muro interior. A la izquierda estaba la vivienda principal, sobria, con techos de pizarra a dos aguas. Napoleón y su hermano pequeño descendieron y fueron recibidos por el sobrino de la Dama en persona, Jean Antoine Grandmaison, que les condujo hasta el salón principal. Tendría algo menos de cuarenta años y era un hombre grueso, pequeño, de gesto desconfiado.

–Isabel ha empeorado mucho los últimos días. No debería recibir visitas. Mi mujer y yo le hemos insistido mucho sobre ello, pero tengo orden de llevarles a sus habitaciones privadas tan pronto aparezcan ustedes. Aguarden aquí un momento.

Desde el piso de abajo, los dos hermanos Bonaparte oyeron una breve conversación entre tía y sobrino, un sonido de un mueble que se desliza, unas piernas cansadas que bajan al suelo, un suspiro, un gemido de dolor y luego el silencio. Poco después descendía Jean Antoine y les invitaba a subir. La dama estaba sentada en una mecedora, cubierta con unas mantas. Detrás de ella dos inmensos ventanales daban luz a la estancia. Parecía aún más anciana, cansada y enferma que la última vez, si es que esto era posible. Desahuciada, ya no la trataba ningún médico. Aguardaba a la muerte pero antes de que esta llegase tenía otra visita pendiente, la de Napoleón.

– Un placer volver a verla, Dama – dijo el corso, que en esta segunda visita fue el primero de los dos hermanos en hablar.

–Un inmenso placer – añadió Lucien, sorprendido de que Napoleón hubiese tomado la palabra.

–El placer es mío, capitán Bonaparte. He aguardado largamente y rezado para que llegase usted antes que la negra parca. Dios se ha apiadado de mí. Al menos por esta vez. – Isabel parecía no haber reparado en Lucien y hablaba como siempre solo para Napoleón.

De debajo de una de las pesadas mantas que la cubrían hasta el pecho, extrajo en ese momento la Dama su caja de ébano; la abrió sin prisas y acarició el interior. A Napoleón le pareció entrever el trozo de una prenda de algodón, y tal vez una sandalia, y alguna otra cosa que no pudo ver demasiado bien. La dama mantuvo su mano dentro de la caja hasta que resopló y se quedó

tranquila.

– No sois el mismo que la última vez, Napoleón. Algo ha cambiado en vos.

Hablaba sin duda del rostro de su interlocutor, que ya no denotaba indiferencia. Por fin estaba interesado en sus palabras. Desde que había visto a aquella mujer desconocida en el Pont Neuf no dejaba de interrogarse acerca de la naturaleza del amor. Y si alguien sabía de aquel asunto, era Isabel Godin.

– Nadie es el mismo que la última vez que lo vimos. Todos cambiamos y adoptamos nuevas formas de nosotros mismos –sentenció Napoleón.

– Unos lo hacen más rápido que otros – repuso Isabel, sonriendo enigmáticamente.

Un instante de tensión, de duda, como si algo se hubiese quedado en el aire. Entonces la Dama dijo:

–Os voy hablar un poco más de Jean Godin. Él es la mitad de mi historia, la mitad de mi ser, la mitad de mi corazón y de mi alma. Isabel no tendría sentido sin que Jean la hubiese completado.

# **SEGUNDA PARTE**

Dama

**3.**

**DE GUAYAQUIL A CARTAGENA  
1740**

## UNA CARTA

En los primeros días de enero de 1740 recibí una carta de Jean Godin. Tan pronto me fue entregada subí corriendo a mis habitaciones y me lancé al lecho para leerla lejos de miradas indiscretas. Lo hice un millón de veces. Aunque aún la conservo, recuerdo muchos párrafos de memoria.

### **Carta primera**

*De Jean Godin a Isabel de Casa Mayor. 3 de enero de 1740*

*Querida mía.*

*Han sucedido muchas cosas desde la última vez que nos vimos, aunque la mayor parte de ellas ya no me importan. Mis prioridades han cambiado y mucho me temo que, en el tránsito, el que ha cambiado soy yo. Y sé que ha sido gracias a ti.*

*Porque mientras los miembros de la Misión Geodésica nos alejábamos de Cuenca sobre nuestras mulas, casi como unos exiliados sin patria expulsados por faltar el respeto a no sé qué dioses, no paraba de pensar en ti.*

*Pasaron los días. Bouguer se recuperó de sus heridas y retomamos nuestras mediciones. Pero no dejé de pensar en ti.*

*Mientras reflexionábamos sobre los escritos de los astrónomos que nos han precedido, de sus cálculos sobre la línea de los Andes; mientras buscábamos la longitud exacta y la latitud precisa en el Ecuador, no dejaba de pensar en ti.*

*Para fijar mejor la posición de los astros tomamos como referencia Épsilon Orión, una estrella a miles de años luz de la Tierra que aparece en el firmamento sobre el Ecuador. Mientras la contemplaba, cada día y cada minuto, pensaba en ti.*

*Cuando los miembros de la expedición nos separamos una vez más en*

*diferentes grupos, enfrentados en mayor medida los unos con los otros, seguí pensando en ti.*

*Si tenía alguna duda de lo que siento por esa dulce muchacha llamada Isabel, esa duda ha desaparecido. Supongo que el buen Dios nos pone en este mundo para buscar un instante perfecto, uno como aquel en el que te conocí. Esos instantes justifican nuestra existencia, más allá de mediciones y organigramas, de si la Tierra es o no achatada por los polos o si debemos morir en una ciudad perdida a causa de este empeño.*

*Acerca precisamente de morir he de decirte que de nuevo estuvimos en grave peligro hace pocas fechas. Me hallaba yo en Baños trabajando con Ulloa y Jorge Juan cuando sucedió un nuevo incidente. Cuenca está muy cerca de Baños, por desgracia. Las emociones y odios de las gentes de los alrededores aún estaban a flor de piel. Habíamos tomado una casa en las afueras para convertirla en observatorio y trabajábamos ajenos a cualquier amenaza a nuestra seguridad. Entonces, un grupo de mujeres de Cuenca, que habían venido a un lavadero que comparten ambas villas, nos reconocieron y nos lanzaron piedras. Creían que deseábamos de nuevo volver a su amada villa, yacer con sus mujeres como hizo Seniergues, y volver a ensuciar su buen nombre. No pudimos salir de nuestra casa/observatorio durante días y de nuevo el comendador tuvo que mandar un pelotón de soldados para asistirnos. Así de peligroso es ser astrónomo o científico en el virreinato del Perú.*

*Perdona, he sabido que ahora me hallo en el virreinato de Nueva Granada. Aunque lo cierto es que los campos me parecen los mismos, las montañas se yerguen con la misma majestuosidad que lo hicieran ayer, los sembrados brillan en un fulgor amarillento de la misma forma que en mis recuerdos de días pasados. Pero así son los reyes, los poderosos y su forma de trazar fronteras.*

*Todo cambia.*

*Y porque todo cambia, te escribo esta carta no desde Baños sino desde Quito. Hace un par de semanas que terminé mis observaciones junto a los dos españoles. Partimos hacia la capital de la provincia y aquí aguardamos la llegada de La Condamine y de Bouguer, que está muy próxima. Pronto*

*podremos cruzar nuestros cálculos y sabremos si hemos triunfado o no en nuestra misión. ¿Es la tierra achatada por los polos o no lo es? Y, en el fondo, ¿a quién le importa una tontería semejante cuando uno tiene una mujer como tú esperándole en Guayaquil?*

*Te echo de menos.*

*Quiero despedirme describiéndote una curiosa fiesta que viví en la ciudad de Tarqui. Allí, los indios, con los que habíamos intercambiado medicinas, víveres y todo tipo de suministros durante un tiempo, decidieron agasajarnos con unas danzas y unas coreografías locales. Al principio pensamos que se trataba solo de bailes típicos de la región pero pronto vimos que habían organizado una imitación, un homenaje para conmemorar el día de nuestra despedida.*

*Los indígenas montaron un espectáculo a base de pantomimas imitando nuestra forma de vestir occidental, y repitiendo los gestos que hacemos mirando al cielo y ajustando nuestros péndulos. Para ellos, nuestros actos son tan misteriosos como los de Dios, tan lejos de su entendimiento que ni siquiera son capaces de aventurar una explicación. Estaban francamente graciosos carreteando frutas partidas por la mitad que trataban de imitar a nuestras lentes. Se las pasaban los unos a los otros, luego apuntaban en libretas imaginarias en forma de hoja los datos de sus observaciones no menos imaginarias. Iban de un árbol a otro más pequeño, que simbolizaba alguno de nuestros instrumentos de mano, alzando los brazos y discutiendo airadamente en una lengua inventada con algunas palabras sueltas en francés que habían aprendido.*

*Así es como nos ven los indios, como un grupo extraño de hombres que discuten, toman extrañas mediciones, mueven incomprensibles aparatos de un lado a otro y tratan de entender el mundo cuando no se entienden ni ellos mismos.*

*Tal vez estaban más cerca de la realidad que nosotros con nuestros cálculos de toesas y nuestros extraños símbolos astronómicos.*

*Mientras escribía esta carta, he sabido que La Condamine llegará mañana. Haremos unas últimas mediciones en el norte de Quito y nuestra empresa habrá terminado. La misma jornada que oficialmente concluya la*

*Misión Geodésica, te prometo que partiré hacia Guayaquil a pedir tu mano. Porque todo este tiempo que hemos estado separados, he estado pensando en ti.*

*Mientras escribía esta carta, he estado pensando en ti.*

*Mientras esperaba a La Condamine, estaba pensando en ti.*

*Y si ya no me importan ni siquiera las razones científicas que me trajeron hasta el Perú (perdón, Nueva Granada), y si ya no tiene nada sentido si no estás tú, entonces es que he hecho un descubrimiento aún más importante que el que la Tierra esté o deje de estar achatada en los polos. Ese descubrimiento magnífico, espléndido y brillante como la estrella Épsilon Orión o que todas las estrellas del firmamento, se llama sencillamente amor.*

*Te amo, Isabel de Casa Mayor. Hasta muy pronto.*

**FIRMADO: Jean Baptiste Godin Des Odonais.**

## *EL REGRESO DE JEAN*

Recuerdo que una mañana paseaba por la hacienda mirando siempre hacia el horizonte, releendo la misiva de mi amado; pasé por el estanque y fui hasta el templete, decorado en estilo rococó, como toda la casa. Luego avancé por las alamedas del jardín y atravesé la verja de hierro. Afuera, en el exterior, solo el silencio. Esperaba que Jean apareciese en cualquier momento, pero en su lugar vino a mi encuentro mi hermano Antonio. Le acompañaban Tomasa y Juanita. Se habían convertido las dos indias en nuestra sombra, siempre dispuestas a ayudarnos en la hacienda, siempre preparadas para hacernos de enlace con los trabajadores que estaban a nuestro servicio.

– Me ha dicho padre que te estás preparando para tus esponsales – dijo Tomasa, que fue como siempre la primera en hablar.

Asentí.

–Ya sabéis cómo funcionan las cosas. Por muy independiente que sea una mujer en nuestro mundo tiene apenas dos opciones: la primera convertirse en una monja... y casarse con Dios. La segunda convertirse en esposa y casarse con un hombre, a ser posible un español de la península ibérica, lo que la gente del pueblo llano llama un chapetón. Aunque un francés de hermosos ojos verdes tampoco es mala elección.

–Yo creo que estás de suerte –opinó Juanita, cada día un poco más oronda. Como a mí, le chiflaban los dulces.

– Estoy de suerte, sin duda – repuse –. Me caso por amor y he soslayado el destino de muchas de nuestras vecinas, incluida Juanita.

Juanita Alonso, la heredera de nuestros vecinos, los Alonso Quispe, había sido prometida con tan solo doce años a un toledano de más de cuarenta que había hecho una fortuna con el azúcar, y también con el vino, pues el de Guayaquil era de los más apreciados de toda la región. Ese destino, la sumisión a un hombre rico y viejo venido de la madre patria, era lo que más me había aterrorizado en los últimos años. Pero mis padres, por suerte, no

eran como los Alonso ni como la mayor parte de nuestros vecinos. La limpieza de sangre no era lo único que contaba para ellos. El matrimonio no debe ser nunca una transacción económica que convierta en pesadilla todos esos libros románticos y caballerescos que las mujeres devoramos a escondidas en el convento, antes de regresar a nuestras haciendas para convertirnos en esposas.

– ¿Cuándo va regresar tu prometido? – terció entonces Antonio.

Me sonrojé. Pese a la actitud de mis padres, en nuestra familia no se veía con buenos ojos mi relación con Jean Godin. Especialmente por parte de la línea materna, los Pardo de Figueroa, que eran criollos de noble estirpe, de esos que a duras penas soportaban sentirse inferiores a los españoles recién llegados a las colonias, y que se veían por tanto mucho mejores que el resto de blancos europeos, incluso que los franceses.

– Aún no es mi prometido – objeté—. O sí. El asunto debe hacerse oficial, debe venir a la hacienda y pedir mi mano a don Pedro. Todo debe hacerse como es debido por mucho que...

– Por mucho que a ti no te guste hacer las cosas como es debido – opinó Tomasa, lanzando una risita.

Yo reí también. Lo cierto es que tenía razón. Incluso una mujer como yo sabía que ciertas cosas debían hacerse como siempre se han hecho. Y esta era una de ellas. El matrimonio era una institución demasiado importante para tomársela a la ligera. La ceremonia de pedida de la mano, por ejemplo, era mucho más que un acto simbólico. Era todo un proceso donde cada paso estaba medido. La familia de la novia aparentaba tranquilidad, se reunían como cada día a rezar el rosario, las novenas y toda suerte de plegarias. Llegaba el pretendiente y la futura novia debía abandonar el salón mientras el progenitor y el aspirante negociaban. Porque de eso se trataba, de una transacción comercial. Mi vecina, Juanita Alonso, había sido comprada por su esposo con la misma fórmula de negociación con la que se hacía con sus cargamentos de azúcar y de vino.

La mujer en la que me estaba convirtiendo odiaba toda aquella impostura, aquella esclavitud de la hembra de la especie a las normas de la sociedad. Pero aún debería pasar mucho tiempo para que encontrara la forma de expresar mi rabia con mi propia voz y de ser plenamente libre.

–A veces, hacer las cosas como es debido está mal, Tomasa –le expliqué a mi protegida, adoptando un tono más serio–. El mundo está pensado para los hombres solamente. Las mujeres estamos sometidas a demasiadas trabas; los indios, los mestizos, los negros, los mulatos... a muchas más. Bien lo sabéis. Y eso está mal aunque se lleve haciendo desde la llegada de Colón al Nuevo Mundo, o antes, o desde siempre. Las personas, cuando reciben demasiados golpes o demasiadas normas encorsetan sus vidas, acaban rebelándose.

–No todo el mundo tiene tu carácter –rezongó Antonio–. Hay quien es feliz con su yugo y no desea más. Y ya no ve yugo en torno a su cuello ni le pesa su presencia porque el yugo y su portador se han convertido en una misma cosa.

Tal vez lo decía por sí mismo. Antonio había aprendido a aceptar sus limitaciones, tanto que veía con buenos ojos que una mujer le diese órdenes en la hacienda.

–Si todos los hombres fuesen como tú, Antonio, buenos y nobles de corazón, no habría yugos para nadie, ni para las mujeres, ni para los indígenas de esta tierra, ni para sí mismos.

Le abracé y volvimos juntos a la casa, donde seguimos haciendo planes para el día en que Jean regresase de la expedición geodésica.

Sin embargo tuve que esperar tres meses, hasta abril, para ser oficialmente la prometida del señor Godin des Odonais. No fue hasta que La Condamine se atrevió a declarar públicamente (y un tanto precipitadamente) que los cálculos se habían completado, que habían triunfado en su misión y que habían alcanzado un éxito rotundo y completo. Ahora era ya sin discusión el jefe de la expedición por más que no lo fuera de inicio. Pero la incapacidad de alguno de sus compañeros y la indiferencia del resto había permitido que aquel hombre extrovertido, un líder natural, se convirtiera en el cabecilla de los geodésicos. Y obrando como tal dio licencia a sus subordinados y regresó a Cuenca, donde prosiguió su lucha para enviar a prisión y quién sabe si al cadalso a los responsables de la muerte de Seniergues. La Condamine había convertido aquel asunto en una cruzada personal. Viajaba de estancia a estancia judicial, apelaba a altos organismos y pretendía apelar al Rey en persona. No quería que los asesinas quedaran impunes o que se olvidase el linchamiento de su pupilo. Él sabía, sin embargo, que aquel muchacho había

jugado con fuego y se había quemado, y que era responsable de buena parte de lo que le había sucedido. Pero al mismo tiempo se sentía culpable por haberle escogido para la expedición, por no haber sabido controlarlo, por mil cosas que le pasaban por la cabeza durante largas noches de vigilia sin sueño. Seniergues no debería haber muerto, no deberían haber ido a la plaza de toros de Cuenca aquella jornada, tal vez tendría que haber abandonado la ciudad mucho antes, se repetía una y otra vez. La culpabilidad es un amo peligroso que esgrime razones sin tregua. Aunque el mal ya estaba hecho y nada podía solucionarlo. Pero quejándose, apelando a jueces, a magistrados y a corregidores, se sentía algo menos frustrado. Sus compañeros de expedición lo sabían y le dejaban hacer.

Pero a mí todo aquello no me importaba tanto como el que todos aquellos juicios y apelaciones pudieran retrasar el regreso de mi amado. Por suerte, no sucedió de tal forma y el día soñado llegó. Una mañana Jean apareció a lomos de su caballo, su cuerpo alto y bien formado, fornido, deseable, avanzando en el horizonte viniendo a mi encuentro.

Y solo para mí.

Yo me hallaba trabajando en los viñedos, dando órdenes a las cuadrillas mientras uno de los capataces organizaba la jornada. No dije nada al divisarlo. Quedé muda, estupefacta, embobada, con la boca abierta, contemplándole dar botes en su montura con los cabellos ensortijados y sus ojos verdes brillando al sol reflejándose en las aguas de un mar imaginado.

– ¿Quieres casarte conmigo? – dijo sencillamente, sin más ceremonia.

Y yo, “sencillamente”, me eché a llorar de alegría.

## *UN BANQUETE*

Era como una repetición de aquella velada que había tenido lugar en nuestra hacienda un año y medio atrás. Allí estaban los franceses, con La Condamine y Bouguer a la cabeza, allí estaban también nuestros familiares, los Pardo de Figueroa, con mis tíos Pedro y José Agustín como los más venerables representantes. También los Casa Mayor, por supuesto, algunos venidos de España para la celebración.

Y todos conversaban. Porque nada nos gusta más a los criollos que conversar. Las tertulias, los chismes, hablar de embrollos propios pero sobre todo de los ajenos, son el punto álgido de cualquier velada. Bajo unas columnas, profusas en ornamentos y guirnaldas de rosas, charlaban unos y otros, blancos americanos, españoles y franceses. Quince meses atrás en el tiempo el tema estrella era la Misión Geodésica, que había llegado a nuestras tierras tras un largo periplo de casi cinco años y mil aventuras. Ahora el tema central era el fin de la expedición misma, el éxito de la colaboración entre nuestros pueblos y el haber reunido los datos que probarían de una maldita vez si Descartes tenía razón, o si por el contrario era Newton quien estaba en lo cierto, si la tierra era redonda o achatada por los polos. La Academia de París tenía la última palabra, tan pronto cruzase los resultados con la otra expedición, la que había marchado hasta Laponia.

Pero lentamente aquel tema, constructivo pero aburrido como pocos, fue dejando paso a la buena nueva, la noticia que les había llevado hasta allí, el compromiso entre Isabel de Casa Mayor y Jean Godin. El acto de prometerse era algo casi tan importante como la boda misma. Porque la boda era un trámite que importaba más a los enamorados que a sus familias. Pero cuando dos estirpes anunciaban su unión, eso significaba que los antepasados de cada una de las partes habían sido puestos a prueba y que las dos familias estaban preparadas para entrelazar sus destinos. Tal vez aquella reunión no tuviese la pompa de unos esponsales pero era tanto o más trascendental para todas las

partes implicadas.

– Le veo algo preocupado – dijo mi padre, don Pedro, luego de venir al encuentro de la pareja protagonista de aquel evento.

Yo acababa de librarme del agasajo de los Pelletiers, unos franceses de la ciudad de Lignieres, una pareja extremadamente amable que, casualmente, eran viejos amigos de ambas familias sin que ni los Godin ni los Casa Mayor se hubieran dado cuenta hasta aquel instante.

– Le veo algo preocupado – insistió mi padre, apretando el antebrazo de mi prometido de forma afectuosa.

Lo cierto es que Jean estaba distraído. Hacía rato que le observaba y parecía algo más taciturno que de costumbre, sobre todo después de una larga conversación que había tenido con sus compañeros de expedición. Había atravesado la fachada azul de la quinta como abstraído, avanzando camino del patio con el gesto hosco del animal herido. Ahora estaba de pie sobre una loseta de mármol, bloqueando el camino a los transeúntes que venían de la sala principal u otras piezas de la casa. Y no se daba cuenta de ello ni de la presencia de mi padre.

Yo le di un codazo, pues comprendí que tampoco esta vez iba a responder al anfitrión.

–Ah, don Pedro. Oh, perdone. Bueno es que... –comenzó a decir mi prometido. Pero luego calló abruptamente.

– Espero que la causa de su preocupación no sea nada relacionado con las próximas nupcias.

Jean despertó definitivamente de su ensueño y negó enérgicamente con las manos y la cabeza.

– No, no es nada de eso. Es que todos esperábamos que la expedición hubiese llegado a su fin, y de hecho todos se congratulan en esta deliciosa fiesta no solo de mis próximos esponsales sino del fin de tan importante misión. –Su rostro se contrajo en una mueca de dolor–. Y mucho me temo que no está tan claro. Esperaba poder quedarme aquí, en Guayaquil, al menos unos meses o acaso indefinidamente. Dar clases, estar con mi prometida y con ustedes... –carraspeó–. Mas me temo que tendré que salir de viaje en breve fecha.

Explicó entonces que La Condamine había decidido erigir unas pirámides conmemorativas para festejar el gran avance científico alcanzado. Eso por sí mismo había supuesto un problema entre los expedicionarios, pues pronto se habían producido enfrentamientos sobre qué nombres debían figurar en las placas, y en qué orden. Expedicionarios franceses y españoles habían tenido agrias discusiones. Pero aquello no era lo que en verdad preocupaba a Jean.

– Las mediciones finales son contradictorias y las observaciones de la estrella Épsilon Orión no... – Jean iba a comenzar una explicación que sin duda juzgó que estaba más allá de nuestros conocimientos, chasqueó la lengua y dijo –: En resumen, que creo que acaso una de nuestras mediciones la tengamos que rehacer o acaso construir un tercer cénit, hacer una tercera medición para poder triangularlas todas para comprobar... vaya, si nos hemos estado equivocando desde el principio.

Levantó los ojos y, como viera que incluso una explicación resumida estaba más allá de nuestro pleno entendimiento, añadió:

–No comparto la visión de mis compañeros sobre nuestros resultados. Creo que el trabajo no se ha terminado, y que podría estar lejos de acabarse. Y lo que es peor, se nos ha acabado el dinero. Mi primo Louis está endeudado hasta más allá de lo razonable y La Condamine ha pagado de su propio dinero buena parte de nuestros últimos gastos, incluidos las pirámides. Temo que tendré que ir hasta la ciudad de Cartagena a comerciar para que podamos reunir algo de efectivo.

Don Pedro se echó a reír, sin duda tratando de rebajar la tensión.

– Pensé que era algo grave, muchacho. El trabajo es el trabajo. Un hombre debe hacer lo necesario y a menudo nuestras obligaciones nos alejan del hogar. La Misión Geodésica, por mucho que yo no termine de entender buena parte de lo que ustedes están haciendo, es una tarea muy importante, amparada por notables y reyes. Ahora no puede desatenderla. Termine el trabajo y aquí le estará esperando Isabel para los esponsales.

– Pero queríamos casarnos este mismo año y... – intervine, con los labios enrojecidos, porque me los había estado mordiendo sin darme cuenta al ver el giro que tomaba la conversación. Pensaba que aquella sería la última celebración antes de convertirme en la señora de Jean Godin y vestía a la

última moda con la más rica seda y perfumada con aromas del oriente. Mis pies aparecían diminutos, como marcaba el protocolo, y calzaba unas hermosas sandalias. Pero en ese momento ni la mujer más hermosa o más exuberante hubiera podido competir con el destino.

– Parece que este año no podrá ser – dijo mi padre. – Esta no va ser la primera vez en que la vida no se pliegue a tus apetitos. Pronto lo aprenderás, hija mía.

Pero yo sabía bien que la vida rara vez se pliega por completo a los apetitos de nadie. Tan solo sucedía que quería casarme, que con urgencia quería besar aquel hombre en la intimidad y que me llevase al lecho conyugal. Sucedió que no podía aguantar más sin ser una mujer casada. Sin ser la mujer en la que quería convertirme. Para ser libre. Para ser yo misma. Para iniciar una nueva etapa de mi vida.

En ese momento apareció el primo de mi enamorado, Louis, y buena parte de la familia Godin, riendo sonoramente mientras engullía una copa tras otra de aguardiente. Se llevaron a su pariente junto a uno de los ventanales enrejados y se pusieron a cantar canciones en francés de esas que una dama no debería escuchar.

– Señora, me temo que Antonio no se encuentra bien. – Tomasa me estaba tirando de la manga del vestido y me señalaba hacia el centro del patio, junto a la galería de madera, donde mi hermano estaba inmóvil, boquiabierto, mirando en derredor. Temblaba de pies a cabeza.

– ¿Qué te sucede, Antonio? – le pregunté, tomándole de la mano.

– ¿Dónde estamos? – inquirió, mirándome con los ojos vacíos de un recién nacido.

– Estamos en la fiesta que papá ha organizado para celebrar que me he prometido con Jean Godin.

– ¿Estás prometida?

– Sí. Conoces a Jean. Es uno de los franceses con los que estuvimos en Cuenca.

Antonio abrió la boca. Me miró desolado. Ni siquiera recordaba el viaje a Cuenca y seguramente todavía menos la anterior fiesta en la que había conocido a los franceses.

– Me duele la cabeza –dijo, golpeándose la frente –. Me duele mucho la cabeza.

– Vamos arriba a tus habitaciones, Antonio. Te pondré unas compresas frías y te cogeré de la mano.

Mi hermano asintió, su hermosa melena negra moviéndose al compás de sus gemidos. Casi lloraba cuando me dijo:

– Siento tener un mal día, Isabel. Créeme que lo siento mucho.

– No importa, cariño. No importa.

Y la fiesta de mi compromiso matrimonial terminó para uno de sus dos protagonistas principales: Isabel, yo misma. Quedó así demostrado el aserto de mi padre acerca de que la vida no siempre se pliega nuestros deseos. En realidad, rara vez hace nada más que poner piedras en nuestro camino. Solo a base de determinación y de coraje alcanzamos pocos triunfos en la vida. Y yo necesitaría mucho de ambos para alcanzar los míos. No podían imaginarme hasta que punto tendría que luchar por mis sueños. Ni hasta qué punto me haría famosa en el mundo entero luchando por ellos hasta las últimas consecuencias.

## *CAMINO DE CARTAGENA*

No estaba dispuesta a dejar solo a Jean y así se lo expliqué tanto a él como a mi familia. Por lo que había decidido acompañarle en su viaje. Al principio se negaron arguyendo que ya había afrontado suficientes peligros en Cuenca pero me mantuve firme. Acompañaría a mi futuro esposo en aquel viaje y punto. Especialmente insistente en denunciar lo errado de mi resolución fue mi tío José Agustín, que abandonó los rescoldos de una celebración casi terminada para venir a mi encuentro en las habitaciones de la planta superior.

Antonio ya dormía. Gemía en sueños cuando mi tío el marqués llamó a la puerta.

–Ya salgo –dije.

Era José Agustín Pardo de Figueroa el más noble exponente de nuestra familia, el famoso marqués de Valleumbroso, amigo personal del presidente de nuestra provincia (o audiencia) de Quito y de muchos otros nobles de alcurnia, de políticos y de gente poderosa. No era alto, pero se trataba de una de esas personas de mirada penetrante que parecen indefectiblemente más altos que su interlocutor, acaso porque te miran con tanta vehemencia a los ojos que no adviertes sus rasgos físicos, ni cómo van vestidos. Apenas eres consciente de escuchar más que el sonido de su voz, modulada y calma. La voz de un sabio.

–Me dicen que quieres acompañar a Jean Godin a Cartagena y afrontar semanas, meses de zozobra y peligros.

Mis tíos José Agustín y Pedro habían sido los más contrarios a mi relación con Jean, ya que consideraban a su familia inferior a la nuestra. Por ello, incluso en el contexto de aquella conversación, se negó el marqués a reconocerle el tratamiento de “prometido” de su sobrina. Para él era Jean o ese científico francés.

–Así es. Y no podrás convencerme de que cambie de opinión y me quede en la hacienda perdiendo el tiempo.

–Tus padres son ya mayores. Eres tú la que lleva el peso de esta casa. No

creo que dispongas de mucho tiempo libre ni que lo malgastes si te quedas.

En su condición de sabio, mi tío José Agustín tenía siempre la frase justa en la boca. No en vano era uno de los hombres más leídos del continente americano y poseía una biblioteca de diez mil volúmenes en la Glorieta, su hacienda, más de dos mil kilómetros al sur, muy cerca de Lima.

–Y, sin embargo, marcharé junto a mi futuro esposo y afrontaré los peligros que sean necesarios para que regrese sano y salvo.

–¿Crees que no regresará si no le acompañas? ¿Tan importante crees que eres que el mundo zozobra como un mal bajel cuando no estás al timón, dirigiéndolo todo?

José Agustín tenía cincuenta años, era entrado en carnes y llevaba un bastón siempre consigo, ya que padecía de gota. Siempre iba impecablemente vestido y perfumado. Era un buen hombre, pero se creía mejor que el resto de la raza humana. Así que nunca le tuve demasiada estima.

–Jean me necesita.

–¿Ese científico francés te necesita? ¿O necesitas que te necesite?

–No me convencerás con juegos de palabras, tío. Lo sabes.

El marques de Valleumbroso inspiró profundamente, con hastío pero también con benevolencia.

–Yo no dejaría que mi Mariana hiciese un viaje semejante. Aunque estuviese prometida con el Rey de España en persona.

Sonreí. Mi prima Mariana era de mi misma edad y habíamos compartido muchas sobremesas juntas. Creo que podríamos haber sido las mejores amigas si las haciendas de nuestras respectivas familias no estuviesen tan alejadas y solo nos viéramos una o dos veces al año. Pero nuestra forma de ser no podía ser más distinta. Ella era conformada, dulce y obediente. Una buena mujer cristiana. Yo era otra cosa. Yo era Isabel.

–No creo que Mariana quisiese hacer este viaje a Cartagena, ni ningún otro viaje en pos de nada que le importase. La habéis educado demasiado bien y es tan buena hija, y será un día tan buena esposa, que apenas le queda tiempo para ser ella misma, pero ser Mariana como yo soy Isabel.

El marqués enarcó una ceja, complacido. Como a todos los eruditos, le encantaban las buenas respuestas, el ingenio, aunque no recibiera la

contestación esperada.

–No prolongaré más esta conversación, querida sobrina, pues mucho me temo que no conduciría a nada de provecho. Pero escucha bien el consejo que voy a darte. Eres demasiado testaruda. En el esfuerzo por ser Isabel a cualquier precio, a veces te olvidas que el mundo no siempre sabrá plegarse a tus apetitos. Un día irás demasiado lejos y traerás la perdición a tu casa, a los tuyos e incluso a ti misma. Entonces recordarás mis palabras.

No añadió mi tío nada más. Se dio a la vuelta y tomó el camino de regreso al patio, dándome la espalda.

Aquella solo fue la primera de las muchas conversaciones que hube de sufrir por parte de mi familia y amigos, y hasta del propio Jean, rogándome que no partiese en aquel peligroso viaje. Mas el día que la recua de mulas salía hacia Cartagena me subí a una de ellas haciendo oídos sordos a cualquier crítica. No permití tampoco que nadie de mi familia me acompañase, ni que asumiesen esos riesgos reales o imaginarios que habían puesto como excusa para impedir mi marcha. Al final aceptaron, aunque pusieron una condición: que me acompañase Joaquín. El negro, con su eterna sonrisa enmarcando su rostro de pómulos salientes, destacaba con su enorme humanidad entre los fardos y el resto de muleteros.

–Otra vez salimos a vivir aventuras, señora. Esa es buena cosa. Solo espero que esta vez traten de matarme algunos menos hombres que la anterior –dijo el negro, soltando una carcajada.

Cartagena quedaba muy lejos y hacia el norte, en la costa del océano Atlántico, mientras nuestra ciudad de Guayaquil estaba bañada por el Pacífico. Era un viaje increíble, una pequeña odisea en la que, de forma acaso un tanto inconsciente, me había embarcado.

–Nuestro plan es alcanzar Cartagena de Indias con un cargamento arqueológico de primer nivel –me informó Jean–: todo tipo de antigüedades que los expedicionarios de la Misión Geodésica hemos ido encontrando durante nuestros trabajos. Te hablo de un poco de todo, desde pieles de cocodrilo, a corales, ruinas incas desenterradas, fósiles y un largo etcétera. Al llegar a nuestro destino, con el dinero que consiga, quiero comerciar con textiles y venderlos en el viaje de regreso en Quito o en la propia Guayaquil.

Así sacaremos ganancia en ambos caminos, en el de ida y en el de vuelta.

– No va ser un camino fácil – opinó Joaquín, meneando la cabeza, como desaprobando él también mi presencia en aquella expedición.

– Me da igual – repuse –. Mi deber es afrontar las mismas dificultades que mi esposo. Aunque no lo sea aún.

El negro miró como Jean se alejaba hacia la cabeza de la fila de mulas, dando instrucciones con grandes aspavientos a los muleteros.

– En esta vida tenemos las obligaciones que queremos tener y ni una más – dijo el negro yoruba–. Luego nos damos explicaciones acerca de que todo estaba escrito, de que tal cosa debía hacerse. Pero en realidad hicimos lo que siempre quisimos hacer y luego lo vestimos de razones. Nos engañamos cuando pensamos que no tuvimos otras opciones u oportunidades. Joaquín, como ya he dicho, había sido un príncipe en su pueblo, en África, antes de ser capturado por los tratantes de esclavos. De alguna forma, y por más que permaneciese a mi lado y a mi servicio, me pareció que seguía sintiéndose un príncipe y que razonaba como tal, que su condición de cautivo no le había arrancado un ápice de su grandeza. Y es que la grandeza, como las obligaciones, depende solo del punto de vista del observador. Uno es en la vida lo que quiere ser y yo no quería ser una esposa que espera en su casa la llegada del hombre. El tipo de persona que solo toma decisiones en la hacienda. Yo quería ser la mujer que había soñado que sería.

Y esa mujer no tuvo miedo de las llanuras interminables, de los días de calor intenso, del tortuoso camino a través de los Andes ni de la nieve que nos llegaba hasta las rodillas durante días enteros en aquellas regiones montañosas. Esa mujer no tenía miedo de nada. ¿Era una inconsciente? No lo sabía a ciencia cierta. El tiempo se encargaría de darme o quitarme razones.

Cerca del paso de Guanacas nos encontramos con un grupo de mulas provenientes de Portobelo. Por el jefe de los muleteros de aquella recua supimos que había estallado de nuevo la guerra entre España e Inglaterra.

– Ya sabéis que desde hace más de medio siglo este absurdo conflicto con los ingleses va y viene. Por la guerra de sucesión española comenzó todo, dicen, pero en realidad se trata de la rivalidad de las dos grandes naciones del momento por el dominio del Caribe y de toda esta franja de las Américas. –

Quien así hablaba era un mulato, llamado el Largo Vázquez, el cual hacía honor a su nombre, pues medía casi tanto como el propio Joaquín, muy cerca de los dos metros, y lucía un cuerpo delgado y fibroso coronado por un rostro masacrado por una enorme cicatriz. Esta le nacía en el ojo derecho y llegaba hasta el mentón, recuerdo de los peligros que acechan en los caminos.

– ¿Hay combates en Cartagena? – preguntó Jean –. ¿Hacemos bien en ir en aquella dirección?

El Largo Vázquez se encogió de hombros.

– Quién sabe, amigo. Quito ha declarado el estado de guerra. El Virrey de Nueva Granada ha movilizado todas las tropas y se han liberado a los prisioneros de las cárceles para que combatan en primera línea. Hay piratas ingleses en todas partes, batallas navales, asedios... No estamos seguros en ninguna parte. Por lo tanto, estamos igual de seguros en todas. Sigamos nuestro camino y que Dios reparta suerte.

Y eso hicimos, un tanto aprensivos por lo que habíamos oído pero resueltos a continuar con el plan original, que no era otro que conseguir el dinero necesario para terminar con la Misión Geodésica. Por mi parte, aquel dinero significaba no solo el fin de la expedición sino el comienzo de los preparativos de mi boda. Aquella era la razón por la que el viaje (y su pronto desenlace) me urgía doblemente. Quería comenzar mi nueva vida cuanto antes. Nunca he sido buena en las esperas. No me gusta cruzarme de brazos y dejar las cosas en manos del destino.

Para cruzar el río Magdalena tuvimos que cambiar nuestras mulas por canoas. Fue un cambio provechoso y navegamos plácidamente sin los dolores de riñones y de espalda que habíamos soportado hasta aquel momento todas aquellas jornadas a lomos de nuestras monturas. En una de las muchas cascadas que nos encontramos en el camino, cerca creo de Tequendama, Jean me explicó lo que sabía de aquella guerra.

– El conflicto que estamos viviendo se llama oficialmente la Guerra de la Oreja de Jenkins. ¿Sabes por qué?

Negué con la cabeza. Me hizo gracia aquel nombre y me eché a reír. Jean me dio un beso en la frente.

– Se dice que hace unos diez u once años el bajel Rebecca liderado por el

capitán Robert Jenkins fue apresado por los guardacostas españoles. El capitán insultó a uno de los oficiales que le habían capturado y este respondió cortándole la oreja y amenazando al rey Jorge II de Inglaterra de hacer lo mismo si se atrevía a poner un pie en territorios de la Corona de España.

– ¿Y eso sucedió de verdad?

– Más o menos, acaso menos que más –rió–. Es una buena historia, en cualquier caso. Lo bastante para haber dado nombre a una guerra. Si es del todo cierta poco importa a estas alturas. La historia se publicó en los diarios británicos y la opinión pública, indignada, exigió tomar medidas y mandar una escuadra de la Armada de su Majestad Británica para poner en su sitio a los españoles. Lo cual significa que ahora los ingleses tienen una excusa para ejercer el pirateo, para robar y para saquear estas tierras, que fue el objetivo de todo esto desde el principio, con o sin oreja de por medio.

Entonces entendí que las guerras tienen un origen más difuso del que a veces pensamos. Los poderosos toman una decisión y luego buscan un pretexto que la justifique. Inglaterra llevaba tiempo atacando las posesiones españolas y siempre encontraba una razón para hacerlo. De fondo, estaba esa rivalidad entre las dos grandes potencias del orbe, esa de la que nos hablara días atrás el Largo Vázquez.

Cerca ya de Cartagena supimos que los ingleses habían atacado Portobelo y que tenían la intención de destruir la flota española al completo... o eso esperaban. Así que estábamos en pie de guerra, se habían reforzado las defensas, llamado a la milicia y se patrullaba los mares día y noche.

Era la primera vez que vivía una contienda de tal magnitud y, he de admitirlo, en lugar de sentir temor estaba nerviosa y excitada. Y eso era porque en el fondo, por mucho que pretendiera que había nacido una nueva Isabel, una esposa, una adulta dispuesta a todo, lo cierto es que no dejaba de ser una mujer joven e inexperta.

No lo sabía todo.

No sabía nada.

Pronto descubriría que la guerra es el peor de los males que asolan al hombre.



## *UNA FRASE A MEDIAS*

Recuerdo que acabábamos de vender el cargamento de La Condamine y todos sus hallazgos arqueológicos a un comerciante francés. Jean se afanaba en el puerto a la búsqueda de un buen trato, textiles con los que comerciar. Yo ni siquiera sabía qué telas estaba buscando, o si negociaría con algodón o con alguna otra cosa. Nunca me ha interesado demasiado el regateo, los intermediarios, las comisiones, los engaños, los juegos de palabras y amenazas veladas que caracterizan este tipo de asuntos. No es un negocio al que quisiera dedicarme y esperaba que Jean tampoco lo tuviera en mente, por mucho que gentilhombres y hasta nobles de la mejor cuna fueran mercaderes o fletadores de indias. Sin embargo, era aquel un asunto considerado por norma general cosa de criollos y de extranjeros. Estos últimos, aunque legalmente tenía prohibidas aquellas actividades en todo el Caribe, las excepciones que se hacían eran tantas que casi eran la norma.

–Menos mal que a los franceses se nos permite en ocasiones comerciar en estos puertos de la Corona de España –dijo Jean, todavía preocupado por las estrecheces económicas de sus compañeros.

–No sois enemigos como los ingleses, que se valen del contrabando o las guerras para obtener lo que de buena gana les daríamos si fuesen razonables como vosotros.

Jean rió y me dijo que tenía ganas de algo dulce y que, tan pronto regresásemos a casa, se tomaría un chocolate.

–Y yo haré lo mismo –repuse–, pero antes me daré un baño. Esta temperatura me está matando.

Todo estaba pues en calma y paseábamos Jean y yo por el barrio de San Diego, cerca de la Iglesia de Santo Toribio. Inocentes, ajenos al infierno que estaba punto de desatarse. Lucía un sol terrible y en las calles se respiraba aprensión y zozobra. A nadie le gustan las batallas ni la incertidumbre que causan en las vidas de las gentes. Pero Jean parecía tranquilo, el propio Virrey estaba en la ciudad y en el puerto había seis grandes embarcaciones que lo

protegían, aparte de unas defensas, fuertes y castillos que muchos juzgaban invencibles. Joaquín caminaba unos pasos detrás de nosotros, un poco para darnos libertad y otro poco porque le gustaba pasear a solas con sus recuerdos de África, a la que aún añoraba.

– Pronto seremos marido y mujer – dijo Jean, sonriéndome y haciéndome un guiño con uno de sus hermosos ojos verdes.

– Así lo espero. Muero de ganas esperando que llegue ese día.

En realidad, secretamente, desde que había descubierto que era francesa o medio francesa, la unión con Jean todavía me resultaba más apetecible. Soñaba con viajar un día a París y conocer una de las ciudades más famosas del mundo. Pasear por lugares de ensueño y vivir la vida de una gran dama, que infería que no debía parecerse mucho a la de una criolla de provincias.

Jean hizo una seña a una calesa, y el cochero asintió con la cabeza. Era el momento de tomarnos ese chocolate y, quién sabe, acaso intercambiar algunos besos.

– A pesar de las dificultades del trayecto, ha sido maravilloso pasar todo este tiempo contigo en este viaje, Isabel, porque...

No pudo mi amado acabar la frase. Un estruendo pavoroso nos hizo caer al suelo, envueltos en una nube de polvo.

## *LLEGAN LOS BRITÁNICOS*

Los ingleses habían llegado. Sin nosotros saberlo, se había iniciado el ataque a Cartagena de Indias y una bala de cañón perdida casi acabó con nuestras vidas. La pesada bola de hierro alcanzaba un máximo de tres kilómetros, y la vanguardia inglesa se encontraba a escaso kilómetro y medio.

La detonación nos dejó tirados en el suelo, la calesa que había venido a recogernos envuelta en llamas. El cochero, desmembrado e irreconocible, fue cubierto por una tela a toda prisa mientras unas monjitas y un grupo de transeúntes se santiguaba.

Pero no era donde nos hallábamos el epicentro de la contienda. En la entrada más pequeña a la bahía de Cartagena, llamada Bocachica, intercambiaba salvas el grupo invasor británico con las baterías de la costa y los fuertes diseminados por la isla de Tierra Bomba. Ninguno de nosotros era consciente ese momento pero estábamos contemplando la avanzadilla del almirante Eduard Vernon, con sus casi 200 barcos y miles de soldados. La flota más grande de la que nunca dispusiera su Majestad Británica en tierras del Caribe.

Tras dos semanas de un bombardeo constante, los ingleses pasaron el primer fuerte y entraron en la bahía. Pero fueron bloqueados por los barcos de la flota española, que habían sido hundidos y barrenados, convertidos en un escollo artificial. Lo mismo sucedió en la otra entrada a la ciudad, Bocagrande, aunque tres navíos pasaron el bloqueo y bombardearon Cartagena, causando el pánico en la población.

Fueron tiempos de dudas y de agitación, de incertidumbre y de pasión soterrada. Aunque Jean y yo habíamos decidido postergar cohabitar como marido y mujer hasta la noche de bodas, lo cierto es que no esperábamos quedarnos tanto tiempo varados en la ciudad. Un par de días, tres a lo sumo, y luego marcharnos con las mulas repletas de una carga que daría a los geodésicos el dinero necesario para terminar su misión. Mas en lugar de eso,

Jean y yo, aunque aterrados por los cañonazos constantes, los disparos y el espectáculo de la guerra y de una ciudad sitiada... lo cierto es que pasábamos el día juntos, de la mano, hablando, riendo, conociéndonos. No sobre nuestras monturas rodeados de muleteros y la magnificencia de la cordillera andina. Debíamos mantenernos castos sin dejar de vernos día y noche. Fue una prueba terrible para ambos.

–Te deseo –me dijo una noche Jean, abruptamente, acaso sin poder aguantar más el comportarse como un caballero.

Me besó y me acarició un pecho luego de pasar la mano sobre el petillo y resiguiendo sus formas redondeadas hasta alcanzar mi escote. A regañadientes, luchando conmigo misma, retiré la mano.

–¿Crees que yo no? Ahora deberíamos estar casándonos y no aquí, perdidos de la mano de Dios, en medio de una guerra estúpida. Pero tú tenías tus obligaciones y debemos esperar al momento adecuado para dejarnos llevar por el ímpetu de nuestros corazones.

–Tú siempre dices que no te importan las normas de la sociedad. Que puedes saltártelas si...

–En este caso no se trata de una norma sino de una mínima inteligencia. Una mujer que ha perdido la virginidad no vale nada. ¿Recuerdas a Manuela Quesada? Yo no seré como ella.

–Ni yo soy Diego de León. Yo no te haré mía para luego dejarte tirada.

Suspiré. Bajé la cabeza.

–Sé que no eres él.

Miré hacia la bahía, donde la batalla proseguía incansable y decenas, centenares de hombres morían por un pedazo de tierra en cualquiera de las islas que circundaban Cartagena.

–Si de verdad quieres coger lo que es tuyo antes de su hora... –repuse, dándole la espalda– Tómalo. Pues ya es tuyo lo tomes o no en este día, en este momento. Esa fue mi decisión hace tiempo y no voy a cambiarla.

Jean volvió la cabeza hacia la contienda. Sopló largamente, como si arrojase lejos el demonio del deseo.

–Creo que voy a presentarme voluntario para la milicia. Así calmaré un poco mis ánimos.

–No quiero que corras riesgos.

–Si los ingleses entran en la ciudad quién sabe qué peligros habremos de enfrentar. Mejor defender a mi prometida y a mis bienes con un arma de fuego, que correr por Cartagena cuando los británicos ocupen sus calles.

## *SAN FELIPE DE BARAJAS*

Un mes hacía de la llegada de la flota británica y sus soldados, los famosos casacas rojas, seguían avanzando paso a paso, fuerte a fuerte, batería a batería, tomando con grandes bajas pero admirable tesón las defensas españolas. Y fue aquel mismo día en que casi pierdo mi virgo, lo recuerdo bien, cuando cayó el cerro de la Popa, el punto más alto de la zona, el lugar que dominaba todo el puerto. Los ingleses ya tenían en su poder la totalidad de las islas que rodeaban Cartagena y todos los emplazamientos con valor estratégico.

Solo les faltaba tomar el Castillo de San Felipe de Barajas y podrían entrar en la ciudad y saquearla a voluntad.

El ataque final era cuestión de días, sino de horas.

Durante todo el tiempo que había durado el asedio, el comandante español Blas de Lezo, había preparado diversas trampas y añagazas contra los ingleses, que primero habían frenado su avance y acabado por debilitarles gravemente, porque durante el intenso asedio les había alcanzado la malaria y muchos enemigos enfermaron. A su lado estuvo durante los combates el Virrey Sebastián de Eslava, primero desde el alcázar de la nave capitana, la Galicia, y luego retrocediendo ambos hacia el interior del puerto según los navíos españoles iban siendo hundidos o capturados, y los castillos y las defensas tomadas.

Una mañana, decidí llegarme hasta el Castillo de San Felipe para ver si podía ayudar de alguna forma, cavando trincheras si era preciso. No era la primera en ofrecerse ni la última en ser rechazada, pues se argumentaba que aquello era tarea de soldados profesionales. Jean, como era un hombre, había sido aceptado en la milicia, pero yo me quedé con un palmo de narices. Mientras despotricaba contra esta injusticia, nos encontramos con Antonio de Ulloa. El español había sido relevado de sus labores científicas para ayudar en aquella nueva guerra contra los ingleses. Tenía el mismo rostro demacrado y el cuerpo delgado hasta lo enfermizo que yo recordaba de la última vez. Se alegró mucho de vernos y nos estrechó la mano efusivamente. Al ver que

vijábamos juntos pensé que había llegado a la conclusión que habíamos contraído matrimonio, ya que era completamente inusual (y hasta contrario a las buenas costumbres) que una pareja viajase sola estando solo prometidos. No tuve fuerza de voluntad para explicarle que las necesidades económicas y la guerra estaban postergando el casamiento. Al poco, la conversación evolucionó a la situación presente, a la batalla que nos angustiaba a todos.

–Jean se ha ofrecido para la milicia local –le informé–. Va a combatir contra los ingleses en San Felipe. Ojalá yo también pudiera.

Ulloa enarcó una ceja. Ya era extraño que una mujer se acercase tanto al frente de batalla, aunque pusiese como excusa acompañar a su esposo al castillo. Pero la idea de una mujer combatiendo era tan inverosímil como la de una mujer volando y batiendo sus alas en dirección al firmamento. Una imposibilidad. Y como el que ha oído una insensatez que no merece comentario cambió de tema:

–Blas de Lezo es un comandante extraordinario, no les será fácil a esos ingleses derrotarnos – nos informó Ulloa, y volviéndose, añadió –: Pero, válgame Dios, si por ahí viene precisamente el almirante en persona. Venid, que os lo voy a presentar.

Ante nuestros ojos apareció un hombre mutilado de cincuenta y pocos años. Su rostro era todo determinación a pesar de faltarle una pierna, perdida por una bala de cañón. Llevaba un parche en el ojo izquierdo y le faltaba el brazo derecho por un disparo de mosquete. Pero eso no le impedía mover el muñón y su otro brazo señalando a sus hombres qué trinchera reforzar, qué defensa acometer o qué estrategia diseñar para luchar contra los ingleses. Medio Hombre, que así lo llamaban a causa de sus mutilaciones, me miró largamente y dijo:

–No es este lugar para una dama. Por mucho que una visión tan hermosa siempre alegre el día a un soldado, y a cualquier hombre en realidad, os aconsejo que marchéis al interior de la ciudad, lejos de la contienda. Allí estaréis segura.

El castillo de San Felipe, justo frente a nuestros ojos, era una estructura de al menos quince metros que coronaba el pequeño monte San Lázaro. No era precisamente una edificación impresionante y solo albergaba a unos pocos

centenares de hombres: infantes de marina, contingentes del regimiento “España” y las milicias locales, gente como Jean, sin vestimenta militar y apenas preparación. Pero deberían bastar para frenar a los miles de ingleses que atacarían en breve a las órdenes del brigadier general Thomas Wentworth, al mando de las tropas terrestres de su Majestad Británica.

Jean se echó a reír ante la sola idea de que yo obedeciera a un hombre por el mero hecho de ser el comandante de la plaza.

– A ver si sois capaz de convencerla de que lo haga y se ponga a cubierto –comentó–. Yo no he podido y dice que se quedará a ayudar a los heridos o volverá a poner en su sitio las piedras que se caigan de la muralla. Jura y perjura que si yo tengo que echar una mano ella también. Que es el deber de todo español bien nacido. E incluso de un francés como yo.

Blas de Lezo pareció reflexionar un instante y acto seguido se encogió de hombros.

– No seré yo el que ponga reparos a un buen razonamiento.

Dicho lo cual inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y se dirigió a la fortaleza de San Felipe, seguido de Antonio de Ulloa. Allí, en breve, se iba a librar la batalla decisiva que decidiría la suerte de todos nosotros.

– No me digas que te vas a vestir de hombre para poder combatir contra los ingleses – me dijo el que pronto sería mi esposo (Dios y los ingleses mediante) mientras me contemplaba revisar un fusil de chispa que le había cogido a un soldado muerto.

– No necesitaré vestirme de hombre – repuse –. Porque lucharé como mujer.

Me había arremangado las faldas, atado el pelo para que no me molestase y llevaba una funda colgada de la cintura, donde pretendía guardar mis armas cortas: una pistola y un cuchillo.

– Me prometí a mí misma que no volvería correr como un conejo asustado si el peligro volvía a presentarse en mi vida. Recuerda cómo corrimos en Cuenca y de nada le valió al pobre de Seniergues.

–No es el mismo caso. Una turba ciega y furibunda no es lo mismo que cinco mil casacas rojas armados hasta los dientes y disciplinados. Es mejor que hagas caso al almirante y te vayas lo más lejos posible de este lugar.

–Pues va a ser que no. Y a ver si tú, Joaquín o el mismísimo Blas de Lezo sois lo bastante hombres para impedírmelo.

El negro, que siempre nos acompañaba a una prudente distancia, como un alma protectora (especialmente tras el incidente con la bala de cañón), se acercó hasta nosotros y murmuró, algo divertido:

–Yo voy donde va mi señora. Ni se me pasaría por la cabeza contrariar sus deseos.

Y exhibió a modo de sonrisa irónica su famosa dentadura de dientes blanquísimos.

## *EL VIRREY*

No me dejaron combatir, por supuesto. En tanto que civil y hembra mi deber era permanecer detrás de las líneas del frente que percutían el ejército y armada enemigas. Porque la flota inglesa al comienzo de las hostilidades era comparable a la gran armada invencible que Felipe II había mandado a tierras inglesas un siglo y medio atrás. Más de cien buques de guerra, fragatas, paquebotes con largas hileras de cañones, nueve mil infantes de marina, ingleses, jamaicanos y un puñado de soldados de las colonias americanas comandados por el hermano de George Washington en persona. Mientras, en Cartagena solo había algo más de mil soldados y trescientos milicianos, las guarniciones de los fuertes y castillos, marineros y unidades sueltas. Todas juntas no sumaban ni la mitad de hombres que el enemigo.

Y los restos de ambos contingentes se aprestaban para la batalla decisiva.

– Querían repetir el éxito de Portobelo y pensaban que sería igual de fácil en Cartagena de Indias, pero se equivocaron.

Quien así hablaba era el virrey Sebastián de Eslava. Él en persona había dado orden de retirarme de la línea del frente y en particular de los alrededores del Castillo de San Felipe. No se esperaba que los ingleses atacasen hasta dentro de dos días y se estaba celebrando una pequeña fiesta en la mansión del virrey. Habíamos sido invitados Jean (al que se había relevado de la guarnición probablemente para controlar a “esa criolla desbocada”, según palabras textuales del Virrey) y yo misma. Mi tío José Agustín era amigo de la familia y persona influyente, así que con ello quiso hacer un gesto de buena voluntad hacia aquella mujer rebelde que no hacía más que dar quebraderos de cabeza a las gentes de bien, aunque proviniese de una estirpe tan noble como la de los Pardo de Figueroa. Mi actitud, por supuesto, debía parecerle algo muy poco cristiano, muy poco femenino, acostumbrado como estaba a las mujeres sumisas y obedientes hasta la náusea: las mujeres que estaban de moda en las colonias. Seamos justos, las mujeres que estaban de

moda en todas partes por entonces.

–Confío que lo estéis pasando bien en la fiesta –dijo don Sebastián, mirándome fijamente.

Se había llegado hasta nosotros con gesto desafiante, como si fuésemos dos animalillos a los que había que domar. Jean estaba con los ojos bajos y cabeza aún más gacha, realmente preocupado por su buen nombre y, sobre todo, por no hacerse enemigos en un país extranjero. Pero mi rebeldía, o acaso la pasión no satisfecha con mi futuro esposo, me hicieron responder:

–No estoy bien. Mis compatriotas están muriendo a centenares a manos de los soldados británicos. Nadie puede estar bien ante tal perspectiva.

–Oh, yo no me preocuparía, bella dama. Pronto habremos vencido a Vernon gracias a mis últimas disposiciones. Confiad en mi palabra. Los casacas rojas huirán de Cartagena con el rabo entre las piernas.

Aquella última frase causó un estallido de hilaridad en la comitiva de aduladores que le acompañaban: nobles, ricos comerciantes y gentilhombres de la localidad.

El Virrey era un hombre desgarbado y flaco, con un rostro pequeño, estrecho, dominado por una enorme nariz ganchuda que le daba el aspecto de un ave exótica cuando se ponía de perfil. Una vez tuve un papagayo con el que guardaba un extraordinario parecido. Político antes que un soldado, la principal preocupación de don Sebastián era vanagloriarse de la victoria si esta se producía y culpar de la derrota a Blas de Lezo en caso contrario. Sin embargo y a pesar de los agrios enfrentamientos entre ambos, fue la coincidencia de estas dos figuras históricas la que posibilitó la brillante defensa contra los ingleses que se había venido desarrollando en las últimas semanas. Comprendí en aquel momento que a veces un desacuerdo entre hombres brillantes, como en el fondo también sucedía con los integrantes de la Misión Geodésica, podía dar lugar a una gran victoria o a vitales descubrimientos si esas fuerzas conseguían converger de una forma aunque fuera milagrosa y sumar fuerzas en aras de un objetivo común.

–Ojalá así sea, don Sebastián –terció Jean, acaso temiendo que yo dijera una palabra de más, contestando u obrando de una forma poco adecuada para una dama. Es decir, mi forma habitual de comportarme.

Un poco hastiada, meneé la cabeza y miré en derredor, tratando de pensar en otra cosa, en la ostentación de la vivienda de aquel hombre, por ejemplo. Recuerdo que la residencia del virrey era una larga villa no lejos de las fortificaciones que formaba un cuadro con otras tres, agrupadas en una manzana. La arquitectura era algo lujosa y exagerada, con columnas de forma irregular, profusión de conchas, volutas y formas curvas, todo el conjunto ornamentado hasta el exceso. Los muebles eran igualmente pomposos, llenando los salones con largos canapés, esculturas, tapices y sillones de cuero de Córdoba.

Por allí se movían como pez en el agua algunos de los hombres más notables de la ciudad, reuniéndose en ocasiones para contemplar la batalla, no en vano se hallaban en pleno barrio de Getsemaní, junto a la puerta de la Media Luna. Es decir, apenas a unos centenares de metros del puerto y del propio Castillo de San Felipe. Una atalaya perfecta para contemplar los movimientos de tropas.

Me imaginé a aquellos nobles holgazanes semana tras semana de aquel largo asedio asistiendo al progreso de la contienda: desde la derrota inicial en el mar y la destrucción o captura de las seis únicas naves españolas, al bombardeo incesante de los ingleses y la aniquilación de todos los baluartes y torres defensivas. Bueno, a excepción de la última, la de San Felipe de Barajas. Tal vez incluso intuyeran en la lejanía la figura tullida de Blas de Lezo, el Medio Hombre, ordenando batirse a sus pocos soldados como si cada uno fueran tres hombres o cinco o siete, pues se decía que por cada español muerto eran siete los británicos caídos hasta la fecha.

Anocheció. La fiesta, entre lisonjas, parabienes y buen vino se estiró hasta la madrugada. Era extraño, hacía un par de minutos que los cañones ingleses estaban en silencio. Jean miraba aprensivo hacia el Castillo de San Felipe, como intuyendo que algo extraño estaba pasando. La calma antes de la tempestad. Entonces sucedió lo impensable. En plena oscuridad, el brigadier general Wentworth mandó a la carrera a sus hombres en dirección a la fortaleza. Al menos mil ingleses avanzando en la primera oleada. Vimos las escalas apoyadas en los muros y los gritos de los sorprendidos vigilantes. Vimos la sangre correr, las paredes teñirse de escarlata, y la muerte segando la

vida hombres valientes de ambos bandos.

Poco a poco, comenzó el cielo a clarear. Estaba amaneciendo.

–¿No vamos a salir de esta atalaya a combatir con los nuestros? – chillé, mirando directamente al virrey Sebastián de Eslava, que hizo un gesto reprobatorio.

–Yo voy a reunirme de inmediato con gente de mi confianza a diseñar la estrategia. Respecto a lo que ahora sucede ahí abajo, piense que a los que ve luchando son los infantes de la marina de España, los más valientes del mundo. Donde ellos no llegan no alcanzaremos ninguno de los otros.

– Donde seguro que no alcanzaremos a nada será sentados aquí atusándonos las pelucas mientras mueren los valientes – opiné.

Pero el Virrey era un político y como tal sabía salirse con una frase ingeniosa de cualquier situación, especialmente de aquellas que le dejaban en mal lugar.

– Qué suerte tenéis, señor Godin des Odonais, con una mujer tan arrojada –dijo, volviéndose hacia Jean–. Una pena que sea tan joven y que confunda arrojado con suicidio. Cuando alcance la edad adulta aprenderá a diferencia una cosa de la otra.

Jean hizo una reverencia mientras el Virrey se alejaba. Yo abrí la boca para añadir un nuevo impropio pero un pellizco en mi muslo, tan fuerte que chillé aunque se produjera a través del vestido, me conminó al silencio.

– Cállate, mi amor. Hazme caso por una vez.

Y yo le hice caso. Lo hice mientras oía las salvas de la artillería; lo hice cuando comenzó la batalla e intuimos que atacaban la fortaleza por al menos dos lados, que luego resultaron ser los cuatro, y resonaban las trompetas; lo hice mientras los ingleses escalaban la muralla y les llovían piedras; lo hice sin dejar de mirar al cerro de San Lázaro, entre el estallido de la fusilería y los aullidos de los muertos; lo hice cuando los atacantes fueron rechazados en todos los flancos y el grueso del enemigo se desplazó al sur, donde estaba en persona Blas de Lezo con los últimos de los suyos; lo hice durante un lapso de tiempo infinito, incluso cuando hubo amanecido del todo y los combates continuaron sin tregua varias horas más.

De pronto, se hizo de nuevo el silencio. Un silencio denso, sin el aullido

de un perro, sin el estertor de un agonizante, sin el sonido de un ave, sin nada más que silencio en el silencio. Era el silencio que anuncia el instante en que la victoria o la derrota están a punto de decidirse. Lo supe instintivamente y, señalando en dirección a la fortaleza, espeté al hombre al que amaba:

–Llevamos más de un mes de asedio y este es el momento la verdad. Yo he luchado por ti, porque te quiero y deseo un futuro para los dos, juntos para siempre. Pero a veces hay que hacer lo que es justo sin pararse a vigilar la propia seguridad. Ya te dije que estoy harta de correr ante el peligro y que no se repetiría lo de Cuenca.

– ¿Y que me quieres decir con todo esto?

– Quiero decir que ahora mismo aprovecharemos el caos de la batalla para bajar hasta la fortaleza y ayudar en lo que podamos a Blas de Lezo y sus hombres.

En ese momento hizo su aparición Joaquín, que asomó su cabeza desde detrás de unos cortinajes y mostró su eterna sonrisa.

– Vaya, por fin algo de diversión.

Jean suspiró y dijo:

–Por fin algo de diversión, exacto. Justo lo que estaba esperando. Hacerme matar poco antes de mi boda.

## *LA BATALLA FINAL*

Los hombres de Blas de Lezo avanzaban con la bayoneta calada hacia el enemigo. Un minuto antes, los casacas rojas comenzaban el ascenso por el terraplén en dirección al Castillo. Pero ahora todo había cambiado. Una vez más, Medio Hombre había sido capaz de darle la vuelta a la batalla, de hacer algo asombroso y sorprender al inglés.

Y lo último que esperaban los dos comandantes británicos (Vernon en el mar y Wentworth en tierra) es que una fuerza netamente inferior se enfrentase cuerpo a cuerpo a sus hombres, que abandonasen la seguridad del castillo y cargasen contra ellos entre alaridos.

—¡Vamos, Jean! —recuerdo que grité. O quizás gritábamos todos mientras corríamos, aún lejos del fragor del combate, ascendiendo hacia el cerro en cuya cima se divisaban los muros de la fortaleza de San Felipe.

Arriba, la bayoneta calada, los españoles combatían esquivando montañas de cadáveres, saltando en un baile macabro sobre los cuerpos de los caídos, clavando, disparando, rugiendo, masacrando.

—¡Muerte a los herejes! —gritaban muchos, por enfrentarse a protestantes.

Las unidades inglesas perdieron fuerza, una brecha se abrió en sus líneas y comenzaron lentamente a retroceder. Aquello espoleó a los hombres de Blas de Lezo, que desde la cima de la explanada daba órdenes, chillaba como enloquecido y disparaba su pistola con su única mano útil.

Corrimos una vez más hacia las alturas, tal y como había sucedido en Cuenca, y de nuevo Joaquín intervino ayudándonos al golpear a un par de casacas rojas, que huían despavoridos como pollos sin cabeza. Pero el negro era un hombre inteligente y no se quedó a explicarles que huían en dirección contraria, hacia arriba, donde les esperaba el grueso de los ejércitos españoles y una muerte segura. Los empujó y corrió junto a nosotros como alma que lleva el diablo. Esta vez no repartió bofetadas ni intentó enfrentarse a nuestros enemigos. No sonreía ni se mostraba seguro de sí mismo y

comprendí que, príncipe o no, Joaquín era humano y con sus brazos desnudos no estaba dispuesto a enfrentarse a los soldados del buen rey Jorge II de Gran Bretaña y de Irlanda.

Disparé mi fusil de chispa, recargué y disparé de nuevo hacia el enemigo, que huía ya en desbandada. Fue toda mi colaboración en la batalla. Pero bastó y sobró. Blas de Lezo descendió unos metros por la explanada hasta mi posición y dijo:

–¿Nunca le han explicado que esa forma suya impetuosa de obrar acabará metiéndola en muchos problemas?

–Más de una vez, comandante.

Blas de Lezo rió y se marchó con sus hombres, a vigilar los movimientos enemigos. A las pocas horas los ingleses comprendieron que habían perdido la oportunidad de tomar Cartagena. Aquellas montañas interminables de cadáveres habían desmoralizado a sus tropas y, aunque discutieron durante días la posibilidad de un contraataque, al final comenzaron lentamente una retirada general. Luego embarcaron sus tropas y abandonaron Cartagena. Por desgracia, Blas de Lezo moriría poco tiempo después, de alguna herida sufrida en batalla, de la peste o la malaria que se apoderaron de la ciudad. Nunca lo supe con certeza

Varios miles de británicos muertos en Cartagena y decenas de barcos perdidos. Fui testigo de la última gran victoria de España en estas tierras. En los siguientes días las gentes del barrio de Getsemaní comenzaron a llamarme la Dama del San Felipe. Poco tiempo después en toda la ciudad se me conocía como la Dama de Cartagena. Se exageraron mis hazañas, y había quién decía que había acabado con diez ingleses, yo sola, descendiendo la explanada chillando de rabia, a golpes de bayoneta.

Aún estaba lejos el día en que el mundo me conocería como la Dama del Amazonas. Pero de esta primera Dama que fui para las gentes de Cartagena, me siento igualmente satisfecha.

Los británicos, por su parte, y el almirante Vernon en particular, culparon de la derrota al comandante de las fuerzas terrestres, el brigadier general Thomas Wentworth. En el epitafio de Vernon aparecería un comentario en contra del segundo, haciendo hincapié en que Vernon consiguió una victoria

naval que no fue aprovechada por las tropas de tierra.

Pero lo cierto es que fue la inteligencia de Blas de Lezo, y el arrojo de sus hombres y acaso el de una única mujer, los que hicieron que la flota más grande nunca vista en el Caribe regresase a Inglaterra con el rabo entre las piernas, como había anticipado el Virrey.

Aunque, por supuesto, don Sebastián de Eslava mandó misivas al Rey de España atribuyéndose el mérito de forma exclusiva, y menoscabando la memoria de Blas de Lezo. Porque la historia la escriben los poderosos, los hombres, los blancos, nunca los hombres sencillos como Blas de Lezo, las mujeres criollas, los indios o los negros.

Nosotros somos notas a pie de página en el gran libro de los hechos. Así ha sido siempre y así habrá de ser aún por mucho tiempo. No me imagino cuánto habrá de cambiar el mundo para que un día tengamos voz los que hemos sido acallados desde la noche de los tiempos.

**4.**

**DE CARTAGENA A GUAYAQUIL  
1740-41**

## *EL REGRESO A CASA*

Abandonamos Cartagena de Indias a los pocos días. Nos acompañaron los españoles Antonio de Ulloa y Jorge Juan de Santacilia, este último recién llegado de Quito con unos despachos para el virrey. Había sido relevado de sus labores científicas, como Ulloa de forma temporal, debido a la guerra. Ahora que esta tocaba a su fin, se moría de ganas de reemprenderlas junto a su compañero.

–Es maravilloso que todo vuelva a la cotidianidad y se acabe esta sinrazón –dijo Jorge Juan, a la cabeza de la recua de mulas.

No pudimos estar más de acuerdo. Jean, en particular, parecía exultante. A pesar de la pérdida de vidas, de todos los horrores vividos, de la destrucción y la inutilidad de las contiendas vanas de los hombres, el resultado de la expedición a Cartagena había sido positivo para los miembros de la Misión Geodésica. Habían conseguido vender sus mercancías. Aunque estas habían sido finalmente destruida junto al mercante francés al que se las habían entregado, lo cierto es que ya habían cobrado el dinero pactado, por lo que la ruina fue para el comprador no para Jean y sus amigos. Por otro lado, con la bahía todavía destruida e inútil para el tráfico marítimo, el transporte por mar no estaba en su mejor momento, aparte de que todos los barcos españoles, mercantes o buques de guerra, estaban en el fondo de las aguas. Fue fácil conseguir un buen precio por un cargamento de prendas de primera calidad, sedas, y hasta algunos lingotes de oro, ya que ante la imposibilidad de comerciar por mar, únicamente las mulas podían hacer el trabajo en Cartagena en ese momento. Inicialmente Jean había pensado en comprar algodón y textiles comunes pero ahora eran un grupo de muleteros afortunados en una región donde, por unas semanas al menos, el transporte por tierra volvía a reinar en aquellas tierras.

– Hemos vendido nuestra mercancía a buen precio y hemos comprado nueva mercancía a la mitad de precio. Creo que es lo único positivo que

podemos sacar de este viaje – dijo Jean en voz alta, mirando hacia atrás en dirección a Cartagena.

– Y no es poca cosa en estos tiempos que corren – repuso Ulloa, que junto su compañero irían con nosotros hasta Quito, aunque su destino final era Lima, donde querían continuar con sus mediciones en cuanto hubiesen cumplido las últimas órdenes de sus superiores: construir varias galeras ligeras de guerra y reforzar las defensas del puerto de Callao.

Cuando terminaran las tareas que el ejército les había encomendado regresarían a la astronomía, que amaban tanto como La Condamine y o el propio Jean Godin.

–Tan pronto llegemos a Quito organizaremos nuestra boda – dije entonces, manejando mi mula en dirección a los españoles.

Quería dejar claro a Ulloa que no estábamos casados aún, ya que en Cartagena pensé que habíamos dado esa impresión. Por otro lado, quería hacerles saber que les apreciaba y deseaba que asistieran a nuestro enlace. Así que añadí:

–Estáis invitados.

Jean hizo un gesto extraño con la cabeza, ladeándola de una forma que me resultó familiar. A pesar de que yo lo conocía desde hacía poco tiempo, y de que buena parte del amor que sentía por él era pura pasión sin conocimiento real de la persona que tenía a mi lado, no por ello dejaba de ser observadora y comprendí que algo sucedía. Me volví hacia el que pronto sería mi esposo:

– ¿Y bien?

Fue Ulloa el que respondió, luego de carraspear largamente:

–No sé si sabeis que nuestra asignación a la Misión Geodésica fue cosa de su tío José Agustín.

– No sabía nada –respondí, imaginándome al marqués de Valleumbroso sentado en su sillón favorito, rodeado de políticos como el Virrey de Cartagena, manejando el destino de los hombres sencillos como un titiritero a sus marionetas.

–Tratamos hace tiempo el tema de vuestra boda y nos dejó claras un par de cosas.

–Tampoco sabía nada –gruñí, enfadada.

Y no sabía nada porque a las mujeres nunca se nos explicaba nada. No tenía la menor idea de que mi querido tío estaba relacionado con los españoles, a los que había tratado junto a Jean en varias ocasiones, que me habían ayudado a salvar la vida en Cuenca y que habían estado a mi lado en el sitio de Cartagena de Indias. A las mujeres siempre se nos decía lo justo, como si fuésemos un sirviente, como si fuésemos un delicado pajarillo al que el conocimiento daría dolor de cabeza. Y por lo visto incluso se nos hurtaban detalles de nuestra propia boda que eran de dominio público.

– Sí – terció entonces Jorge Juan –. Él fue quién sugirió que nosotros, dos sencillos tenientes de la infantería de marina, viajásemos con los franceses de la Misión Geodésica. Siempre le pareció una gran idea esta misión y es nuestro valedor principal. Nosotros obtuvimos un gran honor y le estamos muy agradecidos.

– Sigo sin entender qué relación tiene nada de esto con que asistáis o no a mi boda.

Ulloa y Jorge Juan intercambiaron una mirada.

– Vuestro tío, el marqués de Valleumbroso, nos ha prohibido asistir a vuestro enlace. Nos lo dijo la última vez que nos vimos antes del sitio de Cartagena. A eso se refería aquí Antonio Ulloa con lo de dejarnos claras un par de cosas. Esas cosas fueron que no estábamos invitados y el porqué.

– ¿Y eso? ¿Habéis cometido algún error en vuestras mediciones, una falta de respeto, un castigo de cualquier otro tipo? Yo podría hablar con él y echaros una mano...

–No, no es nada de eso – interrumpió Ulloa –. Será una gran boda, la boda del año en Quito. Solo serán invitadas personas principales, no un par de tipos que hasta hace poco eran sencillos cadetes como nosotros.

A veces la explicación más simple la tienes delante de los ojos y no sabes verla: sencillamente el que fueran mis amigos no tenía valor para mis parientes. Aquellos muchachos y sus familias no eran lo bastante importantes. Seguramente, de haber seguido siendo amiga de Manuela no me habrían dejado invitarla, aunque ahora fuera la señora de Allauri. Los hombres como mi tío el marqués siempre tenían en cuenta antes que la amistad la sangre y los valores sociales.

– Y tus amigos franceses, Jean, ¿podrán venir a la boda? Muchos son de humildes orígenes como era Seniergues.

Jean me miró dulcemente:

–Supongo que dejaran venir a La Condamine, Verguin, Jussieu o a mi primo Louis... y Bouguer y Marainville, aquellos cuyo rango y estirpe en Francia son de probada alcurnia. El resto....

– Ya lo entiendo – dije en un murmullo –. Solo gente principal. Ya está todo dicho. Supongo que tampoco podrán venir ni Tomasa ni Juanita, ni mis amigos indios de la hacienda, ni esclavos de confianza como Joaquín, ni la gente con la que me he criado. Solo los Pardo de Figueroa, los Casa Mayor, los Godin y doscientos invitados de entre las mejores familias que se puedan encontrar. Si yo los conozco o no eso es lo de menos.

Estuve un buen rato rezongando en contra de las costumbres que nos aprisionaban en las colonias, del trato que recibían las mujeres, los indígenas y cualquiera que no fuera un hombre blanco. Ulloa me escuchó detenidamente hablar, luego se acercó a mí y me dijo casi al oído:

–Estoy escribiendo un informe secreto para el rey de España y sus consejeros. En él voy a denunciar las muchas irregularidades que he descubierto en estas tierras, desde la opulencia y exceso de poder de los eclesiásticos al contrabando, pasando por el trato que reciben los indios, mulatos y mestizos.

–¿Y el Rey te escuchará?

–Felipe V me lo ha ordenado en persona.

Me volví hacia el español, mirándole de pronto con otros ojos.

–Supongo que no eres un simple teniente de navío.

–Todos somos muchas cosas en este mundo. Algunas obvias otras no tanto. Tú no eres tampoco una simple esposa de un científico “gavacho”, que es lo que muchos te llamarán a escondidas.

Asentí con la cabeza.

–Pienso mejorar las condiciones de los trabajadores indígenas en mi hacienda –le expliqué–. Un día lo harán todos los propietarios. Esta tierra les pertenece tanto como a nosotros.

–¡Psst! –me conminó al silencio Ulloa, mirando en derredor–. Una cosa es

denunciar las injusticias y otra querer cambiarlas uno mismo o hacer proclamas como esa que acabáis de hacer. El Rey es quién dictará las reformas que sean necesarias en nuestras colonias. Este Nuevo Mundo es solo nuestro, al menos de momento. ¿Las cosas cambiarán? Eso seguro, y entonces podremos decir muchas cosas que ahora nos callamos.

–Lo mío no es esperar, Antonio.

–Habrá de serlo, Isabel. Haz pequeñas reformas en tu hacienda. Nada excesivo, nada que llame la atención a tus vecinos. No repitas que esta tierra es de los indígenas, por mucho que pueda ser verdad. Respecto a tu boda, cástate como lo mandan las buenas costumbres. Y luego celebra con los tuyos en la intimidad tu nueva condición de mujer casada. Elude el enfrentamiento cuando no hay posibilidad de victoria. Como militar, te puedo asegurar que siempre es una buena estrategia.

Ulloa regresó con su compañero Jorge Juan y con mi prometido, que estaban al frente de la recua dando nuevas instrucciones a los muleteros. Me dejaron sola, cabizbaja, al final de la fila, mientras reflexionaba sobre todo esto. Estaba algo enfadada porque ni en el día más importante de mi vida pudiese tomar yo las decisiones. Sentí que una mula se me acercaba, una en la que iba montado un gigante negro de dos metros.

– Bueno, al menos yo sí estaré en tu boda, dama de Cartagena.

Enarqué una ceja porque siguiera usando aquel apelativo, pero aún más por su pretensión de que pudieran invitar a un esclavo cuando españoles de la península con Jorge Juan y Ulloa eran postergados, pero antes de que pudiera refutarle añadió:

–Yo soy un príncipe en mi pueblo, dama. Ninguno de tus invitados llega a buen seguro a la dignidad de príncipe. Espero que me sientes en la mesa principal junto tu esposo ya que seré el comensal de mayor rango.

Y sonrió con su hilera de dientes blanquísimos. Por supuesto, aquello tuvo el efecto de hacerme soltar una carcajada.

El mundo era como era y yo debía aprender a ser cauta. Al menos hasta que tuviera el poder para cambiar las cosas.

Seguimos hablando y riendo Joaquín y yo durante horas. Ahora me doy cuenta de que fue mi negro ángel de la guarda, justo en aquella conversación,

el primero en llamarme “dama” cara a cara, no como parte de un chismorreo de la calle sino como nombre propio.

Un apelativo que me perseguiría el resto de mi vida.

## *EL GRAN DÍA*

Apenas un mes más tarde Jean Baptiste Godin des Odonais e Isabel Casa Mayor y Bruno contrajeron matrimonio. Fue el día 29 de diciembre del año del señor de 1741 en el colegio dominico de San Fernando en Quito. Eso es lo que dicen los libros de historia, pero lo que sucedió aquella jornada va mucho más allá de una nota a pie de página.

No me impresionó la magnificencia de aquel lugar sagrado, o las maravillosas piezas de arte colonial, los claustros, la biblioteca, las sagradas reliquias, las esculturas traídas de la misma Sevilla o los techos artesonados con maderas nobles y motivos religiosos. Lo primero que hice fue llegarme hasta mi tío el marqués y decirle:

–Te mando recuerdos de los valerosos tenientes Antonio de Ulloa y Jorge Juan de Santacilia.

Mi tío, que estaba sentado en un sillón, aquejado de gota, meneó la cabeza en señal reprobatoria:

–De nada sirve ser rebelde cuando se ha nacido mujer.

– Pero yo no soy una mujer cualquiera, señor marqués, en el futuro nadie me recordará como una mujer cualquiera.

– He oído que algunos te llaman la dama de Cartagena o sencillamente “la Dama”. Has hecho ya cosas que pocas mujeres se atreverían. Pero escúchame bien: tal vez has hecho demasiadas. Yo no tentaría más a la suerte por más que algunos pronuncien tu nombre con admiración. Mejor cuídate de nuevos atrevimientos.

La voz de mi tío no trasmitía por el contrario admiración sino sorna y un leve desprecio. Como si un mono hubiese aprendido a sumar, un mono tan listo que dibujase rayas con su peluda pata en el suelo. Algo tan extraordinario como extraordinariamente inútil.

– Dame tiempo y comprobarás de lo que soy capaz de atreverme.

Aquel extraño diálogo fue sin embargo el único momento tenso de la

velada. La ceremonia fue hermosa y me emocioné en no pocas ocasiones. Los invitados fueron agasajados y el sacerdote dio sus bendiciones bajo el pórtico principal. Avanzamos solemnemente al interior y nos sentamos en dos mullidos sillones. Entonces pronunció un breve discurso sobre las Santas Escrituras.

Y luego nos casó:

–Jean Baptiste Godin des Odonais, ¿quieres recibir a María Isabel de Jesús Casa Mayor y Bruno, como esposa, y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Mi amado resplandecía. Camisa de lino, medias de seda que resaltaban sus hermosas pantorrillas. Camisola abierta, chaqueta larga con botones, y por encima de todas estas prendas una casaca hasta las rodillas, abrochada verticalmente y con grandes y vistosos ojales. En ese momento, estaba segura de ello, era el hombre más hermoso de todo el orbe.

–Sí quiero –dijo mi Jean.

–Y tú María Isabel de Jesús Casa Mayor y Bruno, ¿quieres recibir a...?

–Sí quiero.

–¿Quieres recibir a...?

–He dicho que sí quiero. Venga, vamos ya, tengo ganas de besar a mi hombre.

El sacerdote se encogió de hombros mientras la concurrencia reía azorada. Ni siquiera oí del todo las palabras con las que nos declaraba marido y mujer. Solo sé que de pronto supe que ya era una mujer casada, que todos nos miraban y que a Jean se le escapaba esa media sonrisa que me tenía tan loca.

Y entonces nos besamos por primera vez en público. Un beso largo, en el que entrelazamos nuestras lenguas y unimos nuestras almas. Un beso eterno del que tal vez ni siquiera hoy haya despertado aún.

Luego comenzó la fiesta, una fiesta típica de las que vivíamos los elegidos en los salones de las grandes familias. Recuerdo que bailamos un minué, elevando un pie, y luego otro, y luego pas marché, para seguir con un plié y... bueno es una cosa complicada. Ah, siempre ha sido mi danza preferida. Sé que ya no está de moda, y ahora las gentes se inclinan por cosas más sencillas y mundanas, pero siempre recordaré aquellos momentos de gozo sereno

cabrioleando en un compás de tres por cuatro.

Allí estaba la gente de mi clase, gente de calidad, criollos cuya sangre se remontaba a los Reyes Católicos y que continuaban haciendo limpieza de esa sangre casándose con españoles venidos de la madre patria.

Hasta mi madre, normalmente tan callada y servicial (lo que se esperaba de ella), se atrevió a beber algo de brandy y licor del monte pichincha. Creo que hasta la vi tomando licor helado a escondidas.

–Estoy muy feliz por ti, hija mía. Te mereces ser feliz –me dijo doña Josefa Pardo de Figueroa.

No respondí. Solo sonreí. En ese momento era feliz viéndola a ella feliz e incluso algo achispada, condición en la que jamás la había visto hasta aquel día. Luego se acercó a mi hermano Juan, que había regresado del convento de San Agustín para el feliz enlace, y conversaron largamente. Se les veía radiantes, casi tan exultantes como la misma novia.

Bailé toda la noche, en primer lugar con mi padre, el General Pedro Manuel Casa Mayor y Bruno, que de alguna manera con ese acto me entregaba a mi esposo, con el que bailé en segundo lugar. En un descanso saludé a los miembros de la Misión Geodésica uno por uno, especialmente a La Condamine, al que había aprendido a apreciar y que no se separaba de un gran plato de pescado, mirando de reojo y con desprecio a las fuentes de guayabas y las chirimoyas.

–Por fin sois una mujer casada –me dijo, tragando a toda prisa un último bocado. Su rostro moreno y su afilada nariz le hacían a él parecer también un pescado. Y aquello casi hizo que se me escapase una risa.

No muy lejos, se escuchaba en ese momento un fandango, y resonaban las castañuelas. Los bailes de salón habían dejado paso a sonidos más populares.

–Era mi sueño, sí. Ser libre por fin –respondí.

–¿Es libre una mujer casada? –se atrevió a preguntar el francés–. ¿No es lo mismo para una mujer ser hija que esposa? Cambia el dueño no la condición.

Aquella afirmación borró la sonrisa de mi boca.

–Para muchas mujeres tal vez. Para mí, no. Don Pedro me ha dado mucha manga ancha en mi vida y en la hacienda. Ha sido un buen padre. Pero no me engaño, lo ha hecho no por convicción sino porque solo yo puedo hacerme

cargo de sus bienes cuando él muera. Con Jean será otra cosa.

–¿Sí? –inquirió mi interlocutor, no pudiendo resistir más tiempo y tomando otro pedazo de pescado.

–Sí. Jean es como usted, señor de La Condamine. Un hombre al que le interesa el mundo de los números, de las matemáticas, de las mediciones, de los astros. El mundo real es algo vago e ilusorio para los miembros de vuestra expedición. Jean Godin des Odonais no osaría tratarme como otros tratan a sus esposas porque su existencia no tiene las motivaciones de la mayoría. Así que me dejará hacer lo que me plazca mientras yo no le moleste en sus mediciones y sus sueños. Siendo Isabel Godin des Odonais tal vez he perdido mis apellidos, pero es lo último que pierdo. A partir de hoy no solo estaré al mando de la hacienda de mi familia sino que seré dueña de mi vida privada.

–Habláis como un hombre.

–Seré una de las pocas mujeres de este continente que tienen la capacidad de decisión y autonomía que la mayoría de los hombres.

–En España o en Europa hay bien pocas. Incluso escasean en la misma Francia.

–Razón de más, Charles. Ahora tal vez entiendas el porqué de mis actos.

Era la primera vez que le tuteaba, lo mismo que había hecho con Ulloa días antes cuando me confesó su verdadero cometido en nuestras tierras. Como en aquella ocasión, una suerte de complicidad se estableció entre nosotros. El matemático asintió pensativo y luego se inclinó en una reverencia.

Me asomé a una terraza. En la calle, resonaban los timbales y las cornetas, un grupo de jinetes hacía acrobacias a caballo sobre la tierra tachonada de flores. Desde las cocinas, un enjambre de lacayos enfundados en sus libreas corría llevando nuevas bandejas de comida y de bebida para los celebrantes del piso superior. En verdad era la boda del año.

Me volví hacia el interior y vi que mi hermano Antonio tocaba el clavicordio. Lo habíamos hecho traído desde Guayaquil, esperando que tuviese un buen día. Y resultó ser la jornada en que lo vi más despierto y capaz en mucho tiempo.

–Te quiero, hermano –le susurré al oído cuando terminó una sonata del maestro de Albergo, que por entonces estaba muy de moda en la corte.

—Y yo a ti, hermanita. Y yo a ti.

Creo que fue uno de los momentos más felices de mi vida.

## *LA NOCHE DE BODAS*

Y luego todo se vino abajo por culpa de esas estúpidas normas de la sociedad. A causa precisamente de la más estúpida de todas tuve que vivir recluida como una monja durante un mes.

– Sé que no tienes mucho respeto por ciertas costumbres, pero esta vez no podrás hacer nada por impedir tu obligación de encierro – me informó mi madre minutos antes de la noche de bodas. Ya no estaba achispada, solo algo triste.

Porque tan pronto amaneciese debería irme al convento.

– Esa costumbre es un despropósito.

Doña Josefa parecía apesadumbrada. Pero no por ello menos determinada a hacerme ver la realidad del mundo en el que vivíamos.

– Lo sé, hija mía. Pero una mujer que ha perdido su virginidad no puede ser vista en público durante un mes. Es una creencia muy arraigada. Así lo dice la Santa madre Iglesia, así lo dicen...

– Así lo dicen un grupo de hombres, de curas y sacerdotes que no han desflorado a nadie en su vida (o al menos no lo han declarado públicamente). Yo, que no me alejé de mi Jean en Cuenca ni en el sitio de Cartagena, tengo que irme un mes reclusa porque...

– Porque así lo dictan las buenas costumbres de tu pueblo, Isabel. Si sales del convento antes de la fecha indicada todos te verán y te tratarán como a una apestada. No hay más verdad que esa. Aunque sea absurda. Aunque duela alejarte del hombre al que amas.

Por lo menos me quedó la noche de bodas, una noche en la que pude besar a mi amado y recorrer su cuerpo centímetro a centímetro, toesa a toesa, como si fuese una de esas mediciones matemáticas a las que él se entregaba con pasión noche y día.

Pero aquella noche fui yo la científica, la que se entregó con pasión a desnudarle, despojándole de su camisa de lino, arrancándole las medias y

besando sus pantorrillas entre risas y juegos que duraron hasta la madrugada. Fui yo quién, como el que observa la estrella Epsilon Orión, la que aguardó mientras se quitaba la camisola y se quedaba en ropa interior y finalmente desnudo, maravillada de la belleza de aquel descubrimiento. Fui yo la que le mostré mis cordilleras, me arranqué mi vestido abierto por delante y me bajé el escote, para que hundiese su boca en mis pezones y aprendiera su sabor, y así nunca olvidase a qué nuevo amo servía, a qué montañas y a qué viaje debía entregarse. Fui yo la que arrojé mis zapatos de ante y me quedé también en cueros ante sus ojos, como una noche estrellada de esas en que los geodésicos medían la esfera celeste y comprendían el significado del universo. Y Jean comprendió que aquel era el universo en el que ahora haría sus mediciones, durante meses, años enteros, tal y como en el pasado se entregó a sus cálculos astronómicos.

Y fui yo la que buscó el cénit, pero no con fines científicos, como Jean solía buscar el cénit en el cielo, pues yo buscaba el cénit de mi propio placer. De esta forma, luego de largos preliminares, le introduje en mi ser y encontré el cénit de la dicha de ambos, el orgasmo compartido, la máxima expresión de nuestro amor, el éxtasis largo tiempo esperado.

Porque fui yo, en suma, la que le pedí en tanto que jefa de aquella expedición que me penetrase una y otra vez, la que le indiqué que buscase con sus labios mi sexo, la que le exigí más caricias, la que le hice descubrir el goce más exquisito en lugares que nunca habría imaginado, en posturas que nunca habríamos soñado, un día entero y hasta que anocheció de nuevo.

Y finalmente fui yo cuando, al verle seco y agotado, le monté una última vez y le hice morir en mi interior, aullando ambos como si no hubiera un mañana.

Cuando, exhaustos, nos dormimos, lo hice sabiendo que acababa de hacer un descubrimiento mayor que todos los Godin, Bouguer o La Condamine de este mundo. Había descubierto de qué está hecha la felicidad.

## *UN PROBLEMA INESPERADO*

Terminado aquel instante de gozo sublime, permanecí en el convento durante un mes, un mes que podría haber sido un año, que se me hizo eterno, en el que tuve que estar separada del hombre al que amaba. Conté los días, las horas y los segundos, recluida en una celda diminuta poblada de muebles caros que mis padres habían hecho traer de casa para que me sintiera cómoda. Pero los muebles me asfixiaban en aquella prisión y solo me hubiera sentido cómoda lejos de aquel lugar.

Recibí una visita, solo una. Mi madre obtuvo un permiso excepcional para verme. Ningún varón podía hacerlo. Ella se mostró amable pero yo me negué a dirigirle la palabra, como si ella tuviese alguna culpa de mi encierro. En el locutorio, a través de una reja, la veía contarme los chismes de la hacienda y reír de alguna trastada de Tomasa y Juanita, seguramente tratando de animarme. Al final, no pude más y espeté:

–Mamá, prefiero que te marches y que regreses el día que acabe mi condena.

–Pero...

–Por favor, no vuelvas más.

Y ella me obedeció. A los pocos días me puse enferma, acaso por la tristeza de aquella situación, de la rabia contenida, de la constatación de hasta qué punto son injustas y dementes las normas de los hombres. Perdí peso. Vomitaba día y noche. Se temió por mi vida. Para que un médico pudiera tratarme la superiora tuvo que pedir una dispensa al obispo. Hasta tal punto las normas estaban en aquel lugar por encima de las necesidades básicas del ser humano.

Mejoré. Me hice amiga de una monja joven que se había enamorado del jardinero. Pronto descubrí que aquel viejo de pelo blanco y acentuada cojera, tenía enamoradas a muchas de aquellas pobres almas. Algunas de las novicias estaban allí porque realmente habían recibido la llamada del Señor. Pero eso

es más raro de lo que la gente piensa. La mayoría lo estaban a causa de la pobreza de sus familias, de una deuda, una caída en desgracia y hasta de una promesa de sus padres hecha años atrás. Sentí pena por ellas. Por mí. Y volví a enfermar. Por suerte, los remedios del galeno fueron mejores que los rezos y al cumplirse el mes me hallaba lista para volver a mi vida de casada.

–Perdóname, hija –dijo doña Josefa cuando vino a recogerme en una calesa.

–Perdóname a mí, madre. Tú no tienes la culpa. Ninguna de nosotras, de ellas... –dije, señalando hacia el convento–. Ninguna somos culpables.

Se había terminado mi condena. Esperaba que Jean me aguardase en la hacienda con los brazos abiertos, listo para iniciar la ronda de visitas a familiares que es costumbre en los recién casados. Pero nada de esto sucedió. En lugar de un marido exultante, encontré a Jean serio y demudado. Estaba en la sala principal, mirando hacia el patio con expresión distraída, incluso diría que airada. A su lado estaba La Condamine, meneando la cabeza con similar gesto de desencanto. Detrás de ellos un hombre joven, de poco más de treinta años, elegante casaca escarlata y expresión de inteligencia.

Jean y yo nos besamos y abrazamos, por supuesto, y al momento me presentó al desconocido:

–Este es Pedro Vicente Maldonado. Antiguo alcalde de Riobamba, científico, explorador. Un poco de todo, como nosotros.

Maldonado inclinó la cabeza y yo hice lo propio. Conocía de oídas a Maldonado, no en vano yo misma había nacido en Riobamba. Habría querido mostrarme amable y solícita con nuestro visitante pero una sensación ominosa se respiraba en el aire. Era evidente que aquel no era el momento de visitas sociales o de conversaciones prosaicas.

– Siéntate, por favor –dijo entonces mi esposo con un tono extraño en la voz.

Tan pronto tomé asiento me comunicó la noticia. O eso intentó:

–Sucedde, sucedde... mi amor. Es que...

Jean no se atrevía a decirme la verdad y anduvo dando rodeos y balbuciendo hasta que el propio líder de la Misión Geodésica tomó la palabra.

– Hemos repetido las mediciones –dijo La Condamine, poniéndose las

manos a la espalda mientras paseaba por la estancia a grandes zancadas—. Las sospechas de tu esposo estaban fundamentadas. Todo nuestro trabajo está mal. Desde el inicio tal vez. Hay discrepancias que... bien, qué más da, la explicación sería larga pero el caso es que tenemos que comenzar de cero.

—¿Una nueva expedición? — inquirí, mirando a ambos alternativamente.

— Salimos ahora mismo — me informó Jean con la cabeza gacha.

—Ya veo. El mismo día que regreso del convento tienes pensado marcharte a mirar las estrellas.

No dije nada más y salí a la carrera hacia mis habitaciones. Creo que lloré de rabia y de decepción. Mis llantos se oían en toda la casa pero nadie se atrevió a subir a verme. Nadie excepto Joaquín.

—¿Y ahora qué, dama? ¿Haréis honor a ese apelativo? —dijo el negro.

## UNA NUEVA AVENTURA

Media hora después, las mulas de Jean, Pedro Maldonado y La Condamine salían por la puerta de nuestra casa, llenas a rebosar de bártulos, papeles y artilugios. Iban a paso calmo y no repararon en el grupo de personas que había a la entrada de la hacienda, justo al lado de los dos pilares de la entrada, de los que colgaba el blasón de nuestra familia.

– Hola, viajeros – dijo Joaquín exhibiendo aquellos dientes como perlas que brillaban a la luz del sol.

Detrás de él estaba yo misma, la mujer que un mes atrás había dejado de ser Isabel de Casa Mayor para ser Isabel Godin. También estaban allí Tomasa y Juanita, que contaban ya diez y once años respectivamente. Algo más crecidas, estaban listas para acompañarme en aquella odisea.

– Pero... –dijeron al unísono mi esposo y el líder de la expedición.

– Nos espera un largo viaje –les informé–. Por lo que os aconsejo que abandonéis ese gesto de estupefacción y le deis una palmada en el lomo a vuestras mulas. No hay tiempo que perder.

– Te vas aburrir –me advirtió Jean, que no podía evitar sin embargo un brillo de satisfacción en sus ojos verdes–. Nos pasaremos el día midiendo las estrellas con extraños artefactos que no comprenderás y hablando de números y usando terminologías abstrusas que...

Le dejé con la palabra en la boca, poniéndome en cabeza de la partida luego de haber palmoteado el lomo de mi mula con determinación.

–Eso es cosa mía, señor Godin Des Odonais –grité al trote–. Vos cuidaros bien de cumplir por la noche con vuestras obligaciones maritales. Ya encontraré yo la manera de entretenerme el resto del día. – Me alejé, contemplando gozosa que se sonrojaba Jean y hasta el mismísimo La Condamine.

Joaquín, por su parte, rió a carcajadas y azuzó también a su mula, que echó a trotar tras mis pasos.

Yo continué mi avance hasta alcanzar a Pedro Maldonado, que se hallaba al principio de la recua, asegurando un baúl que andaba algo ladeado.

–He oído hablar de vos. Sois criollo como yo –le dije.

–En efecto, soy hijo de estas tierras.

–No sabía que uno de los nuestros fuese miembro de la Misión Geodésica.

Pedro esbozó una sonrisa. No era un hombre atractivo, pero su gesto derrochaba determinación. De larga cabellera como mi hermano Antonio y cejas inquisitivas, no era alguien común, una persona más que pasas por alto cuando la conoces.

–No soy miembro. Al menos no oficialmente. Pero les he prestado ayuda en diversas ocasiones. Charles me ha asegurado que un día iremos juntos a Francia. Mi sueño es ser el primer criollo miembro de la Académie des sciences, la Academia de París que encargó esta expedición.

–Es un buen sueño. Yo también quiero viajar un día al continente europeo y tengo mis propios sueños –Alcé el mentón e hice un gesto a Joaquín para que pusiese en marcha a las mulas. Luego, volviéndome a Pedro Maldonado, añadí–: Por lo que se refiere a este viaje, será un placer tener a alguien de mi condición con el que hablar. Que quede entre nosotros pero, aunque me haya casado con uno, a veces estoy un poco cansada de estos blancos europeos.

–¿Incluso de los franceses?

–Los franceses son el presente, pero nosotros somos el futuro.

Maldonado me miró intrigado, como si hubiese dicho algo de tal calado que no supiese cómo reaccionar. Al cabo dijo:

–Las colonias están atrasadas, admiramos demasiado los antiguos principios, las tradiciones hispánicas, la ciencia barroca del pasado. Los franceses nos han traído la sabiduría moderna, el siglo de las luces. Pero pienso como vos, incluso los franceses están de paso. Esta nación será un día de los criollos y de los indígenas solamente. No quiero decir con eso que sea algo bueno o algo malo. Solo que pasará. Es el destino.

Tomasa y Juanita, testigos involuntarios de aquella conversación, pues iban siempre tras mis pasos, se sintieron halagadas con las palabras de Pedro Maldonado y las vi cuchichear entre ellas. Le sonrieron con la misma admiración que sentirían de hallarse frente al mismísimo Virrey. Dije entonces

mirando a Maldonado directamente a los ojos:

–Creo que tendremos ocasión de volver a conversar. Será un placer.

–Igualmente, señora de Godin.

–Llámame Isabel. Y tutéame en adelante.

–Así lo haré.

En ese momento, entraba en la hacienda un grupo de trabajadores llevando pesados fardos. Yo acababa de dar orden mejorar las condiciones laborales de mi personal, menos horas y más paga, y también mejores viviendas. Pero de cualquier forma el trabajo era duro en una hacienda. Los hombres llegaban cansados tras todo un día bajo el sol. Arrastraban los pies, caminando con tanta lentitud que estaban bloqueando a nuestra pequeña caravana.

–¡Abrid paso! ¡La Dama sale de viaje! –gritó Joaquín, moviendo sus brazos, largos como aspas de molino.

Al ver que algunos dudaban o se movían lentamente, insistió:

–¿No me oís? ¡Vamos, no estorbéis la montura de la Dama! ¡Venga!

Los peones, entre los que se hallaban amigos míos, indios que habían trabajado a mi lado desde que yo no levantaba un palmo del suelo, se hicieron a un lado. Muchos se descubrieron al verme pasar. Y algunos lanzaron vítores:

–¡Dama, buen viaje!

Yo no podía saber en ese momento que había puesto la primera piedra para que la mujer que hasta ahora había sido Isabel acabase conocida en el mundo entero como la Dama del Amazonas.

Pero aquellos eran mis pasos. Aquel era mi destino y no podía ser otra persona más que yo misma. Era Isabel, la esposa de Jean Godin, pero ante todo una mujer libre e independiente en un mundo donde las mujeres no eran libres ni independientes.

Aquel mes en el convento me había jurado que sería la última vez que hacía un gesto para complacer a la sociedad, de comportarme como una niña que necesita un tutor, que es lo que la sociedad espera de las hembras. A partir de ahora solo haría gestos para complacerme a mí misma y a los míos. Era una mujer adulta y casada.

Se habían terminado las componendas. Era el momento de escribir mi propia historia.

La historia de la Dama del Amazonas.

## **EPÍLOGO**

Napoleón y el amor verdadero

## De Saint-Amand-Montrond a París (Agosto de 1792)

–Supongo que no se ha acabado la historia de Isabel Godin –dijo Napoleón al ver que su anfitriona callaba.

Era evidente que estaba agotada y que no podría proseguir con la narración. La muerte acechaba a la anciana y nada ni nadie podían interponerse en su camino.

–He llegado hasta este punto, que es al que quería llegar –le reveló Isabel–. El resto de la historia la conocerás a su debido tiempo

Napoleón enarcó una ceja.

– Pero no de vos... Porque...

– No de mis labios, por supuesto. A mí se me ha de llevar la negra parca pero conocerás el final de mi historia, como ya te he dicho, a su debido tiempo. De eso puedes estar seguro. Y sabrás en esa hora por qué debía contártela a ti y solo a ti.

Alguien se irguió a la espalda de ambos. Era Lucien, que había aguardado estoicamente el fin del monólogo de la señora Godin des Odonais. A ratos cogía su broche, el camafeo que guardaba en el bolsillo, y contemplaba la imagen grabada de la Dama. Siempre en silencio. Pero no pudo permanecer más tiempo en silencio:

–Debo decirle que me siento honrado por haberla conocido, Dama del Amazonas –dijo con reverencia en la voz–. Solo siento que haya sido un espacio tan breve de tiempo.

Isabel se volvió hacia el joven y le sonrió indulgente. Por primera vez le

miró directamente a los ojos.

–Vuestra presencia ha iluminado estos últimos y postreros momentos de mi vida. Debo daros las gracias.... a ambos. Lamentablemente, no puedo atenderos por más tiempo. Estoy agotada y necesito regresar al lecho.

En ese momento penetró en la habitación su sobrino, Jean Antoine, que sin duda había aguardado tras la puerta o en una habitación contigua a que la Dama le necesitase. Tomó a la anciana en brazos, un cuerpo esquelético que no pesaría más de 30 kilos, y lo depositó con cuidado sobre unas sábanas azul carmesí. En la pared, sobre el cabecero, un conjunto de seis pequeños cuadros formando una estrella: óleos y paisajes del Amazonas, retratos de ella en su juventud, de su familia y también de Jean y de algunos de los miembros de la Misión Geodésica. Jean Antoine se volvió hacia los dos hermanos Bonaparte:

–Es el momento de la despedida, caballeros.

Napoleón y Lucien inclinaron respetuosamente la cabeza y abandonaron la vivienda. Lo hicieron con paso calmo, como si se tratase de un cortejo fúnebre, sin atreverse a hacer un ruido. No en vano se despedían de una mujer que eran conscientes que no volverían a a ver.

–¡Esperen! – El sobrino de la Dama bajó a toda prisa las escaleras y alcanzó a Napoleón ya en el dintel de la puerta de madera labrada que daba entrada a la mansión. Lucien estaba ya subiendo al carruaje.

–Mi tía, antes de dormirse, me ha dicho que había olvidado algo terriblemente importante. Algo que debéis saber.

–¿De qué se trata? – repuso Napoleón, súbitamente intrigado.

–Me ha explicado la Dama que cuando llegó a Francia, hace mucho de eso, en 1773, aún no era famosa. Comenzaban a llegar relatos sesgados de la increíble odisea que había vivido, y por primera vez algún periódico se hacía eco. Pero pasarían dos o tres años hasta que su historia corriese de un lado a otro del país y se convirtiese en la heroína que lo arriesgó todo por amor, la persona que ahora todos conocen como la Dama del Amazonas.

Napoleón asintió. Cuando era niño había seguido con interés la historia narrada paso a paso en diferentes entregas especiales de los periódicos. Incluso en su Córcega natal la habían tratado extensamente.

– Me ha dicho que antes de que la conocieran aquí también en el Viejo

Mundo como la Dama, en este pueblo de Saint-Amand-Montrond y en los alrededores la llamaban sencillamente “la criolla”. No había muchas mujeres venidas del continente americano, su piel era un poco más oscura y era un apodo fácil que la gente usaba de forma natural. No creo que fuese peyorativo. Solo la familia, los sirvientes y la gente cercana la llamábamos por entonces la Dama.

– Entiendo –repuso el corso –. ¿Y ese es el asunto terriblemente importante que se le había olvidado?

Era evidente que se trataba de un asunto menor, sin misterio ni trascendencia, al menos aparente.

– Yo tampoco lo entiendo. Pero ella me ha insistido en lo esencial que era que os lo dijese. Me aseguró que en su momento lo entenderéis. Y que ese día sabréis qué es en realidad el amor verdadero y por qué en su nombre podemos mover montañas.

Por momento Napoleón se preguntó si la anciana comenzaba estar senil. Pero acababa de oírla hablar durante horas. Aquella mujer podía tener el cuerpo condenado pero su cerebro funcionaba igual de bien que el suyo.

Un nuevo misterio.

Napoleón tomó el camino de vuelta París junto a su hermano. Estuvieron callados la mayor parte del viaje, reflexionando sobre lo escuchado y sobre lo vivido, intentando recomponer las piezas de aquel rompecabezas; reflexionando sobre el amor, sobre la guerra, sobre los franceses y la revolución, sobre si el rey sería guillotinado, sobre la independencia de Córcega y los otros temas que tenían en la cabeza.

–Isabel era ya hace 40 años una mujer de nuestro tiempo, una revolucionaria –dijo Lucien, como si de pronto hubiese entendido algo esencial. Su tono de voz excitado así lo denotaba.

–¿Por qué lo dices?

–Sus ideas acerca de la mujer, de las otras razas, de las naciones europeas y sus colonias, serían extremistas incluso para Robespierre y muchos radicales del Parlamento.

Napoleón frunció los labios. Su hermano estaba en lo cierto.

–Creo que te comprendo. Ambos somos jacobinos como el ciudadano

Robespierre, como Danton, Marat y Desmoulins. Y como tantos otros. La Dama sería capaz de mandar guillotinar a esos cuatro y tomar el poder en nombre de todas las mujeres que no tienen derecho a formar parte de nuestro club. Ni de ningún otro.

Lucien asintió con vehemencia.

—Es una mujer extraordinaria. O lo fue. —Sacó su camafeo, pasó la yema de un dedo sobre el relieve de la Dama y suspiró—. Se fue sin revelarnos el secreto del verdadero amor. O la razón por la que nos contaba la historia de su vida.

—Ha quedado dicho que a su debido tiempo conoceremos la respuesta a esos enigmas.

—Tú conocerás esas respuestas, Nabileone. Tú sabrás qué es el amor verdadero. A ti te será revelado en todo caso. Porque a ella solo le interesaba cierto capitán de artillería que está sentado a mi lado.

Napoleón finalmente tuvo la fuerza para hablarle a su hermano de aquella mujer vestida de blanco y amarillo que había visto fugazmente en el Pont Neuf. Aquella mujer que le obsesionaba de una forma irracional.

—Solo la vi un instante, pero es como ya la conociera. Desde siempre. Como si la amase sin explicación ni límites.

Lucien, comprendiendo el súbito interés de su hermano por la narración de Isabel y entendiendo su decepción, trató de consolarlo. Pero no lo consiguió. El menor de los Bonaparte se enamoraba a menudo pero con una intensidad efímera. Ardiente pero breve, como una llama que se esfuma o como una estrella fugaz. Así que entendía a Napoleón pero, de alguna forma, no lo entendía. Si aquello era el amor verdadero, tampoco lo había experimentado.

Aunque, ¿se puede amar a quien no se conoce en absoluto? ¿No es eso amar a una sombra? ¿A la nada? ¿A un sueño?

Se hallaba Lucien pensando en todas estas cosas cuando, avanzando ya el carruaje por las calles de París, muy cerca del río Sena y de los Campos Elíseos, un grito de Napoleón le sacó de sus cavilaciones:

—¡Cocheo, detente! ¡Por Dios, detente!

Su hermano mayor abrió la puerta y saltó del vehículo a toda prisa y corrió en dirección al muelle de la Grenouillère. Lucien le siguió, intrigado; casi le

dio alcance un par de veces. Pero Napoleón siguió corriendo a toda velocidad por las calles, dando vueltas y mirando a derecha y a izquierda. Lucien lo perdió de vista de nuevo y finalmente lo reconoció en medio de una pequeña turba que le observaba intrigada al principio de un callejón. Su hermano movía de forma apasionada las manos, parecía haber perdido la razón y preguntaba a los transeúntes:

–Acabo de verla por estas calles. Se trata de una dama con una sombrilla y un vestido largo, blanco y amarillo. Tiene que haber reparado alguien en ella.

–Déjame en paz, ciudadano. Yo no he visto a esa mujer –repuso un grandullón que portaba un sombrero con una escarapela jacobina.

Napoléon se volvió hacia el siguiente paseante:

–Es delgada, de tez un poco más oscura que la nuestra y el cabello castaño claro.

–Yo no sé nada –repuso una mujer de avanzada edad mirándole suspicaz.

Finalmente, un hombre con la cara y el delantal sucios de harina, salió de un portal cercano y se acercó a Napoleón:

–Creo que conozco a la ciudadana que buscáis. Se fue hace unos pocos minutos. Es clienta de mi establecimiento, de la panadería Olivier. –El hombre señaló el letrero a su espalda– A veces viene a comprar mi pan desde muy lejos, porque dice que le recuerda a su patria. Una de mis especialidades es un pan frito relleno de carne, en homenaje al Caribe y a las Antillas. Mi padre era de allí y me enseñó a hacerlo así.

Napoleón cogió al panadero de los hombros y lo zarandeó.

–Dígame, buen hombre, ¿cómo se llama esa mujer? ¿Dónde puedo encontrarla?

–Lo ignoro por completo –respondió Olivier, aterrorizado, intentando zafarse sin éxito–. No es de los contornos. Viene expresamente a comprar mi pan desde muy lejos, de otro barrio, en las afueras tal vez. No me dijo cuál, no me dijo dónde. Se lo juro.

Napoleón bajo la cabeza, apesadumbrado y soltó a su presa. Lucien se sorprendió porque parecía estar a punto de echarse a llorar, tal era la pasión que le embargaba.

– Solo sé que la llaman la criolla –dijo entonces el panadero.

Napoleón alzó el mentón y miró a su interlocutor. Estaba boquiabierto. Este se limitó a añadir:

–Ya le he dicho que viene a comprar el pan porque le recuerda su patria, las Antillas, que también es la patria de mi padre. Por aquí la conocemos como la criolla, porque es de afuera, de las colonias. Y a la gente le gustan los apodos fáciles.

Olivier, el panadero, echó un último vistazo a aquel oficial del ejército que preguntaba por una mujer a gritos delante de su establecimiento: Napoleón estaba pálido y permanecía inmóvil con la boca abierta y los ojos inyectados en sangre. Tal vez pensara que el oficial estaba loco, así que decidió que era mejor volver a su mostrador, a su panadería y sus clientes.

–Vamos, hermano –dijo Lucien al oído de un demudado Napoleón–. Todo el mundo nos mira. Además, el cochero nos espera y es hora ya de comer. Me crujen las tripas.

Un par de minutos más tarde Napoleón estaba de nuevo cómodamente sentado en el carruaje que habían alquilado, que avanzaba sobre los adoquines con el reconfortante repiqueteo de los cascos de los caballos. Ambos hermanos permanecían en silencio, intentando comprender lo que había sucedido.

–¿Cómo es posible? –dijo el menor de los Bonaparte, pero luego calló.

Lucien no entendía tampoco lo que acababa de suceder. ¿Por qué la Dama del Amazonas escogió a Napoleón para sus confidencias? ¿Qué había en la caja de ébano que siempre acariciaba antes de hablarle? ¿Quién era la criolla de la que se había enamorado irracionalmente su hermano y qué relación tenía con Isabel Godin?

Todos aquellos fragmentos eran partes de un mismo misterio. Aislados no parecían tener sentido. Pero juntos tal vez lo significaran todo.

Lucien dio una palmada en la espalda de su hermano mayor, dándole ánimos. De una cosa estaba seguro, no pararían hasta saber la verdad. Costase lo que costase. Así eran los Bonaparte: testarudos hasta las últimas consecuencias.

Y por el camino, mientras resolvían el misterio, acaso encontrarían la respuesta a qué era el amor verdadero. Un segundo misterio que le intrigaba al

joven casi tanto como el primero.

O acaso más.

Lucien, con una sonrisa en la boca, sacó su camafeo y acarició de nuevo el rostro en relieve de la Dama del Amazonas, que de pronto le pareció ladino, astuto, intrigante y embaucador.

Para él no era ya solo la protagonista de la historia de amor más famosa de Francia. Era la mujer más fascinante que había conocido en su vida.

*FIN*

Próximamente: la resolución del misterio

## LA HEROÍNA DEL AMAZONAS

Búscala entre los títulos a la venta de Teresa Ortiz-Tagle.

---

## **TAMBIÉN EN EBOOK**

---

### **EL SEGUNDO RESPLANDOR**

- Introdúctete en la literatura de Teresa Ortiz-Tagle con este relato que narra la historia real de una astronauta rusa.
- Un relato sorprendente, una historia de superación desconocida para el gran público.
- Y por tan sólo 1 euro / dólar
- Las obras de Teresa Ortiz-Tagle se centrarán en descubrir mujeres a lo largo de la historia, heroínas que realizaron grandes gestas y han sido olvidadas con el paso del tiempo.

**YA A LA VENTA**